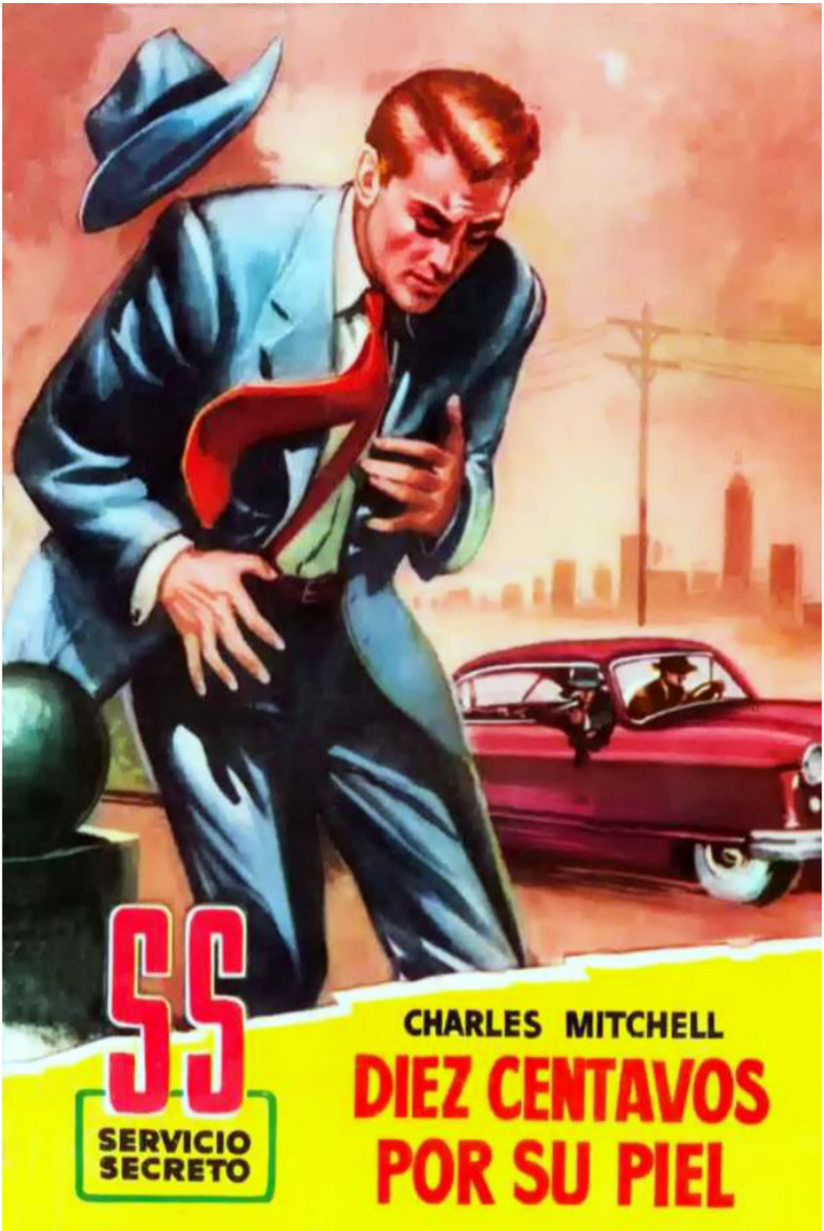

SS
SERVICIO SECRETO
CHARLES MITCHELL
DIEZ CENTAVOS POR SU PIEL

CHARLES MITCHELL

DIEZ CENTAVOS POR SU PIEL

1ª EDICIÓN
DICBRE. – 1954

SERVICIO SECRETO

EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS EN ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

219 — Ellos los muertos. 221 — Un cadáver a medida.

PRINTED IN SPAIN

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona

DIEZ centavos por su PIEL

por CHARLES MITCHELL



«Por la ciudad se extiende como en campo cerrado,
haciendo de las calles igual que islas sangrientas,
incitando la sed en cada criatura,
y tiñéndolo todo...»

"La Fuente de Sangre", de BAUDELAIRE.

PRÓLOGO

—Recoge tus cosas, Raines; ¡te largas en libertad!

El hombre uniformado de presidiario incorporóse con lentitud del camastro, para contemplar inexpresivamente, a través de los barrotes, la figura del carcelero.

—¡Vamos, no pongas esa cara; es a la calle a dónde te vas, no a la silla eléctrica…! Date prisa; volveré a buscarte dentro de veinte minutos.

El oficial de prisiones se adentró por una de las pasarelas metálicas que cruzaban de lado a lado la amplia nave celular, semejante ésta a una inmensa colmena enrejada. El llamado Raines, con las manos apoyadas en los barrotes, le vio alejarse.

—Enhorabuena, Jeff. Eso se llama recibir una buena noticia con tres años de anticipación. Sin duda tienes amigos influyentes… Todavía hay quien tiene amigos en alguna parte.

Jeff Raines separóse de la reja para mirar a su compañero de celda oscilar las piernas, sentado sobre la segunda litera.

—Gracias, Dan.

Luego tomó asiento nuevamente en su camastro, ensimismado su pálido rostro por la misma idea de siempre…

Dan Maculay saltó de su cama, acomodándose junto a él.

—Puede que el día en que abandone esta jaula me ocurra lo mismo que a ti… puede. Debe de sentirse algo muy extraño cuando dejas de ser una rata para convertirte en hombre… —Sonrió débilmente al añadir—: Dos años compartiendo una misma celda es mucho tiempo… Quizá te eche algo de menos a la hora de tomar el té…

Raines se puso de pie, peinando su cabello gris con los dedos. Por la alta ventana de entrecruzados hierros entraba casi vertical una ráfaga de sol. Sumergió su cara en el cono de luz, teniendo que cerrar los ojos, y Dan, desde su asiento, le comparó mentalmente

con un *totem* indio esculpido a golpe de hacha.

—Adiós, Dan.

Ambos hombres cambiaron un prolongado apretón de manos. Raines habló con ese tono indolente que casi parecía no brotar de sus labios.

—Nunca nos contamos nada del viento que nos trajo aquí. —Hizo una pausa medida, como si ésta formara parte de la conversación—. No vuelvas, chico.

Maculay asintió sonriente, bajando los párpados.

—Sé un sitio en Whiting donde sirven las truchas todavía moviendo la cola… —Varió de tono al decir—: Volveremos a vernos, ¿verdad, Jeff?

—¿Por qué no, chico? El infierno está abierto para todo el mundo.

Ya no hablaron hasta la llegada del carcelero. Sobre los dos años de íntima convivencia, pesaba ahora un ambiente forzado y enrarecido. Esta vez el ruido de la cerradura automática y el descorrerse de la pesada verja, tuvo un sonido peculiar, diferente al de todos los días.

—Vamos, Raines; ya has dejado de ser un gasto para el Gobierno.

El carcelero aguardó impasible a que los dos hombres se estrecharan por última vez la mano. Cuando la puerta se cerraba separándolos, Dan Maculay gritó, como si se le olvidara algo:

—¡Eh, Jeff… el sitio ese de las truchas se llama «Nome Green»!

Raines se detuvo unos instantes.

—¡Si no voy, es que no me gustan las truchas, chico…!

Maculay pegó su rostro anguloso contra las frías barras de hierro, hablando consigo mismo.

—Adiós… amigo.

Alguien, desde la cuarta planta, gritó:

—¡Eh… Raines se larga!… ¡Buena suerte, zancudo!

A través de los cinco pisos enrejados, surgieron centenares de caras de todas las razas y colores. Una voz ronca envió un recado intransferible para «su Maggie». Los gritos de enhorabuena llovían como una invisible cascada de eco sobre las dos solitarias figuras que descendían por la angosta escalera de hierro. El potente silbato del celador fue apagando el jubiloso estruendo, cesando las voces

como un trueno lejano.

Jeff contemplaba al pasar, los rostros estúpidamente anhelantes que quedaban al otro lado de los barrotes. Ahora, el silencio convergente en un solo haz de miradas, se hacía pesado y angustioso.

En el último tramo de la escalera, una voz le detuvo en seco.

—¡Feliz tú, hermano! ¡Daría mi brazo derecho por estar en tu pellejo!

Raines miró ceñudamente al hombre negro que, a través de los verticales hierros, le dedicaba una sonrisa amistosa.

—Harías un mal negocio, chico… harías un mal negocio, aun dando por mi pellejo sólo diez centavos…

Abandonó la galería con paso normal, como si en vez de ir a la calle, saliera a hacer su paseo reglamentario por el patio de la penitenciaría.

El traje que en otro tiempo le hiciera el mejor sastre de la ciudad, le quedaba ahora excesivamente grande. Guardó la pitillera vacía y demás objetos de su uso personal, buscándose torpemente los bolsillos.

El oficial de prisiones sentado al otro extremo de la encerada mesa le obsequió con una sonrisa de despedida, fría y protocolaria como cualquier inevitable sello de tampón.

—Espero no volverle a ver más por aquí, Raines…

(Casi las mismas palabras que él dijera a Dan).

—Ni aquí ni en ninguna parte.

El oficial retiró la mano que tendía, ensombreciéndose su rostro.

—Espero que así sea. Buena suerte, si es que se la merece —dijo.

Salió acompañado, dejando el despacho de guarnecidas ventanas. Por todas partes todo continuaba siendo hierro entrecruzado.

Todavía atravesaron tres rastrillos pintados de gris claro. «Ya queda poco para salir al exterior, Raines».

Su acompañante se detuvo. La puerta que divisaba en ese momento enmarcaba un cielo azul puro, terso e infinito. «Eso es la calle, Jeff».

—Hasta la vuelta, amigo.

El guardián, cumplido su cometido, giraba sobre sus talones.

—¡Espere!

Se detuvo, mirando intrigadamente a Raines.

—¿No se encuentra bien…?

—Deme un cigarrillo, ¿quiere?

El hombre uniformado hizo un gesto displicente alargándole un paquete empezado, de donde Raines extrajo un pitillo.

—Fuego, por favor…

La mano le oscilaba imperceptiblemente mientras aspiraba el humo dulzón.

—Hasta la vuelta, amigo.

El guardián adentróse nuevamente en el bosque enrejado de la prisión. Raines empezó a descender lentamente los escalones de piedra de la puerta principal, sintiendo las articulaciones de sus piernas chirriar igual que los goznes metálicos de los pesados rastrillos.

«Quizá no me gusten las truchas, Dan…». En la acera de la calle sintió el abrasador sol de la mañana, advirtiendo por vez primera que su ropa ya estaba empapada de sudor.

«Buena suerte si se la merece, Jeff». La idea que le acompañara durante dos largos años de reclusión, cobró especial intensidad en esos breves momentos.

Fue entonces cuando descubrió el coche. Estaba «allí», estacionado frente a él, reluciente y negro como si también estuviera hecho de barrotes. «Feliz tú, hermano… Daría mi brazo derecho por estar en tu pellejo»… ¡Negro idiota!

El motor del coche comenzó a sonar suave… silbante como el deslizar de una cobra. Raines sintió temblar su cuerpo dentro del traje grande, como si fuera el badajo de una campana. El sudor, al gotear abundante de su cara, empapaba el aplastado cigarrillo. «No… decididamente no me van a gustar las truchas, Maculay…».

El vehículo, como un animal agazapado, seguía roncando monótonamente.

«Vamos, Jeff, ten valor… es sólo una transición… cuenta hasta diez…».

No pudo resistir más. Tirando el estrujado cigarrillo al suelo, cruzó media calle, parándose frente al coche. Gritó salvajemente, como si pretendiera hacerse oír allá dentro por el negro que envidiara su suerte y su pellejo…

—¡Vamos ya!… ¿A qué estáis esperando? ¡Acabad de una vez!

Dan Maculay sintió desde su celda varios estampidos secos, parecidos al estallido de neumáticos al ser pinchados.

Fue como un turbio presentimiento, rápido e instintivo, que le hizo saltar de su litera con los sentidos tensos. Luego todo quedó tranquilo… demasiado tranquilo.

Un murmullo general fue creciendo por toda la galería, proveniente de un depreciado conjunto de seres humanos, que, entre otras cosas sabía distinguir con certera precisión el ruido de un pinchazo del de un disparo de bala.

Dan Maculay, ante el abandonado petate de su amigo, intentó febrilmente recordar las palabras que, de pequeño, su madre le hacía recitar antes de acostarse. Por unos instantes estuvo tartamudeando indeciso, rompiendo, al fin, en la más improvisada y sentida oración que pronunciara en su vida.

—… Señor; acoge en tu seno el alma de Jeff Raines.

CAPÍTULO PRIMERO

Aquella mañana de mayo en que Dan Maculay transpuso la puerta de la penitenciaría, después de cinco años de confinamiento, pudo experimentar lo que cualquier mortal sentiría si le fuera concedida la facultad de nacer con uso de razón.

Dan volvió al mundo ese soleado día, descubriendo por vez primera en su vida la belleza de los verdes árboles, el vuelo de los pájaros y la línea infinita del horizonte sin tapias de ladrillo ni límites de hierro.

Anduvo extasiado por la calle, contemplando con infantil arrobo los brillantes escaparates, el rodar de los coches y el bullir de la vida a su alrededor en mil diferentes formas y cosas.

Todo había ocurrido en menos de una hora. Ketten, el guardián con pelo de panocha le habló indiferentemente, como si no alcanzara a comprender que estaba dando la mejor noticia del mundo.

—Prepara tus cosas, Maculay…

Luego, el director en persona le dijo lo de los tres años de rebaja por su buena conducta, y alguien le acompañó hasta la puerta despidiéndose de él «hasta la vuelta».

—No habrá vuelta, esclavo… —había respondido. Le hubiera contado al carcelero muchas cosas más que éste no habría comprendido, como en su día tampoco las quiso comprender aquel jurado, condenándole a ocho años de cárcel por homicidio…

Ahora todo era diferente… «tenía que ser diferente». Se acordó de Jeff Raines, y de su consciente salida hacia la muerte. Quizá no tuvo tiempo ni de ver los escaparates…

Ése era el mundo; cada cual tenía sus problemas. De momento sólo debía pensar en su regreso. En Cícero tomó el ferrocarril, sacando un billete de segunda, hasta Aurora. No importaba que nadie le esperase, ni siquiera el hecho de haber podido marchar a

cualquier otra parte; tenía que ir «allí», por muchas razones que, al cabo de meditarlas durante cinco años, pesaban en su interior como garfios de plomo.

Aurora.

Siempre le gustó el nombre, a pesar de sus arrabales sucios llenos de perros vagabundos, sus comadres, y aquellos chicos pecosos que nunca parecían disponer de tiempo para ir a la escuela. La ciudad también tenía sus barrios lujosos con césped en las aceras, y elegantes clubs noctámbulos donde el champaña se pagaba a buen precio, y las mujeres exhibían trajes de doscientos dólares.

Sí… tenía de todo, bueno y malo… Siempre había sido así, y lo mismo seguiría ahora.

Sobre las doce de la mañana hizo su entrada en la estación de Aurora el expreso de Chicago, descendiendo de entre los pasajeros de segunda un hombre con ojos y andar de gato, americana al brazo, y el sombrero echado hacia atrás sostenido por maravillosa inercia.

Un negro con uniforme de mozo de equipajes, tras de fijar atentamente su mirada en el recién llegado, silbó por lo bajo, ladeando la visera de su gorra.

—¡El demonio me lleve!… Es «Hurricane» en persona… ¡Ha vuelto!

Dan Maculay pasó por su lado andando sobre las puntas de sus pies, y observando todo con una atención casi reverente. En la puerta desechó los servicios de un taxi, mezclándose entre el tránsito de Jericho Road.

Se detuvo al atravesar el Fox River para contemplarlo con lentitud. «Parece que no falté nunca», se dijo a sí mismo; luego, el correr invariable de las aguas le hizo pensar en el tiempo pasado y otras cosas nostálgicas.

Al llegar a Church, su antiguo barrio, juntó los labios con una amarga sonrisa. Todo parecía seguir lo mismo. El gimnasio de Sullivan, con sus pesas de hojalata colgadas como reclamo sobre la puerta. La barbería de Logan, la farmacia de Sterling…

Se detuvo en el bar de Cherry, tomando asiento en un taburete. El propio Cherry en persona, de espaldas al mostrador, preparaba unas salchichas sobre la plancha eléctrica reluciente de mantequilla.

—Ponme un buen café, Cherry.

El dueño del establecimiento giró medio cuerpo despacio, examinando con ojos miopes al hombre en mangas de camisa y sombrero en la nuca. Como si dudara de lo que se mostraba ante sus ojos, extrajo del bolsillo superior de su mandil blanco unas gafas con los cristales sucios de grasa; luego dijo, acremente:

—No tengo café… no tengo nada de lo que tú pidas, «Hurricane».

Su tono de voz no dejaba lugar a dudas, Maculay sonreía, estirando sus labios en una perfecta línea recta.

—Te alegras mucho de volver a verme, ¿eh, Cherry?

Las gafas volvieron al bolsillo, como si todo lo interesante ya estuviera visto.

—Nunca me alegró tu presencia, aunque tampoco tuve nunca ocasión de decírtelo. Pero ahora ya es diferente, «Hurricane»: ya no eres nadie. Tu suerte acabó la misma hora en que tú acabaste de una paliza con la vida de aquel muchacho —su tono actualmente era acusador—. No tenías que haber vuelto, «Hurricane»… no te quiere nadie. Vete de Aurora… Esto ha cambiado mucho, no importa si para bien o para mal; el caso es que aquí nos sobran tipos violentos como tú.

—Se te están quemando las salchichas, Cherry…

—Adiós… «Hurricane».

Dan apeóse perezosamente del taburete, con su risa colgando congelada como una máscara sobre el rostro. Las salchichas levantaban una pira de humo, haciendo irrespirable el olor a grasa quemada. En la puerta se echó la chaqueta al hombro, sujetándola por el cuello con un solo dedo.

—Puede que tal vez algún día, sientas sinceros deseos de invitarme a una taza de café, Cherry.

—Es posible; como también es probable que a los elefantes les crezcan alas.

Caminó a lo largo de la calle, viendo corretear a los chicos en una singular interpretación del reglamento del *basket.* «Quizá todo esté muy cambiado —se habló—. Para bien… o para mal».

Se detuvo ante un alto edificio de ladrillo rojo, sobre cuya puerta de entrada pendía un globo de cristal con la inscripción «Departamento de Policía» pintada en negro. En la escalera tropezó con dos policías uniformados subiendo casi a rastras a un borracho.

Un sargento, sentado tras de una mesa, leía una novela de aventuras deletreando silenciosamente con los labios. Al entrar Maculay, levantó la cabeza.

—¿Qué…? —preguntó con mal humor.

—Quiero ver a Benson.

—Teniente Benson —le hizo rectificar el sargento—. ¿Quién y a qué…?

—Maculay, Dan Maculay: y el por qué a usted no le importa.

Al oír su nombre, el policía abrió la boca en una perfecta y estúpida «O». En ese momento, la puerta sobre cuyo cristal se leía el rótulo de «Teniente Benson», abrióse de par en par, dando paso a un hombre gordo con el pelo naciéndole a media frente y la cara llena de viruela.

—¡Vaya, qué sorpresa… Maculay!

El aludido, sin quitarse el sombrero, pasó por delante de él, sentándose frente a la mesa del teniente; éste, después de cerrar la puerta dio un rodeo, acomodándose en su sillón.

—Ya estoy de vuelta, Benson.

El pecoso se balanceaba en su asiento, entrelazando la punta de sus dedos en actitud beatífica.

—¿Y… para qué?

—Porque tenía ganas de volver a ver mi antiguo despacho y lo bien que le sentaba mi chapa de teniente.

Benson, paulatinamente, fue perdiendo color.

—Usted ya no tiene chapa ni tiene despacho, Daniel. Sólo es un expulsado del Cuerpo, con un expediente por abuso de autoridad y homicidio. Ha hecho mal en volver; la gente ya le había olvidado, no tiene simpatías, y más de uno puede que no esté dispuesto a perdonarle la muerte de aquel muchacho… Por si no ha tenido tiempo de pensarlo, le diré que ya no es el «Teniente Hurricane»; aquello fue un mal vuelo… le dieron en las alas, y ahora sólo es un «Hurricane» abatido.

Maculay le miraba fríamente con sus ojos de gato.

—El suyo es el segundo sermón de la mañana, sargento Benson. Yo no ascendí tan deprisa… ¿es ésa la razón por la que me tuvo siempre tanta envidia?

Benson levantóse de su asiento con su cara roja por la ira.

—¡Lárguese de aquí… de la ciudad, o le haré detener por

vagabundo!

—No sé qué Ley es la que actualmente impera en este lugar, pero sea la que fuere no me puede detener sin motivos. He esperado cinco años para volver de nuevo; en cinco años se piensa mucho y se aprende más. Puede que con respecto a mí la gente esté equivocada… o puede que anteriormente yo estuviera equivocado con respecto a la gente; es para aclarar este extremo por lo que he vuelto.

Dirigióse hacia la salida, andando con premiosa elasticidad. Benson, con la silla caída a sus pies, le miraba enseñando los dientes.

—Hay un tren que sale a las tres… —le sugirió.

—Lo tendré en cuenta, Benson, por si algún día tengo que aconsejárselo a alguien.

El teniente cerró dando un portazo.

En la calle, anduvo sin rumbo fijo. Al llegar a la esquina de Mountain Street, un grupo de gente, en compacto círculo, atrajo su atención. En el centro, un guardia uniformado intentaba apartar a los curiosos de lo que, al parecer, constituía su reclamo. Daniel dirigióse a un joven que tenía apariencia de desocupado, cuya estatura sobresalía por encima de los demás.

—¿Qué ha pasado?

El muchacho, con un jersey de vistosas rayas rojas horizontales, ladeó el chicle a un extremo de su boca, meditando la respuesta.

—Caron Dieterich ha dejado de ser una contribuyente para ir a dormir el sueño de los justos.

El nombre de Caron Dieterich no le decía nada. Volvió a preguntar:

—¿Se ha suicidado?

—Pues, puede que sí. Si es que antes de suicidarse ha rogado a alguien que la atara de pies y manos, tirándola seguidamente por una ventana.

El joven hizo uso de su privilegiada estatura para volver a deleitarse con la contemplación del cadáver despachurrado. El guardia propinó dos vigorosos empujones, a fin de ensanchar el círculo, consiguiendo que Maculay quedara en primera fila sin este proponérselo. El espectáculo podía considerarse como un plato demasiado fuerte aun para los más cimentados estómagos. El

cuerpo, torcido en una postura ridícula, se cubría con una larga bata de color fresa. Dan hizo intención de agacharse para ordenarle la ropa, interrumpiéndole el guardia airadamente.

—¡No toque nada!

—¡Por lo menos, bájele las faldas; eso no va contra las ordenanzas!

El policía, de repente, pareció reconocerle.

—¡Teniente Maculay…! —exclamó.

—Ya no soy teniente —interrumpióle—… Y en cuanto a la muerta, haga con ella lo que le venga en gana.

Salió del grupo, oyendo algunos comentarios aislados acerca de su persona. En el borde mismo de la calzada sumergió sus zapatos en agua para limpiarse la sangre adherida al borde de las suelas. Fue entonces cuando descubrió una cosa brillante bajo la corriente fangosa, e inclinóse a recogerla.

Era una pulsera de brillantes con varios eslabones torcidos, y rota por su broche. Iba a hacer ademán de entregársela al guardia suponiéndola como pertenencia de la mujer muerta, cuando una extraña curiosidad le impulsó a leer la inscripción grabada en su interior.

Decía: «A C., en nuestro primer aniversario», y en letra más clara se leía un nombre: el de «Jeff Raines», su antiguo compañero de celda.

CAPÍTULO II

Dan Maculay quedó parado en mitad del arroyo, con el cuerpo envarado como si le fuera imposible acabar de aceptar esta inverosímil coincidencia. La sirena, aun distante, de un coche policial vino mágicamente a romper su estática movilidad. Instintivamente, introdujo la cadena en su bolsillo, alejándose del grupo con paso torpe.

Un sedán color azul oscuro pasó velozmente junto a él, hiriendo sus oídos el penetrante ruido de una sirena que otrora le fuera familiar. A su espalda pudo sentir un frenazo seco, y la voz del teniente Benson pidiendo paso a gritos.

Aceleró su caminar jugando nerviosamente con la cadena oculta en su bolsillo. La cabeza le empezó a funcionar impetuosamente, cruzada por un tumulto de confusas ideas, dispares unas de otras, como las interferencias de un aparato de radioaficionados.

«¡Aquí no hay truchas! Jeff… esto es el infierno… todos cabemos en el infierno… y tú también, Benson… y esa mujer que está ahí tendida…».

El claxon de un coche, casi encima de su propio estómago, sirvió para cortar sus embarulladas reflexiones.

Maculay puso el pie en la acera, degustando su propia saliva con amargo gesto. Resultaba un mundo demasiado grande para un recién salido de presidio. Luego reanudó su caminar, meditando sobre los que él mismo enviara a vestir el uniforme gris de penado por diversas causas. Posiblemente habrían sentido análogas emociones que él. Tal vez las mismas no; lo de Jeff Raines, y la mujer arrojada por un balcón, constituían capítulo aparte. Nunca le dijo aquel extraño compañero de pelo gris, que estuviera casado. En realidad tampoco le habló de su vida. Ahora, Raines y su mujer estaban en un mismo sitio; y hasta podía decirse que casi por un mismo procedimiento.

Anduvo un largo rato, hasta que, de repente, paróse en seco.

Levantó la cabeza para contemplar con penoso gesto el estrecho portal, al final de los siete escalones. Su casa. Volvía allí. Siempre se vuelve a alguna parte cuando se sale de la cárcel. Desde su sitio podía ver nuevamente las cortinas blancas de volantes enmarcando las ventanas del segundo piso. Todo igual: inmaculadamente limpio, severamente sencillo… como la propia Ellen.

Sobre el estruendo rodante de un camión cargado de verduras, creyó hasta haber oído el canto insípido del canario. Luego fue subiendo pesadamente los escalones, pensando si la vida de los canarios alcanza el límite extraordinario de cinco años. Cinco años son toda una vida… hasta para un hombre.

«La buena Ellen»… Desde que enviudó, vivía de la escasa pensión que recibía por la muerte en acto de servicio del agente de segunda Mark Stevens, y se ayudaba con el complemento que podía producirle el alquiler de una habitación. Ahora, su cuarto pertenecería a otro a quién Ellen prepararía postres de manzana, si es que el hospedado tenía en buena cuenta las recomendaciones de no llenar de ceniza las alfombras. Sin poder evitarlo, la sola idea de usurpación le molestaba.

Ya en el segundo rellano pudo percibir claramente el peculiar olor de los antiguos guisos. Hizo sonar el timbre poseído de cierto inexplicable desasosiego. Una voz femenina dijo «Va» desde dentro, identificando Maculay los pasos menudos de la dueña de la casa.

—Hola, Ellen…

La aludida, parada ante la puerta, dejó de secarse las manos en el delantal, abatiendo con gesto sorprendido ambos brazos a los lados del cuerpo. Luego, su rostro fue adquiriendo una afable y expresiva alegría, que el recién llegado agradeció con un ligero carraspeo de garganta.

En ella el tiempo parecía no haber contado. Dan Maculay la recordaba desde el mismo día en que se la presentara Mark vestida de novia. Aun con tal atuendo, entonces se la imaginó como esa candorosa señora «X» de los anuncios, que espera sonriente el retorno del marido para sorprenderle con una exquisita fuente de natillas de la marca «tal». Viéndola inmóvil en la entrada, con el delantal anudado al cuello y la cara resplandeciente, «Hurricane» volvió a pensar en los anuncios del

«Collier's».

—¡Dan…! —Intentó balbucir algo, gesticulando expresivamente —. ¡Dan…!

El hombre atravesó el dintel de entrada, estrechando afectuosamente una mano de la joven, manchada de harina. El aroma de la cocina envolvióle plenamente, infundiéndole una agradable sensación ajena por completo a cualquier apetencia física. Con la chaqueta al hombro adentróse en la habitación, contemplando todo con deleite. Las floreadas cretonas prevalecían limpias como un perfecto marco litográfico al anuncio de la señora «x». Ellen, detrás de él, permanecía callada.

Maculay sintió la imperiosa necesidad de decir algo; luego su propia pregunta la pareció una tontería.

—¿Y el pájaro, Ellen… dónde está el pájaro?

La mujer desvió la mirada.

—Escapó, Dan… tal vez no le gustara estar aquí.

—Sí, tal vez. No creo que a nadie le gusten los barrotes, aunque sean de color dorado…

Despojóse de su sombrero, y tomó asiento en un cómodo sillón, reclinando hacia atrás la cabeza con gesto cansado. La mujer, frente a él, sin apartar la vista de sus manos, con la uña se limpiaba la harina adherida a sus muñecas.

Guardaron ambos silencio; un silencio molesto, profundamente incómodo; como si ninguno de los dos, al cabo de los años; tuviera nada importante que decirse. Al fin, Daniel, con voz enrarecida, inició el fuego.

—Cuéntame de ti. Cómo te ha ido, qué has hecho en este tiempo… y quién es tu nuevo huésped.

—Mi último huésped salió de viaje hace cinco años. Espero que recuerde dónde sigue teniendo su casa.

Maculay se puso de pie, enlazando a la joven por los hombros. A pesar de ello, la mujer continuó examinando el empeine de sus zapatos.

—¡Pero… Ellen! ¿Cómo diablos no se te ha ocurrido alquilar la habitación? Bueno… no pensarás que te pague ahora todos los atrasos —bromeó él—. Hablo en serio. Bien está que me hayas guardado las cosas, ya es suficiente molestia. Ahora pienso recoger todo y largarme. No tengo trabajo y…

—Dan —interrumpió ella—, se trata de un favor de amigos. Tú hubieras hecho lo mismo por Mark o por mí… ¡Sí, no lo niegues! Cuando te marches de aquí, que sea porque te van las cosas bien. No eres ninguna carga, puedes estar seguro. Ya hace por lo menos cuatro años que trabajo para
«Brandon & Company»,
donde estaba antes de casarme. Entre eso y la pensión de Mark, me sobra dinero; te lo aseguro.

Maculay se dijo a sí mismo, con avergonzada sinceridad, que un ofrecimiento de esta naturaleza, era lo que él había venido buscando. Levantó la cara de la muchacha, depositando un minúsculo beso en la punta de su nariz. Las mejillas de Ellen, tornáronse color cereza.

—Gracias —contestó él, sencillamente.

Y la mujer internóse precipitadamente en la cocina, musitando una excusa acerca del horno y ciertas tortas de carne. Desde allí gritó a Dan:

—¡Tus cosas siguen en el mismo sitio; te da tiempo a ducharte antes de comer, si quieres…!

Maculay permaneció un rato apoyado en el quicio de la puerta, observando nuevamente su cuarto. «Todo está igual», comprobó. Luego abrió una de las puertas del armario, encontrando en su interior sólo una ajada bata de mujer. Estuvo rozando con la punta de los dedos el tejido durante unos instantes, volviendo a cerrar el compartimiento. La otra mitad del mueble, conservaba la totalidad de sus trajes embutidos en grandes bolsas transparentes. Las camisas y ropa interior dobladas cuidadosamente en las diversas bandejas del mueble, ofrecían a la vista de Maculay la sensación del que recobra un antiguo tesoro. Se duchó, y tuvo que vestirse precipitadamente, requerido a la mesa una y otra vez por Ellen.

Hizo su salida al comedor silbando entre dientes, «Hogar, dulce hogar». Ellen, sin su delantal de cocina y con el pelo recogido en dos trenzas sobre su cabeza, parecía ahora doblemente atractiva.

—¡Uf, qué bien huele!

—Es una sopa improvisada.

—Me refería a tu perfume.

Sonrió ella, complacida.

—Desde luego, escarbando solo un poco, eres el mismo de

siempre.

Ambos sabían que no era así. El silencio sobre la mesa era para Dan tan espeso como la misma sopa. Transcurrido un rato, hizo, al fin, la pregunta: la única que habíase prometido a sí mismo no formular.

—Ellen, ¿dónde está? —Miraba al fondo del plato como si se refiriera a alguna mosca.

—¿Quién…?

—Sabes a qué me refiero. Por favor, no hagas esta conversación difícil.

—Tú debes saberlo mejor que nadie, Dan.

—No, no sé nada. No se me explicó nada. Sólo recibí la visita de ese puerco de Ashley con una demanda bajo el brazo. Pensé que ya llegaría el momento de las explicaciones.

La mujer apartó unos centímetros el plato de su lado, mirando al expolicía con expresión abatida.

—Yo soy la menos indicada para darte esas explicaciones, ¿no crees? —Por primera vez su voz se hizo dolorosamente enérgica—. Y aunque pudiera, tampoco lo haría.

—No lo entiendes, querida; se trata sólo de una íntima satisfacción personal.

—Se trata de tu propia vanidad, teniente «Hurricane». Lo sabes tan bien como yo. Tú mismo debes haberte dicho mil veces, que el asunto no merece la pena. Para tu satisfacción personal, te diré que vas a disputar con el lobo de colmillos más largos que tiene está podrida ciudad. Esa alternativa te gustará, como le hubiera gustado a Mark. Claro que fuera del Cuerpo, no existe la posibilidad de que te otorguen ninguna medalla. A Mark, mi marido, se la dieron; ¡no importa que fuera cuando ya tenía el cuerpo frío y lleno de balazos!

Inesperadamente, levantóse de la mesa, marchando precipitadamente a la cocina. Dan prosiguió con su cuchara removiendo en la sopa como si buscara algo; luego, apartó su plato con gesto malhumorado. Fumó un cigarrillo parsimoniosamente, paladeando el humo con gesto distraído. Acto seguido levantóse de la mesa, yendo hacia su habitación para ponerse la chaqueta.

Estuvo estudiándose frente al espejo dentro del traje gris de franela, llegando a la conclusión de que le estaba un poco grande. En la cocina, Ellen planchaba algo de tejido transparente.

—Nada más llegar, y ya te estoy dando disgustos. ¿Eh, Ellen?

La joven mojóse un dedo en saliva, probando innecesariamente la temperatura de la plancha.

—Es que te aprecio sinceramente, Dan. Conozco tu manera de ser, y sé que se avecina tormenta. Por amarga experiencia presiento quién va a llevar la peor parte en este caso. Es inevitable; nadie podrá hacerte cambiar de ideas… Que tengas suerte, Dan.

Su voz profunda y grave sonaba en la cocina como si fuera una salmodia. Maculay sintió cierto frío en el estómago al mirar, distraídamente, la blanca superficie de la nevera. Nunca le gustó su forma de líneas cuadradas con aire de ataúd. Rió forzadamente, tirando a la mujer con delicadeza de una de sus trenzas.

—La única tragedia que se avecina, es que si no tienes cuidado vas a achicharrar tu blusa. Adiós, vieja gruñona; vendré a cenar, si es que el alcalde no me tiene preparado un banquete de bienvenida.

CAPÍTULO III

Salió a la calle con la sensación extraña de haber mudado de piel. No pudo evitar el mirarse de reojo en la superficie pulimentada de algún escaparate, sintiendo el mismo efecto que si contemplara la silueta de algún desconocido.

Anduvo a todo lo largo de Church, seguido de alguna que otra mirada poco afectuosa y sin que, desde luego, nadie le dedicara un saludo. En la esquina con Sheffer Road compró cigarrillos en la tienda de Kelly, y el muchacho que le despachó, lo hizo con la misma cara de asombro que si vendiera a un negro crema para tostarse al sol.

Dos bocacalles más abajo, se paró ante un edificio de dos plantas, cuyo único rasgo sobresaliente lo constituía la cantidad de mugre que en caso de derribo saldría de su sola fachada. Maculay, sin detenerse, ascendió por la crujiente escalera hasta el primer piso.

Detúvose ante una puerta donde, a la altura de los ojos, una placa de metal llena de cardenillo en algunas partes, decía, en caracteres de cursiva:

«BILL BRADLEY».
«Agencia de Investigaciones Privadas».

Dan llamó suavemente con los nudillos, como si la puerta fuera de cáscara de huevo, aumentando progresivamente el tono de la llamada hasta hacer brotar el polvo de los ensamblajes de madera. Tuvo que aguzar atentamente el oído para percibir desde el interior una voz ronca invitándole a pasar. Maculay hizo girar el pestillo, penetrando en la estancia.

La habitación hallábase prácticamente a oscuras. Unos aislados

filetes de luz diurna, se filtraban a través de la corrida persiana de madera. Dan distinguió borrosamente la figura de un hombre recostado ante la mesa-escritorio.

—¡Eh, Bill… soy yo, Dan Maculay! ¡Despierta, viejo oso!

Fue a zarandear la abatida figura, cuando una fuerte pestilencia a *whisky* barato hizo que contrajera la nariz. Se acercó a la ventana, abriendo la persiana lo suficiente como para que penetrara una comedida claridad en la estancia.

Para Dan, la reducida oficina había ganado mucho desde la última vez que la viera, por lo menos en suciedad. El polvo se amontonaba a discreción por todas partes, dando a los escasos muebles sensación de estar tapizados de terciopelo. Sobre el escritorio, y ante una botella casi vacía de un *whisky* marca «Treasure», la opulenta figura de Bill Bradley (jubilado de la Policía Metropolitana de Chicago) roncaba estrepitosamente, apoyada la mano en un tomo de Edward Henry acerca de las teorías de este sobre la dactilografía.

Maculay empapó su pañuelo en el depósito de agua situado en un extremo de la habitación, mojando acto seguido el rostro embotado de Bradley, quien musitó algo torpemente, entreabriendo un ojo con gran dificultad, para mirar atentamente al recién llegado.

La cara del viejo policía, centrada con un poblado bigote gris y orlada de espeso cabello haciendo juego con el bigote, recordaba los cromos de Santa Claus. Un Santa Claus borracho y vestido de paisano. Maculay escurrió el agua del pañuelo sobre el ojo todavía adormecido, levantando el viejo párpado con la sobria lentitud con que se abren las puertas metálicas de un banco.

—No soy ninguna visión de «*delirium tremens*» —advirtió el recién llegado, socarronamente—. Me llamo Daniel Maculay y según cuenta por ahí la gente indocumentada, a tu lado me salieron los dientes de leche. Por culpa suya tuve la mala suerte de ingresar en la policía ya hace bastantes años…

Bradley chasqueó la lengua un par de veces antes de susurrar, con voz de bajo:

—Dan…

El aludido acercóse una silla, tomando asiento junto al viejo. Pasando un brazo sobre sus hombros, dijo reprobatoriamente:

—¿Qué estás celebrando, Bill? Hace por lo menos cinco años, el *whisky* no te parecía bueno ni para matar cucarachas. No me digas que es lo último que te han recetado para tu úlcera.

Bradley restregóse la cara con la sucia palma de su mano, quedándose luego en estúpida contemplación del secante color rosa de su carpeta.

—¿Por qué has vuelto?… Muchacho…

Lo dijo como si el meditar sus palabras le supusiera algún tremendo esfuerzo cerebral. Maculay enderezó el cuerpo en la silla, mirándole con extrañeza.

—¿También tú, Bill…?

El detective hizo oscilar su abundante cabellera gris, limpiándose el bigote con el antebrazo.

—Lárgate, chico; tú ya no tienes nada que hacer por aquí.

Fue a sepultar nuevamente la cabeza sobra sus brazos, impidiéndoselo casi violentamente Maculay. Le habló con vehemencia, a dos centímetros escasos del rostro.

—¡Escúchame, Bill Bradley! ¡Haz por escucharme, o te meto la cabeza en el depósito de agua! Yo no maté a aquel muchacho. Tú sabes mejor que yo de dónde procedo… Todavía llevo pegado el barro de una infancia rastrera y hambrienta. Lo sabes mejor que nadie… mi madre era una cualquiera que no anidó lo suficiente junto a mí para acabar de criarme. Luego mi padre me enseñó a robar… ¡Hubiera odiado cualquier cosa que él me hubiera enseñado! Por eso odio la delincuencia. Tú me ayudaste a salir adelante… —reguló unos segundos su alterada respiración, reanudando sus palabras en un tono más profundo, arrastrando las silabas para hacerlas salir vibrantes de su garganta. Bradley e miraba ahora con la hipnotizada atención de un borracho—… Tú me ayudaste, Bill, porque sabías que el tronco joven y verde se endereza. Algo así hice con el chiquillo cuya muerte colgaron a mi espalda. Era como yo… hubiera podido llevarle esposado a la primera… y preferí hablarle. Una y varias veces; porque él tampoco conocía a su madre… ¡Fue como una obsesión, como si yo mismo pudiera verme en un sucio espejo! La última vez le vapuleé bien, pensando quizá que, a veces, los golpes son el mejor de los argumentos… y le dejé sentado en el suelo mirándome igual que yo miraba a mi padre. Comprendí que era inútil; no sé hacer las cosas

como tú… Él me odiaba… No sé por qué, pero me odiaba… como mucha gente. ¡Y en toda mi vida no he hecho más que aquello que he creído era el cumplimiento exacto de mi deber!

Bradley hipó sonoramente, sin apartar su mirada grave del anhelante rostro de Maculay. Su eructo fue un chorro a presión de vaho alcohólico que anegó toda la habitación. Dio dos palmadas en el brazo del otro con toda la sobriedad de que era capaz, y luego le habló:

—Da lo mismo, chico. Todo da lo mismo. Hasta el que yo te crea… ¡Qué más da que mataras o no a aquel crío!… Ahora sería una rata adulta… Sobran ratas, muchacho. ¡Qué más da!

—¡Es que yo no le maté, Bill! Yo le dejé vivo, y maldiciéndome. Alguien le partió la espina dorsal, y pienso, viejo, si mataron a un muchacho sólo por perjudicarme a mí…

El Santa Claus borracho comenzó a cantar a media voz aquello de «La sirena de Whiting». Maculay zarandeó al viejo como si fuera un cocotero.

—¡Escúchame de una vez, y luego bébete si quieres un barril de veneno! ¡Quiero trabajar para ti; necesito dinero, y nadie en esta ciudad que no fueras tú, me daría una colocación!

—… «La sirena de Whiting jugaba a los dados con el viejo marino de la pata de palo».

Maculay, desesperado, reclinóse en la mesa abatido, dejando que el obeso detective desahogara su voz desafinada, con la «hermosa dama de caderas de merluza, que peinaba sus cabellos con *whisky, whisky*…».

Repentinamente la canción cesó de la misma inesperada forma que había empezado.

—Tú no tienes licencia, chico… Nadie te daría una licencia para investigar privadamente.

Los ojos del expenado recobraron nuevamente su habitual brillo.

—No me haría falta, viejo. No necesito llevar armas, ni siquiera presentarme como detective privado. Sería un empleado tuyo nada más. Eso no hay ley que lo prohíba. Necesito ganar dinero… Tengo que estar en esta ciudad porque quiero aclarar ciertas cosas… y no puedo vivir del aire, Bill.

Bradley le examinó fijamente a través de sus párpados entornados. Su rostro parecía en ese momento una absurda carátula

de cualquier intérprete de «Chinese Theater». Estuvo meditando unos momentos alguna oculta idea, antes de romper a balbucir roncamente:

—… Aclarar… aclarar nada… no hay trabajo honrado, muchacho… todo está podrido. El dinero también… todo el dinero de la ciudad. Lárgate de aquí… toma dinero. Lávalo y quítale los gusanos… pero lárgate de aquí.

Antes que Maculay pudiera evitarlo, Bradley extrajo un pequeño rollo de billetes sujetos por una goma, y se los introdujo al expresidiario en el bolsillo superior de la americana. Éste fue a devolvérselos, parando en seco su ademán a fin de detener la mano del viejo, puesta nuevamente sobre la botella.

—¡Deja eso de una vez, y dime dónde tienes la cafetera! ¡Voy a darte una ducha de moka!

El viejo afianzó su postura en el asiento, asiéndose a los extremos de la mesa con ambas manos.

—¡Déjame en paz y vete! —gritó, todo lo fuerte que pudo.

Maculay levantóse de la silla con resignada actitud.

—Está bien; pero quieras o no, trabajaré para ayudarte. Sé que estás en algún aprieto… aunque ahora no te encuentres en condiciones de poder explicármelo. Mañana volveré por aquí, y veré si es posible que en sólo doce horas, digieras los efectos de una tonelada de *whisky*.

Bradley empinaba en ese momento la botella, apuntando directamente al techo con ella, como si enarbolara un catalejo. El líquido, al discurrir por su garganta, hacía sonar la glotis como si fuera una campana. Dan, con gesto preocupado, alzóse de hombros.

—Que la duermas a gusto, viejo.

—Lo mejor será que le ate a la silla. Bill es muy poco amigo de dormir por la noche —sonó una tercera voz en la estancia.

Maculay giró velozmente sobre sus tacones, para enfrentarse con el intruso a sus espaldas. Recordó ahora el haber dejado la puerta abierta al entrar. Pudo descubrir la figura de un hombre, apoyado delicadamente en su marco.

—Con permiso.

Tras de cerrar a sus espaldas, el individuo avanzó indolentemente hasta el centro de la habitación, apoyando en el suelo innecesariamente un bastón recto y fino con un tallado puño

de marfil.

Maculay miraba al hombrecillo con hostil indiferencia. Todo en él era remarcadamente perfecto, estudiadamente acabado, a excepción de su cara y su estructura ósea.

Su enclenque fealdad física iba enmarcada por una rebuscada elegancia rayana en lo detonante. En la cabeza, pequeña y marrón como una almendra, lucía un amplio panamá de alas rizadas. Vestía una chaqueta gris ajustada, con amplios faldones abiertos por detrás, y pantalón blanco, de una blancura lechosa, pastosa, casi amarillenta como el color de sus ojos, huidizos y nerviosos igual que los de una rata. Sus zapatos también blancos, de puntera afilada y brillante, relucían como una moneda de a dólar sumergida en agua. La corbata, saliendo de su pechera semidura, en forma rígida y ondulante, sugería la idea de estar modelada en una forja, siendo presionada en su centro por un brillante ostentosamente grande, desmesuradamente limpio, insultantemente caro. Todo en su persona, era desafiante y costoso; desde el olor de su perfume hasta la laca transparente de sus uñas.

Miraba sonriente al expolicía, entreabriendo la boca como si fuera una grieta.

—Bienvenido nuevamente a casa, señor Maculay.

Hablaba con un sonido agudo, impreciso, ligeramente cascado; igual que suelen hablar algunos muñecos en el teatro de marionetas. Bill Bradley, reclinada la cabeza sobre la mesa, roncaba. Todo en la atmósfera de la habitación resultaba singularmente recargado.

—¿Qué quiere?

Maculay hizo la pregunta como si la extrajera de lo más profundo de su estómago. El hombrecillo apoyó sus dos manos huesudas y llenas de sortijas sobre el puño del bastón. Dan pensaba que de quitarle aquel punto de apoyo su cuerpo hubiera rebotado contra el suelo, sonando los huesos dentro del traje duro y acartonado, como unos dados de marfil en el interior de un cubilete.

—¿No se acuerda de mí, señor Maculay? —Torno a sonar el pitido balbuciente de su voz, igual que el escape a vapor de una tetera.

—¡Claro que sí, señor Ashley! ¡Cómo voy a poder olvidar a mi

querido acusador privado, abogado de adulterios y otras preciosidades por el estilo! —Daniel sentóse lentamente en la silla al lado de Bradley, con la cauta prevención del que cree llevar nitroglicerina en los bolsillos. Se imaginó con la boca llena de cuchillas de afeitar, caso de que sus palabras hubieran sido lo afiladas que sus propios sentimientos—. Siéntese. Aroma Ashley, si es que sus planchados pantalones se lo permitan.

El otro hizo un mohín desestimando la invitación, a la par que se frotaba las yemas de su mano izquierda llenas de polvo.

—Respecto a eso que acaba de decir hace un momento, puedo asegurarle que la labor de un abogado es a veces tan ingrata como la de un teniente de policía. Cuestión de profesión, querido amigo.

—Un policía sólo interviene en asuntos que exigen el ejercicio de la Ley. Ejercer la Ley, es reprimir toda la basura que luego individuos como usted defienden en los tribunales.

El hombrecillo lanzó una sonrisa gorgojeante como el canto de un canario.

—Hay quien, a veces, se equivoca abordando lo que él cree que es la Ley… y va a la cárcel.

Maculay hizo rechinar los dientes, levantándose impulsivamente de la silla para coger al abogado por una solapa. A la presión ejercida por su brazo, Ashley se puso de puntillas. Dan recordó cuando de niño jugaba a levantar globos con un dedo.

—¡Vuelva a repetir algo parecido —barbotó— y se traga los dientes!

Después de soltarle el expolicía, Aroma Ashley, con el rostro color ceniza, estuvo atusándose cuidadosamente la adulterada línea de su solapa.

—Veo, señor Maculay, que sus procedimientos violentos no han variado en nada.

El aludido cerró los puños, haciendo un incontenible esfuerzo por contenerse.

—¡Será mejor que se largue, o no respondo!

—No he venido a verle a usted, señor Maculay. Ahí fuera dice que ésta es la oficina de Bill Bradley.

—Está bien. Entonces, el que se larga soy yo.

El abogado prosiguió con voz tranquila, como si no hubiera oído al enfurecido visitante:

—Sin embargo, dado el lastimoso estado del señor Bradley, estimo conveniente hablar con usted sobre el asunto que me ha traído hasta aquí.

Bill Bradley continuaba con su estruendoso sueño, aplastado contra la mesa. Maculay, después de examinarle de reojo, dijo de mala gana:

—Si él quiere algo con usted, yo no. Soy supersticioso, y creo que las urracas me traen mala suerte.

Ashley, con exquisito tacto, fingió no darse por aludido.

—Impremeditadamente, sorprendí al llegar algo de la conversación que mantenían… bueno, que intentaba usted mantener con el señor Bradley, y he llegado a la conclusión de que tanto a usted como a mí, nos interesa una misma cosa: Limpiar la ciudad de indeseables.

CAPÍTULO IV

Daniel Maculay abrió la boca como si fuera una esclusa. El ver un camello fumando en pipa, puede que le hubiera ocasionado menos sorpresa. Por vez primera en varios años, desahogó algo parecido a un acceso de risa; una risa hueca, desprovista de matices y seca como el graznar de un somormujo.

El abogado hubo de chillar para hacer oír su voz por encima de la hilaridad del otro.

—¡Puede reírse cuanto le venga en gana; a mí me importa usted un ardite, y lo mismo que explote la ciudad entera!

Daniel fue serenándose poco a poco, mirando al hombrecillo con manifiesta extrañeza.

—Creía que me estaba proponiendo matar a alguien.

—Entonces no me he expresado bien. Particularmente yo no tengo el menor interés por que usted mate a nadie. No es mío el encargo; estoy transmitiéndole la oferta hecha por un cliente. He venido a proponerle el trabajo a Bradley. Si le interesa a usted, bien, y si no, ya me buscaré otro.

Maculay adelantó el cuerpo sobre la silla, visiblemente intrigado ante el inesperado giro de la conversación.

—¿Y por qué no vino ese cliente suyo a proponer el asunto directamente?

—Desea conservar el anonimato. Ésta es una empresa que puede acarrear temibles represalias, y el interesado tiene una delicada posición social que en ningún momento le interesa poner en juego. —Se pasó delicadamente la pulida superficie de sus uñas por la barbilla, diciendo, tras un momento de indecisión—: Hablando claro, señor Maculay, es a usted a quién prefiero proponérselo. A nadie más podría interesarle el trabajo, ya que todo el mundo sabe a qué ha venido. Usted mantuvo la ciudad tranquila hasta que… hasta que se fue. Ya no tiene las mismas atribuciones que antes,

pero existe la probabilidad de que alcance el éxito. Lo peor que puede ocurrir, es que le maten; y eso, tanto a mi cliente como a mí, nos tiene completamente sin cuidado.

—Muy amables ambos; pese a todo, procuraría por todos los medios que esto no ocurriera.

Aroma Ashley pareció repentinamente contento.

—¿Debo entender con eso, que acepta la oferta?

—No creo haber dicho semejante cosa —repuso Daniel, meneando la cabeza—. Primero desearía saber cómo y en qué forma desea ese sujeto que se lleve a cabo la limpieza.

—Eso es cosa suya. Usted debe establecer el orden por el procedimiento que sea. Con qué medios, y de qué manera, es algo que mi cliente deja por completo a su elección.

—Mi propósito es averiguar muchas cosas, aunque nadie me pague por ello; no obstante, me gustaría conocer los motivos que impulsan a su cliente para hacer semejante encargo.

El hombre respondió tranquilo, ajustándose solemnemente unos impecables guantes de cabritilla:

—Eso es algo que a usted no le importa.

Puso el bastón debajo de su brazo, para sacar delicadamente del bolsillo interior de su americana una elegante cartera de piel de avestruz. Extrajo un pequeño fajo de billetes, que fue contando con la solemnidad de un banquero. Maculay le contemplaba en silencio, pudiendo comprobar que los billetes eran de quinientos dólares.

—Dos mil quinientos dólares —dijo el hombrecillo, con voz de pujador de subasta—. Si consigue usted su objeto, la cantidad total a percibir por el trabajo serán diez mil dólares. La cuarta parte ahora, otros dos mil quinientos en el momento que se pueda comprobar la eficacia de su trabajo, y cinco mil al final, cuando todo esté arreglado. Los gastos que el asunto le ocasione, son aparte. ¡Y sobre todo: de esto no debe hablar nada a nadie!

Depositó los billetes sobre la mesa, cerca de Dan, que seguía imperturbable como un hombre anuncio. Al fin, dijo:

—Para un asunto de esa importancia, no es mucha cantidad.

—¡Oh! Usted y yo sabemos, que haría el trabajo por mucho menos dinero. No obstante, me limito a cumplir órdenes.

Maculay comprendió que el trato estaba hecho; y no precisamente por los billetes a su alcance. Indiferentemente, se

introdujo el dinero en el bolsillo.

—*¡Okay!* Acepto, pero si observo algo que no me gusta en el asunto, lo dejaré donde más me convenga. Ahora, dígame contra quién va enfocada la cosa.

—El amo de la ciudad es un tal Ronco Clayton. Era entrenador de lucha libre antes de subir como la espuma. Todas las casas de juego de la ciudad son de él. También las máquinas tragaperras y los burdeles. Procure esta noche ir al «Moonlight»[1], y perder cien dólares a la ruleta. Inclúyalo en gastos. Ése es el cuartel general de Clayton; tendrá ocasión de ambientarse. Ya recibirá noticias mías, y procure por todos los medios no dirigirse a mí, donde alguien pueda observarnos. Buenas noches, señor Maculay.

—¡Un momento, Ashley! Quisiera hacerle antes un par de preguntas.

El abogado contrajo la piel de su cara, adquiriendo está el aspecto de un papel arrugado.

—¿Ha oído hablar de Jeff Raines en la ciudad? —inquirió Dan.

Aroma hizo un extraño guiño, manifestando con voz de falsete:

—No conozco a ese señor.

—Tampoco conocerá a la mujer que hicieron saltar esta mañana por una ventana a la calle.

—Caron Dieterich. Lo he leído en la Prensa de la mañana. Jugaba mucho a la ruleta, y su sistema de vida, no creo que fuera el que suele llevar una señora. Desde luego, no la conocía. ¿Algo más…?

Maculay miró al hombrecillo fijamente, como el que mira al trasluz una radiografía. Tuvo la palabra «mentiroso» en la punta de la lengua; luego, como si la cosa le importara poco, encogióse de hombros.

—Nada más. Mi última pregunta es algo personal que nada tiene que ver con el trabajo. Está relacionada con la visita que hace cuatro años le encargaron me hiciese usted a la cárcel; deseo devolver el saludo que me transmitió… ¿Dónde… vive… ahora?

Hablaba broncamente Daniel, como si tuviera obstruida la garganta. Aroma hizo un imaginario dibujo en el suelo con la contera de su bastón.

—Puede que el domicilio que usted busca sea el de Ronco Clayton.

El otro, con el rostro contraído, alzóse lentamente de la silla.

—¿Habla en serio, Ashley?

—Montgomery Road, frente a Phillips Park. Una casa con el tejado dorado. Es posible que también tengan oro en los cimientos. Cuando el oro sobra, no se sabe en qué emplearlo. Tenga cuidado, «Hurricane»; sería un grave inconveniente que lo mataran antes de tiempo.

Salió tan silenciosamente como había entrado. Dan quedóse en el centro de la habitación, mirando sombríamente la abatida estampa de Bradley, y quedamente, en el mismo tono apagado con que se recita a Poe, murmuró:

—Una ciudad podrida, Bradley… y llena de gusanos. De asquerosos gusanos.

Luego, dando un portazo, salió a la calle.

Ya era anochecido cuando llegó ante el edificio de Montgomery Road. Tratábase de un enorme chalet de tres pisos, ostentoso hasta en la forja de sus veletas. Las tejas relucientes y amarillas contribuían a darle la apariencia de un gigantesco pastel de yema. Hallábase circundada por un pequeño y cuidado jardín de estilo francés, limitado por un ancho muro de piedra trabajada.

Maculay empujó la verja de entrada, sin que ésta le ofreciera la menor resistencia. Tras de atravesar un camino enlosado, con ribetes de hierba entre las piedras, detúvose ante la puerta principal.

El timbre sonaba igual que un batintín. Con el pensamiento en otras cosas, estuvo oprimiéndolo quizás más tiempo de la cuenta.

La pesada puerta de madera abrióse lentamente, enmarcando una imponente figura.

No era más alto que el mismo Dan; sin embargo, al definirle, cualquiera habría podido añadir como poco diez centímetros por encima. Iba uniformado de chofer; un uniforme de un azul especial, con el cuello y las bocamangas de terciopelo gris que hubiera merecido la aprobación del empresario más exigente, para el atuendo de cualquier personaje de opereta. El hombre lo lucía con petulancia; con la irritante presunción que suelen tener los que se creen atractivos y fuertes.

Maculay hubo de reconocer para sí mismo, que el individuo con uniforme o sin él, era uno de esos sujetos que suelen gustar a las

mujeres, y hasta vivir si lo pretenden a costa de ellas.

Tenía el pelo ensortijado, de un color cobrizo como la piel, y su cara recordaba las de esos centuriones romanos que suelen verse en las películas. Sólo un observador más profundo hubiera podido adivinar la bestia salvaje que se escondía detrás de sus ojos pardos y expectantes, contrariando éstos, toda la impasibilidad de su musculoso cuerpo.

Antes de que abriese la boca Maculay, el otro manifestó:

—No hay nadie. Han salido.

Hablaba con una voz monocorde, cansina; silbando las palabras a través de los colmillos y reteniéndolas al final, como si las sílabas tuvieran rabo, y él lo mordiera con los dientes.

—Bueno, no tengo prisa; esperaré.

Intentó entrar, más el brillante cancerbero le interceptó el paso.

—Aquí no. En la calle si quiere. Lárguese.

Parecía estar redactando un telegrama, sin importarle un comino su contenido. Cualquiera hubiera dicho que, para él, el hablar era un menester de los más aburridos. Maculay comenzó a sentir un ligero calorcillo en las orejas. Aunque iba buscando pelea, este matón de postura lánguida le inquietaba hasta hacerle perder la seguridad en sí mismo.

El brillo de los botones dorados del uniforme producía curiosas irisaciones a efectos de la luz del interior. Fuera y dentro todo era ostentoso, magnificente. Desde las tejas de la casa, hasta la escalera de pulido pasamanos, que por encima del hombro entreveía Maculay en el centro del iluminado recibidor.

La chulería petulante del chofer enervó a Daniel.

—Voy a pasar. Quítese de en medio.

—Escuche: no me dé la noche. Lárguese. No quiero pegarle.

Eso era más de lo que Maculay hubiera podido aguantar. Y disparó el puño en un golpe medido, con potencia de martillo pilón, que hubiese podido tumbar a una mula, caso de hallar a una mula en su camino. Mas el puño no encontró ningún obstáculo; Daniel creía haberlo calculado con precisión de geómetra, directo al centro de la mandíbula del otro. No obstante, fue su cuerpo el que, a efectos del impulso, entró limpiamente en el salón, brazo en alto como el portaestandarte de una manifestación, yendo a estrellarse aparatosamente contra una mesita de caoba, que se hizo astillas.

El apuesto chofer seguía de pie junto a la puerta, con una leve expresión contrariada en su rostro.

—Por última vez: lárguese. Será mejor.

Maculay incorporóse lentamente del suelo, haciendo con la garganta el mismo ruido que producen los gatos cuando están furiosos. La ira agarrotaba sus movimientos. Ardíale la cara, y las manos le temblaban como si estuviera agarrado a un cable de alta tensión.

El otro le esperaba sereno, inmutable, con una resignación casi piadosa, seguro de sí mismo. Maculay llegó ante él, andando despacio. Repentinamente hizo una finta disparando la derecha para al final, rematar con un salvaje gancho de izquierda. Éste había sido siempre su golpe de concurso, eficaz e inesperado. Por eso más que dolor, fue sorpresa lo que experimentó cuando, después de perderse nuevamente su puño en el vacío, sintió un impacto brutal en la cara como si le hicieran estallar la cabeza.

El suelo ascendió hasta él, y la araña del techo describió dos graciosas vueltas de campana. Jadeando, limpióse la boca húmeda en sangre, lanzándose a ciegas sobre su adversario; el líquido espeso y caliente manándole del rostro, impidióle esta vez la visión. Pudo sentir el castigo de varios golpes en el hígado y alguna otra parte del cuerpo, haciéndole hipar como un muñeco de resorte. Unos ganchos de hierro trabáronle los brazos por la espalda, haciéndole una presa de cuello, a la par que apoyaban una rodilla en su espina dorsal como si fueran a tirar al arco con sus vértebras. La pierna hizo más fuerza, y le pareció, en un acceso de dolor, que su cuerpo iba a desmembrarse.

Fue entonces cuando sonó la voz: imperativa, autoritaria y suave como una cascada:

—¡Milo, suéltale!



—¡Milo, suéltale!

El hombre a su espalda aflojó la presa, dejándole caer de golpe sobre la alfombra como un pelele. La sangre, circulándole nuevamente por las arterias, le produjo una sensación de bienestar infinito. A pesar del punzante dolor de cuello, logró levantar la cabeza con dirección a la alta escalera, forzando sus cegados ojos

para poder ver la figura de una mujer en mitad de los peldaños.

Estaba allí, deslumbrante, con un aire gentil entre elegante y grave de estatua griega. Modelada y perfecta como una tanagra.

Daniel Maculay, aplastado contra la alfombra, tardó unos segundos en regular su respiración; luego, con voz jadeante, dijo:

—Gracias, querida; ardía en deseos de volver a ver a mi adorada esposa.

CAPÍTULO V

Daniel continuó tumbado en la alfombra como si estuviera tomando baños de sol. Le dolía ahora terriblemente todo el cuerpo, y la sangre al gotear por tus narices, dejaba una escandalosa mancha en la mullida lana color vainilla.

El llamado Milo fue el primero en decir algo. Esta vez su acento intentaba ser más expresivo:

—Ya le dije que no entrara. Se empeñó en atacarme. Le aconsejé que no entrara…

Volvió a hablar la mujer con su tono imperioso a la par que suave:

—Déjanos solos, Milo.

El aludido estuvo unos instantes examinando la figura de Maculay tendida en el suelo. Éste, extrayendo un pañuelo del bolsillo, hizo por taponar la hemorragia de sus fosas nasales, en tanto que, dolorosamente, intentaba incorporarse gritando al chofer, casi en su cara:

—¡Ya has oído, lacayo; que te largues… que nos dejes solos!

Milo sonrió con frialdad, mostrando por vez primera un colmillo de oro.

—Charlatán baboso…

Dan, ya en pie, hizo ademán de retroceder un puño, más el otro le volvió la espalda despectivamente para abandonar el salón despacio, sin interés aparente por ir a ninguna parte.

La mujer seguía en la escalera, inmóvil en el mismo escalón, como si verdaderamente fuera una estatua; una hermosa y bien acabada estatua.

Maculay, con la mano puesta sobre el pañuelo, anduvo algunos pasos hasta el borde mismo del pasamanos, repasando con intensa atención la figura erguida ante sus ojos.

Iba envuelta en una vaporosa bata abierta hasta la cintura. La

pierna, larga y esbelta, asomaba por el vestido, luciendo en su tobillo izquierdo una ligera cadena de oro. El resto del atuendo ceñíase al cuerpo como una segunda piel, haciendo resaltar una exuberancia de excitantes líneas.

Su rostro era un perfecto óvalo con ojos profundamente verdes y rasgados. No había crueldad en su cara, y, sin embargo, los rasgos resultaban enérgicos. Hubiera sido difícil pintarla.

—Puedes decir algo, querida; ya estamos solos.

—¿Qué quieres, Daniel? Me concediste el divorcio; no opusiste ninguna negativa.

—¡Claro, claro, querida! ¿Por qué había de oponerme? Soplaban malos vientos por mi lado, y yo siempre quise para ti lo mejor, Cisne.

—Entonces, ¿qué intentas reprocharme… a qué vienes ahora?

—A verte en tu jaula de oro, cariño. —Maculay hablaba suavemente. Apartó el pañuelo de sus narices, advirtiendo que ya no sangraba—. Quería saber los motivos que puede tener una mujer decente para abandonar a su marido. No importa que el otro no sea honrado, Cisne; prácticamente el cambio bien vale la pena.

La mujer descendió los escalones hasta enfrentarse con él. Andaba con la pausada elasticidad de una pantera.

—¡Yo no te abandoné: fuiste tú a mí! ¡No podía esperar años y años pasando privaciones hasta que tú salieras de la cárcel! ¡Mil veces te hablé de elegir otro trabajo que me permitiera vivir como un ser humano! ¡Mira mis manos. Daniel; ya no están rojas de fregar cacharros, ni huele mi ropa a cocina!

A pesar de sus alteradas frases, seguía manteniendo la dignidad de una esfinge. Maculay la observaba fijamente a los ojos, con el rostro inexpresivo como la piedra.

—Yo te quería, Daniel: Por ti hubiera hecho cualquier cosa, si hubiese adivinado en tu persona algo verdaderamente mío. Pero sólo eras la Ley; una partícula miserable de la Ley, con todas sus imperfecciones, y por eso fracasaste; no se puede vestir el alma de uniforme compartiendo el reglamento con la esposa. ¡Una mujer quiere algo más, Daniel! ¡Quiere cariño y atenciones; quiere saber que es hermosa, y que el mundo va más allá de las cuatro paredes de una cocina!

—Nunca me hablaste nada de esto, Cisne —repuso él, con voz

ronca.

—Nunca hiciste por querer enterarte; ya la cosa no tiene remedio —alzando el busto le miró de forma desafiante—. Ya me has visto, Daniel. Ahora, ¿qué más quieres?

Él, desde la cárcel, siempre se imaginó esta entrevista de otra manera. Efectivamente, no había nada que decir.

—Adiós, Cisne. Puede que nos veamos a menudo. Que sigas tan desinteresada.

Caminó hacia la puerta, mortificado al andar por una oleada de agujetas.

—¡Dan!

Detúvose en seco, sin hacer intención de volver la cabeza. La voz de la mujer sonaba en este momento solícita.

—Dan… puedo dejarte alguna cantidad… si te marchas de aquí.

Maculay sonrióse entre dientes antes de responder:

—Gracias por tu ofrecimiento, cariño, pero tengo trabajo en Aurora. ¡Ah! y procura no derrochar el dinero de Ronco Clayton… le cuesta mucho trabajo ganarlo.

Sintió los ojos de ella, como dos ardientes agujas taladrándole la espalda. Arrastrando los pies llegó hasta la salida, dejando la puerta abierta tras de sí.

El aire fresco del jardín le hizo sentirse más reconfortado. Detúvose a mitad del camino para frotarse el dolorido cuello. Ya era de noche; una noche para Maculay de cielo descubierto, diferente a las noches infinitas vistas a través de los barrotes, desde una litera.

Llegó a la conclusión de que no le dolían los golpes; su dolor era moral, con sabor a fracaso. Maldijo en alta voz según se acercaba a la verja de salida, prometiéndose justificar los dos mil quinientos dólares ocultos en su bolsillo. No importaba que detrás de todo, hubiera gato encerrado; iría hasta donde le permitiese su propia vida.

Casi encima de la puerta de hierro tuvo una desagradable sorpresa; Milo, con su eterno gesto de hastío, fumaba indolentemente un cigarrillo, contemplando a las estrellas, Maculay acercóse a él hasta casi aspirar el humo dulzón de su largo emboquillado. En tono venenoso le dijo:

—Has cometido una equivocación no asesinándome lacayo, ¡ahora uno de los dos sobra en este mundo!

El chofer sonrió con desgana, mostrando a la luz de la luna su colmillo de oro. Su respuesta fue un susurro perezoso, mezclado y retorcido con las espirales de humo.

—… Charlatán baboso.

De haber tenido Maculay una pistola, le hubiera matado. Una, y veinte veces habría apretado con deleite el gatillo hasta convertir su estómago en una fundición. Se apartó del otro unos pasos, temblando de ira su cuerpo agarrotado. Al hablar, la saliva le quemaba en la boca.

—¡La próxima vez que nos encontremos no habrá vapuleo… y tú te llevarás la peor parte; te lo juro!

El hombre uniformado dejó caer el cigarrillo al suelo, y lo aplastó con la suela de su acharolada bota. Luego, lentamente, se introdujo en el jardín, murmurando repetidamente un insulto soez. Maculay se alejó de la casa experimentando la misma sensación que un perro cuando es atacado por la rabia.

El trayecto bajo los árboles en esta lujosa parte de la ciudad, hallábase solitario y tranquilo. Anduvo en sentido contrario al itinerario emprendido para llegar allí, atravesando la carretera 30. Fue entonces cuando percibió que alguien lo seguía. Ajeno al peligro que ello podía llevar aparejado, celebró consigo mismo el hecho de ver resucitar como algo instintivo su antiguo olfato de sabueso.

Se entretuvo en encender un cigarrillo, y los pasos sigilosos a su espalda cesaron. Ya no albergó ninguna duda respecto a su perseguidor. Maculay caminaba pegado a los muros de piedra de los jardines. De repente, emprendió una veloz carrera, huyendo, como si en ello le fuera la vida. Las pisadas sospechosas aceleraron la marcha precipitadamente en pos de él, sin precauciones ya de ninguna clase. Esto era cuanto Daniel pretendía; al doblar la esquina, paróse en seco, haciendo ruido con los pies sin moverse del sitio. Una forma oscura dobló la curva abiertamente, lanzada en franca persecución de su persona.

«Hurricane» tuvo que realizar una colosal estirada para atrapar sobre la marcha al individuo, rodando ambos aparatosamente por el suelo, cual dos gatos resbalando por un tejado.

La sorpresa del individuo al verse convertido de hurón en conejo atrapado, fue como un inesperado tanto en favor de Daniel, pese a

la circunstancia de quedar al final su cuerpo debajo de el del otro. Disparó su puño alcanzando a su frustrado perseguidor entre el cuello y el hombro; éste, levantando el cuerpo ante lo amargo del golpe, dio ocasión a que Maculay doblara la pierna, asestándole un potente rodillazo. El desconocido, con un bronco mugido, salió disparado hacia atrás y quedó revolcándose en la arena.

A la incierta luz de la luna, pudo Dan precisar las facciones de su burlado atacante. Era joven; más joven de lo que él imaginara en un principio, y musculoso. Con una musculatura de tabla gimnástica sueca por correspondencia y manual de lucha con viñetas, que en un cuerpo a cuerpo entre gente con los huesos duros, lo más que puede servir, es para ganar el Cielo.

El muchacho abrió lentamente los ojos, mirando emponzoñadamente a Maculay. Tenía cara de asesino; incipiente, novato y hasta si se quiere sin un solo número todavía en su haber de muertes a sangre fría; pero tarde o temprano acabaría haciéndolo. Daniel lo veía con la misma precisión, que su instinto le indicaba lo cerca que él mismo había estado de ser la víctima inaugural del joven doblado sobre su estómago. Saltó sobre él presionándole los brazos contra el suelo con ambas piernas. A guisa de saludo estrelló sus nudillos contra los dientes del otro; luego, candorosamente, dijo:

—Buenas noches.

El individuo lanzó un aullido, escupiendo un trozo de diente, e intentó zafar su mano derecha con dirección a la axila. Maculay le retuvo a tiempo, extrayendo de debajo de su brazo un revólver enfundado en su sobaquera.

—Esto es sólo para hembras.

A su comentario despectivo respondió el aprendiz de pistolero, lanzándole a la cara un salivazo sanguinolento. La rabia de su anterior episodio con el chofer, bullíale a «Hurricane» todavía en el cuerpo. Con la culata del arma lanzó un mandoble al otro, rasgándole la mejilla y haciéndole gritar con impotente desesperación:

—¡Anda, acaba conmigo también de una vez!

Daniel, con el entrecejo fruncido, fijó detenidamente su atención en el rostro del muchacho, alentando un presentimiento desagradable.

—Tú eres hermano de Nick Paroli.

—¡Sí, aprieta el gatillo! ¡Te será más fácil hacer eso, que partirme la espina dorsal como hiciste con mi hermano!

Toda la furia de Daniel se esfumó en burbujas como un «Coca-Cola» al ser destapado. Sin soltar el revólver, incorporóse con precaución, dejando libre al caído muchacho. Con la mano izquierda extrajo su pañuelo blanco, arrojándoselo al hermano de Nick Paroli. El mismo pañuelo que poco antes había servido para enjugar la sangre que delante de su exmujer le hiciera verter Milo. El otro, en el suelo, no intentó siquiera tocarlo, y sacó uno propio del bolsillo superior de su chaqueta. Sentado a los pies de Maculay, componían en la solitaria y oscura vía, un extraño cuadro.

Daniel volvió a hablar, sombríamente.

—Sé que es inútil que intente convencerte de que yo no maté a tu hermano, de la misma forma que considero inevitable el que nuevamente intentes asesinarme: entonces tendré que matarte, Paroli; en defensa propia, pero tendré que matarte, y hacer contigo lo que jamás hice con Nick. No es que tenga intención de llorarle; ni siquiera siento su muerte. Era un hampón como tú, con demasiado cieno en la sangre. Los hombres así, siempre mueren jóvenes y de mala manera. Paroli. Quienquiera que lo hiciese, le ahorró la molestia de tener que ir a la silla eléctrica.

El otro le miraba sin ningún interés por sus palabras; sólo el odio, un odio alterado y frenético, latía en la joven bestia encogida en el suelo. Maculay lo comprendió de repente, dando por ultimada su conversación con una advertencia:

—Dile a quién te envió, que hay pistoleros mejores que tú para acabar conmigo.

Se alejó varios pasos sin volver la espalda al caído; luego, dio media vuelta, marchándose del lugar sin dejar de empuñar la pistola, aun sabiendo que Pároli no le seguiría.

Todo el camino hasta Unión Street, fue una muda sarta de destemplanzas en contra de los acontecimientos. Su primer asomo a la ciudad, era de resultados análogos a los que puede tener un pollo metiendo la cabeza entre las aspas de un ventilador. Demasiados golpes, para lamentarse aisladamente por ninguno. Jeff Raines. La mujer de este asesinada precisamente en Aurora. El encargo de

Aroma Ashley, su antiguo acusador privado, representando esta vez a un misterioso y a la par dudoso moralista. Su exmujer compartiendo las primicias de un trono hediondo con un emperador de asesinos, custodiada además por matones selectos e invulnerables, y por último, un loco sádico entregado a una «*vendetta*» contra él mismo.

¿Qué podría contarle el viejo Bill Bradley de todo este «sugestivo» combinado? El veterano policía, destilando *whisky* hasta por los calcetines, habíase conducido ante él, como si creyera llegado el momento del juicio final. Al siguiente día, obligaría a Bradley a contarle todo.

En la esquina con la Quinta Avenida, se detuvo; le dolía todo el cuerpo, y su aspecto podía considerarse como lamentable. Hasta Church Road quedaba todavía una distancia considerable. Acordóse repentinamente del dinero de que era portador en su bolsillo, encontrándose a pesar de todos sus sinsabores, inconscientemente a sus anchas como un bebé en una piscina de jalea.

Paró un taxi, dándole la dirección de su casa después de arrellanarse cómodamente en el mullido asiento. Desde la ventanilla, veía transcurrir los luminosos colores parpadeantes en la noche como fuegos artificiales. Ésta era la parte superficial de Aurora; la capa superior de crema que por lo visto envolvía el bizcocho relleno de inmundicia. A pesar de todo, Maculay no pudo dejar de admirarla, sintiendo la misma alegría que puede sentir un ciego al recobrar la vista.

Antes de que pudiera meditar más sobre «el atractivo espejismo de las ciudades», detúvose el coche en las señas indicadas. El contador parecía marcar dos dólares y pico.

«Hurricane» recordó ahora los billetes que el viejo Bill Bradley le metiera en el bolsillo. Extrajo el rollo todavía sujeto por la goma, y surgió con esto una nueva sorpresa que añadir al cúmulo de variadas emociones encadenadas a lo largo del agitado día. Los billetes eran sólo diez… pero cada uno de mil dólares.

Mantuvo el dinero en su mano contemplándolo perplejo como si no alcanzara a comprender su verdadero origen. Fueron unos segundos de indecisión, al cabo de los cuales su cuerpo pareció desperezarse, olvidándose por completo del cansancio que momentos antes le embargara. Tenía que ver urgentemente a

Bradley. Diez mil dólares era una cantidad demasiado importante para que en esta ocasión el viejo se negara a dar explicaciones.

Y sin pensarlo más dio nuevamente al chófer orden de que arrancara para trasladarse a la oficina del policía jubilado. El taxista gruñó algo sobre los pasajeros chiflados.

El edificio donde Bill Bradley tenía su agencia de investigaciones parecía ahora doblemente lóbrego a la escasa luz del intransitado callejón. Pagó el coche después de rebuscarse cuatro dólares por los bolsillos, despidiéndolo acto seguido.

Ascendió con paso rápido los crujientes escalones. La puerta permanecía entreabierta, por lo que Maculay no tuvo más que empujarla para pasar dentro.

La sorpresa ensanchó su cara al ver que el despacho, solitario, estaba revuelto, como si los cimientos de la endeble casa hubieran sido sacudidos por algún movimiento sísmico. Una nueva botella de *whisky* parecía estrellada contra el suelo, en medio de un charco.

Dan, con los labios apretados, paseó la mirada en torno a la habitación. Fue entonces cuando reparó, a la incierta luz del despacho, en la extraña densidad del *whisky* derramado.

No tuvo que fijarse mucho para comprobar su verdadera naturaleza. De un salto lanzóse sobre la pequeña puerta que comunicaba con el reducido cuarto de aseo, abriéndola de golpe.

Estaba allí, contemplándole nebulosamente con mirada pacífica; con la misma expresión que habría empleado para contar un rebaño de ovejas antes de dormirse. Pero Bill Bradley ya no contaría nada en este mundo; tenía la cabeza partida como si la hubieran golpeado con un martillo.

CAPÍTULO VI

Maculay quedóse clavado en el sitio como si sus zapatos se hallaran fijos al pavimento con tachuelas. Para él, Bradley llenaba en su vida un espacio de paternal tutela, hasta este momento casi invalorable. A su lado aprendió a ser hombre, y después, como hombre, todo lo bueno y malo que no debe ignorar un buen servidor de la Ley.

Cuando Bill se jubilara, fue él mismo quien le sugiriera la idea de montar la agencia en Aurora, haciéndole venir desde Chicago para fijar aquí su residencia. Puede decirse que la mayoría de los encargos que el viejo recibiera de sus clientes en tanto que «Hurricane» fuera el jefe del Departamento, habían sido informados o resueltos con la colaboración de Daniel, dados los medios de que le permitía disponer su cargo de teniente.

Maculay sintió sus ojos húmedos, viéndose obligado a tener que abandonar el pequeño lavabo.

En el despacho todo daba la impresión de haber sido registrado minuciosamente, sin que el que lo hiciera tuviera el menor interés por dejar las cosas como estaban. Los cajones de la mesa, colgando abiertos, mostraban un desorden de papeles revueltos, muchos de ellos caídos por el suelo. Idéntico aspecto ofrecía el resto de las cosas habiendo sido despegadas las fotografías montadas en cristal que adornaban la habitación, en una extraña mezcolanza de vaporosas láminas del *Squire* ilustradas por Varga, y retratos de Bradley vestido de uniforme, en su buena época de sargento.

Daniel realizó un detenido examen de todo lo demerito, teniendo especial cuidado en no tocar nada con los dedos desnudos. Si algo había existido en el despacho que pudiera siquiera orientar sobre qué asuntos ocupaban últimamente a Bradley, el asesino parecía haber dado buena cuenta de ello.

Con los dientes apretados procedió a registrar el cadáver del

infortunado viejo, dando esta pesquisa el mismo inútil resultado.

Comprendía que no podía permanecer por más tiempo allí sin peligro a que alguien le descubriera, dando por consiguiente la voz de alarma. Tras una última mirada al que fuera su mejor amigo, Daniel abandonó la estancia, saliendo por la escalera trasera al callejón.

En la calle, un suave soplo de aire hacía oscilar las ramas de los árboles, proyectándose éstas a la luz de los focos, como sombras chinescas en movimiento.

Al desembocar en la populosa New York Street, compró un diario de la noche. El relato sobre el crimen de Caron Dieterich, ocupaba bastante menos que la reseña sobre las carreras de caballos celebradas el día anterior. Hablaba de que la policía seguía inteligentemente sus pesquisas, y el nombre del teniente Benson salía a relucir en cuantas ocasiones lo consideraba necesario el periodista, lo que poco más o menos venía a ser cada dos líneas.

Daniel arrugó el periódico, tirándolo lejos de sí. Todo el mecanismo de la ciudad tenía el aspecto de ser algo regido y controlado por una misma oculta mano; desde el más ínfimo periódico hasta las fuerzas de policía.

En un taxi trasladóse al «Moonlight», sin dejar de dar vueltas en su cabeza a Bill Bradley, Jeff Raines y Caron Dieterich; tres cadáveres que hasta el momento no sabía cómo ligar entre sí.

El «Moonlight», en su entrada, era un *cabaret* tan llamativo como todo lo que pertenecía a Ronco Clayton. Alfombras hasta la acera, toldos por encima de la alfombra, y uniformes más propios de una presentación de cartas credenciales, que adecuadas para una simple portera con la piel negra.

Un bolero lánguido orientóle sobre el itinerario para llegar hasta el salón.

Sobre una pequeña pista bailaban tres parejas, y la casi totalidad de las mesas aparecían desocupadas. Maculay se dirigió a un elegante mostrador donde dos barmans servían al escaso público, con movimientos que recordaban los juguetes de cuerda.

Supuso que la sala de ruleta empezaba exactamente detrás de un fornido mozo de nariz chata y pelo brillante, que parecía inamovible ante una puerta sobre la cual se leía el rótulo de «Dirección».

Pidió ginebra mientras observaba cómo dos parejas pasaban ante el vigilante con cara de boxeador, abriéndoles éste la misteriosa puerta con una sonrisa reverente.

Maldijo interiormente al abogado por no advertirle de esta eventualidad. A su lado tomó asiento una mujer con el pelo teñido de color verde, que cualquier día razonable, no hubiera dudado en calificar como aceptable.

—Un *whisky* solo, Slym —pidió, con voz de hastío.

—Que sean dos *whiskys*, Slym —coreó Maculay.

Ella le miró a través del humo de su cigarrillo con ese gesto desganado que se suele poner al leer el título de un programa que ya se ha visto por lo menos cuatro veces.

—Esta noche pierde usted el tiempo —fue la réplica de la dama.

Dan encogióse de hombros, resignadamente.

—Bueno; al que me dijo que esta ciudad era divertida, sólo le deseo que le aten una pierna a un árbol, y se tenga que quedar a vivir aquí para siempre.

Introdujo la mano en el bolsillo de su pantalón sacando un rollo de billetes con muchos ceros, procurando que la mujer meditara un poco sobre el color de los mismos. La rubia cambió la expresión de su cara como si por el rostro le acabaran de pasar una esponja. Su sonrisa y hasta la dirección ondulante de su cuerpo señalaba hacia Maculay, semejante a un indicador de viento para aterrizajes. Sólo sus ojos permanecían fríos; de una frialdad calculadora que a Dan le produjo náuseas en el estómago; no obstante, se abstuvo muy bien de demostrarlo. Guiñando un ojo a la joven, dijo, con la voz que encontró más agradable:

—Soy de Sprinfield; he venido a quemar unos cuantos billetes… ¡siempre que sea en buena compañía!

La chica perdió definitivamente su interés por el vaso de *whisky*, entornando ahora los párpados para decir:

—¿Le gusta el azar?

Él puso un gesto cómicamente sorprendido al preguntar que qué era eso, y ambos rieron estrepitosamente.

—Venga conmigo.

Se encaminaron hacia la puerta celosamente cuidada por el hombre con cara de pez. Contra lo que esperaba Daniel, éste se interpuso en su camino.

—Erye —dijo a la mujer—, tú no pasas; no le gusta al patrón que hagas trampas contra la casa.

Ella pareció visiblemente contrariada, luego señalando a Maculay repuso festivamente.

—Su padre tiene una fábrica de andadores para niños en Springfield. Le he convencido de que venga aquí a establecer una sucursal del negocio. ¡Anda, encanto, enséñale a este mono chato el capital social!

Dan extrajo el dinero de su bolsillo, ensayando su expresión más estúpida. El hombre se estuvo rascando la oreja antes de decidir.

—Bueno, pasen —dijo al fin—, pero como intentes jugar tú, Erye, se te va a estropear la permanente.

Ella hizo un mohín de burla, y ambos pasaron al otro lado de la puerta.

Por un corto pasillo desembocaron en una sala ocupada con todo el selecto público de que adolecía la sala de baile exterior. Desde dados, al chákala, el reducto era una especie de museo de la historia del juego. La rubia tiró de su brazo hacia una mesa de póker, soltando Daniel con remarcada delicadeza la mano de la joven, al tiempo de depositar en ella un billete de cincuenta dólares.

—Esto es para ti, preciosa. Y ahora márchate sólita a cualquier rincón del local, y juégate este billete a la salud de mi padre y su fábrica de andadores. Hoy no es mi día.

La dejó de pie diciéndole algunas casas, que en cualquier otro momento hubiera valido la pena de tomar a pecho.

Dirigióse a un extremo de la sala donde, en una especie de taquilla, un hombre con una visera color verde cambiaba dinero por fichas.

Con varios discos de colores en la mano, caminaba Dan hacia la mesa de ruleta, cuando descubrió a Aroma Ashley. Jugaba en un tapete de dados, rodeado por un compacto grupo de curiosos. Maculay acercóse, abriéndose paso hasta la cabecera de la mesa. El abogado, con aire afectado, tiraba en ese momento los dados sobre el paño; la gente cantó un número, y el crupier, al otro extremo de la mesa, atrajo hacia sí un montón de fichas plateadas. Ashley estaba jugando él solo contra la casa. No había más postores, y las fichas depositadas sobre el tapete alcanzarían alrededor de los cuatrocientos dólares, tope máximo que parecía ser admitido por la

banca.

El abogado debía llevar perdida una considerable suma a juzgar por el color de su cara, a tono con el verde del tapete. Arqueado sobre la mesa, ofrecía el repulsivo aspecto de un camaleón. Puso sobre el paño un abultado fajo de billetes, que el de la casa canjeó inmediatamente por fichas. Ashley dejó a un lado una parte, apostando el resto.

—A los pares —dijo.

Daniel creyó llegado el momento de intervenir, lanzando una ficha de cincuenta dólares sobre la plataforma de juego.

—A los nones.

Ashley levantó la cabeza, descubriendo a Daniel. El gesto que puso no fue precisamente de alegría. Maculay hizo como si no se enterara, en tanto que el crupier, por su parte, tampoco parecía festejar la intromisión.

Alguien al lado de Dan, apuntó por lo bajo:

—El señor Ashley está jugando solo contra la casa. No es costumbre mediar con apuestas pequeñas en estos casos.

Maculay lo sabía de sobra; no ignoraba lo que suele contrariar a la banca el que se le mermen sus ganancias cuando se está esquilmando a alguien, jugando del mismo lado que la casa, y al contrario del que pierde. No obstante volvióse hacia el que había hablado. Tenía aspecto de gancho, confirmado esto, en el singular bulto que deformaba ligeramente el planchado de su traje debajo exactamente de la axila izquierda. Maculay contestó por lo bajo, en el mismo tono de voz que el otro:

—No conozco ningún reglamento que prohíba apostar por los nones; además, yo pongo mi dinero donde me da la gana.

El hombre apretó las comisuras de sus labios, centrando Maculay su atención en los dados. Ashley miraba hipnotizadamente dos seises; el «croupier» tiró a su vez, sin molestarse en ofrecer los dados para que lo hiciera Daniel. El punto fue favorable; el abogado se quedó sin sus cuatrocientos, y los cincuenta dólares de Maculay se convirtieron en cien, dejándolos este puestos sobre la mesa. La jugada se volvió a repetir, perdiendo y ganando los mismos. A la tercera vez, Ashley, fulminando a Dan con la mirada, dio por terminada la partida, alejándose con dirección a la mesa de ruleta. «Hurricane» siguió en pos del abogado hasta el tablero de colores.

Aquí Aroma apostó por el negro, poniendo Dan cien dólares sobre el rectángulo rojo. La bola fue decisiva para Maculay, barriendo por el contrario el rastrillo de marfil las cuatro piezas plateadas del abogado, una de las cuales pasó a engrosar las ganancias de Maculay. El rojo salió cuatro veces seguidas, manteniendo ambos hombres cada uno su color, perdiendo Ashley y ganando Daniel.

Aroma apartóse de la mesa con visible malhumor, caminando hacia la puerta de comunicación con el bar. Dan contó sus fichas, comprobando con satisfacción que sus ganancias ascendían a dos mil dólares justos. Canjeó las fichas por billetes, meditando sobre los acontecimientos. Aroma Ashley no parecía muy divertido de perder dinero; sin embargo, lo hacía con la misma opulencia que si tuviera una fábrica de moneda en el desván de su casa. Tampoco aparentaba disfrutar con la proximidad de Daniel; pero nada se había hablado de procedimientos a seguir, y Maculay, conforme a lo prometido, obraba a su manera.

Al oír en una mesa a su espalda, a alguien pidiendo cartas, endureció el gesto como si acabara de percibir un calambre. No tuvo necesidad de volverse para adivinar la personalidad de la jugadora. Giró lentamente, para admirar las manos de Cisne sosteniendo un mazo de naipes.

Las luces del salón irisaban en la pedrería de su cuello, realzando como un halo de fuego la serena belleza de su rostro. Resaltaba sobre todas las cosas, como puede resaltar un oasis en mitad del desierto. Sus rasgados ojos verdes miraban distraídamente a las cartas, sin mostrar entusiasmo ninguno por el juego. La mesa estaba ocupada también por tres parejas, en las que Dan pudo identificar varios acaudalados personajes de la ciudad en compañía de sus esposas.

Daniel estuvo parado unos segundos ante la mesa; si Cisne había advertido su presencia, hacía todo lo posible por no fijar sus ojos en él. En ese momento, una mano tocó su espalda. Era el hombre que en la mesa de dados le hablara quedamente.

—Por favor, señor Maculay; la Dirección quiere verle.

Daniel se imaginó lo que iba a ocurrir.

—Dígales que lo estoy pasando bien; que no se preocupen por mí.

—Vamos, no complique las cosas.

Su acento no era precisamente el de un vendedor de aspiradores cuando está proponiendo una demostración. El bulto bajo su brazo izquierdo había desaparecido, y su mano derecha se ocultaba en el bolsillo de la chaqueta significativamente.

—Está bien —dijo al fin Maculay, con resignación—, pero sáquese la mano del bolsillo; va a deformar el traje.

Caminó hacia la puerta por la cual había entrado, no sin antes advertir de reojo, cómo Cisne fijaba en ellos su atención con cierta inquietud pintada en el rostro.

Su acompañante dio dos golpes sobre una puerta a la izquierda del pasillo, pasando ambos directamente al interior de un despacho ostentoso. En la habitación había tres personas, más el guardaespaldas que acompañaba a «Hurricane». Sin embargo, la principal atención de éste se centró en el hombre que le miraba fijamente, sentado detrás de una mesa alargada como una tabla de jugar al *ping-pong*.

Tenía el pelo gris y las facciones graves. Bajo sus ojos hundidos, destacaban dos pronunciadas bolsas de color violáceo, que imprimían a toda su figura una seriedad casi enfermiza. Pero la nota más sobresaliente de su persona, la constituía el aparato que sostenía en su mano izquierda. Era una especie de boquilla de metal ajustada a una larga goma, que se perdía a través de la botonadura de su camisa. La embocadura plateada parecía brillante de saliva. Daniel reconoció inmediatamente al hombre que tenía frente a sí, sin haberlo visto antes en su vida.

Ronco Clayton llevóse a la boca la canilla metálica, para producir con la ayuda del aparato un sonido gutural y gangoso a modo de conversación.

—Buenas noches, señor Maculay —gorgojeó trabajosamente.

El aludido hizo una leve inclinación, todavía sorprendido por la desagradable tara física del que, justificadamente, la gente llamara Ronco. Éste pareció adivinar los pensamientos de Daniel, volviendo a hacerse oír por medio del aparato.

—Veo que todavía no se había informado gran cosa sobre mí.

—No mucho —respondió «Hurricane»—. Me gusta formar mis opiniones sobre el propio terreno.

—Y… ¿qué opinará después que le diga lo poco que me agradan

sus procedimientos de ganar el dinero jugando en mi casa?

Hablaba con una seriedad excesiva; como si toda su atención radicara en hacer la menor cantidad de gestos posibles lanzando aire por la garganta, con la ensalivada goma.

Maculay soltó su respuesta sobre la enrarecida atmósfera.

—Yo opino siempre muy mal, de todo el que no sabe perder.

Los tres hombres a espaldas de él, miraban ávidos a su jefe, con el aire expectante del perro que sólo está esperando una orden para complacer a su dueño.

Dan sentía la misma tranquilidad, que si estuviera metido en una jaula con cuatro tigres de bengala.

El de la goma emitió una nueva sarta de ruidos desacordes.

—Puede opinar lo que quiera, Maculay, cuando haya salido de aquí… sin esos dos mil dólares. No me gusta que mis propios clientes intervengan en jugadas personales intentando aprovechar las buenas rachas de la casa… y usted no es ni siquiera un cliente.

A «Hurricane» en este momento no le importaban los dos mil dólares más de lo que hubieran podido interesarle dos centavos; no obstante pese a las palabras terminantes del otro prefirió probar suerte metiendo la cabeza en la boca del tigre.

—No pienso devolverle ni un solo dólar, Clayton. Este dinero es mío porque lo he ganado yo; y si en vez de ganar hubiera perdido, puede estar seguro que no hubiera ido a llorar en las faldas de mi mamaíta.

Ronco replicó simplemente:

—¿Qué espera que ocurra ahora, Maculay?

—No va a ocurrir absolutamente nada, salvo que yo me voy a marchar a mi casita por el mismo camino que he venido.

El que le condujera desde la sala de juego hizo la pregunta.

—¿Cómo pudo entrar?

—¡Oh, fue muy fácil! ¡Hice un hoyo en la calle, y vine picando! Durante la guerra fui minador.

Nadie se movió de su sitio; Clayton miraba fijamente su boquilla con gesto abatido, sentado en su sillón como un Salomón a quién pesen los siglos. Maculay quiso aprovechar la situación, iniciando la retirada.

—Adiós, amigos, hasta que nos volvamos a ver.

Dio lentamente media vuelta, y con gesto distraído fue a

introducir su mano en el bolsillo del pantalón. Los tres hombres, con una precisión casi coreográfica, extrajeron cada uno un arma, con la cual le apuntaron amenazadoramente. Ninguno de los tres denotaba en su semblante emoción alguna; por el contrario, sus ademanes eran fríos, de una mecánica casi profesional, que a Maculay le aceleró la sangre. Cualquiera de ellos hubiera apretado el gatillo con la misma, indolente serenidad con que un camarero descorcha una botella de champaña.

Dan quedóse clavado en su sitio, haciendo un tremendo esfuerzo por mostrarse indiferente.

—Debe darles mucho trabajo el tener que hacer todas las noches esto con la gente que gana algunos centavos —dijo por encima del hombro a Ronco—. Dígame, Clayton, ¿dónde mete luego los cadáveres?

Uno de los tres hombres acercóse hasta él, sacándole de los bolsillos un rollo de billetes y el revólver. Maculay midió con la vista toda la habitación, viéndose imposibilitado para hacer nada.

—¡Buen negocio, Clayton! —protestó airadamente—. ¡Se queda con los dos mil dólares, más los que yo traía, de propina!… ¡Dígale a su chico que rebusque bien, no se deje algo de calderilla!

Ronco chupó el tubo para emitir una orden.

—Aparta sólo los dos mil, y devuélvele su dinero, Luigi.

—¡Di que no, raposa; tengo además una muela de oro, y en el peroné izquierdo una capa de platino! Tráete un cuchillo de la cocina, y así te irás entreteniendo.

El llamado Luigi separó dos mil del rollo, y devolvió el resto al bolsillo de Daniel. Luego habló Clayton:

—Ahora márchese de aquí, y no vuelva a acercarse a ninguna de mis propiedades… sean personas o cosas.

La alusión directa hizo a Maculay más daño que una bala de cañón disparada en el estómago. Repentinamente olvidó su juego, y sus intenciones de impresionar al cacique del hampa. Su honor de hombre humillado salió a flote, estallándole en la cara como una invisible bofetada.

Con voz opaca, como la del propio Clayton, inquirió ásperamente:

—¿Qué quiere decir con eso, Ronco?

El hombre sentado en la butaca sonrió; una sonrisa fatigada y

rígida, fría, como, puede serlo la sangre de una lagartija… Antes de responder, paseó por los labios el tubo metálico del aparato.

—La próxima vez que elija mujer, hágalo con arreglo a su paga.

«Hurricane» lanzóse hacia el hombre por racima de la mesa, pero la anchura del mueble permitió que Clayton se apartara a tiempo, propinándose Daniel un soberbio golpetazo en la cabeza contra uno de los brazos tallados del sillón que sirvió en gran parte para salvar su vida. Dos disparos pasaron por encima de su cuerpo, y fue quizás su aparente inmovilidad lo que contuvo nuevamente a los hombres armados.

Intentó incorporarse lenta y torpemente, dando tiempo a que los tres pistoleros cayeran sobre él, golpeándole con las culatas de las pistolas. Inconscientemente braceó en el aire buscando a Clayton; nada le importaba salvo poder llegar a su garganta, vacía como su alma, de sonidos humanos. De repente lo vio todo oscuro, dejando de sentir y pensar.

CAPÍTULO VII

Aun cuando las ideas empezaron a tomar una vaga forma en su cerebro, tardó bastante rato en definir su situación. Abrió los ojos dolorosamente sintiendo la cabeza embotada y paseó su cansada mirada alrededor.

Se hallaba tumbado sobre un amplio diván tapizado de raso verde haciendo juego con el resto de la habitación. El conjunto resultaba más sobrio que el despacho donde peleara antes de perder el conocimiento. El hecho de encontrarse ahora aquí, le reportaba una cierta tranquilidad no exenta de sorpresa.

La única luz que iluminaba la estancia tenuemente, dimanaba de una pequeña lámpara de mesa, situada en un rincón de la estancia sobre una especie de arcón estilo italiano.

Maculay incorporóse sobre un codo, frotándose los párpados escocidos. Por un momento pensó si lo de la pelea no sería producto de alguna pesadilla; luego, al pasarse la mano por la cabeza y sentir al tacto dos abultadas protuberancias, se dijo a sí mismo que lo único inexplicable del asunto lo constituía el hallarse vivo todavía.

—¿Cómo se encuentra…?

La voz gangosa de Clayton le hizo dar un torpe brinco en el sofá, incorporándose como un borracho.

—Siéntese y repose algo más; todavía no está en condiciones de poder salir a la calle.

Ronco estaba sentado en un alto sillón de orejas, casi oculto por la penumbra reinante en el cuarto. Levantóse de su asiento, acercándose hasta donde estaba Daniel. En la habitación parecía no haber nadie a excepción de ellos.

—Lamento lo ocurrido, Maculay; me dijeron que había canjeado usted en caja un billete falso, que luego resultó no ser suyo. Por lo demás, en nuestra conversación debió de haber un mal entendido, iniciando usted esa violenta escena en la cual mis hombres no

hicieron más que cumplir con su deber.

—Deje sus hermosas explicaciones para una colecta pro-lactancia; no me gusta que me tomen por tonto, después de sacudirme como si fuera una estera apolillada.

—Entonces elija por sí mismo la disculpa que más le agrade; el caso es que puede marcharse de aquí tan pronto como quiera… y no volver más. En el bolsillo hallará su dinero, incluidos los dos mil dólares que ha ganado esta noche; pero no intente nuevamente pisar este suelo, Maculay; yo soy muy dueño de seleccionar mis clientes, y usted no es de mi agrado. Eso es todo.

Soltó el tubo de metal quedando éste a la altura de su estómago, dando a entender que por su parte la conversación estaba a finalizada. Dan introdujo la mano en el bolsillo derecho de su pantalón, comprobando que las palabras del otro podían ser ciertas; al tacto sintió unos billetes sueltos al lado del rollo sujeto cuidadosamente por la goma. No se molestó en contarlos; sin embargo, la pistola no aparecía por ninguna parte.

En ese momento se abrió la puerta, apareciendo la figura del hombre a quién Ronco llamara Luigi. No hizo el menor ruido, y su oportuna aparición dio a Maculay la certeza de que desde el otro lado de la puerta, la gente de Clayton vigilaba, acechando cualquier acción violenta por su parte.

—Acompaña al señor Maculay hasta la puerta, Luigi —ordenó el dueño del garito, con su voz estrangulada.

—¡Un momento! —protestó Dan—. ¡Yo traía también una pistola!

—Debe de estar confundido, amigo; usted no tiene licencia para llevar armas.

Daniel tragó saliva antes de contestar.

—De acuerdo —musitó—. De todas formas, si al barrer debajo de la cama se encuentran un calibre .32 corto, devuélvanselo a su dueño: Usted debe conocerlo, Ronco, se llama Paroli.

Salió de la habitación custodiado por Luigi, sin molestarse en decir una palabra de despedida al hombre de la cara triste. En la puerta, recostado contra la pared, esperaba otro de los matones a las órdenes de Clayton, que se incorporó a la pareja, poniéndose al lado de «Hurricane».

Llegaron ante una puerta, reforzada con dos tirantes cruzados de

hierro, descorriendo Luigi un cerrojo tipo yale. La salida daba a la parte trasera del edificio. Un callejón con muy poca luz y menos tránsito.

Daniel descendió dos escalones para volverse a los dos pistoleros con gesto atrevido.

—Volveré, chicos; la pasión del juego me domina.

Por toda respuesta los otros cerraron la puerta violentamente.

Fue a desembocar a Broadway, paseando con las manos metidas en los bolsillos y la cabeza ardiéndole de malas ideas.

La rápida sucesión de hechos acaecidos a lo largo del día, casi no habíale dado lugar a analizar detenidamente los acontecimientos. La inesperada muerte del viejo Bill Bradley le dolía amargamente en lo más íntimo de su ser. Si éste no hubiera estado borracho horas antes, decidiéndose a contarle cuánto sabía, puede que en este momento el panorama resultara diferente.

Daniel Maculay, alias «Hurricane», maldijo entre dientes. La cosa se tornaba cada vez más confusa, entre dos asesinatos, uno de ellos perpetrado en una mujer que por cruel paradoja resultaba ser la esposa de su excompañero de prisión, asesinado también.

¿Qué curiosa participación tendrían estos seres en el torvo mecanismo de la corrompida ciudad?

Algo interior parecía haberse desencadenado en la vida licenciosa de Aurora, acometiéndose entre sí la gente del hampa como tiburones hambrientos. Hasta Aroma Ashley, que en otro tiempo viviera de ayudar a los delincuentes para eludir la Ley, ahora aparecía como portavoz de un misterioso cliente interesado en hacer una limpieza, que ni al propio abogado podría beneficiar.

Y sobre todo esto, su propia tragedia… y Cisne; caída en el mismo centro del lodazal, atrapada como una víctima más en una jaula de hienas.

Un conjunto de hechos absurdos e irritantes. Y la imagen de su mujer con la garganta adornada de brillantes, volvía una y otra vez a su pensamiento, con la tenue belleza de un arco iris al otro extremo de la tormenta.

En Jackson Street, se sentó ante un mostrador para maldecir a la totalidad de las mujeres, entre media docena de vasos de *whisky*; luego, la vista de una pareja arrullándose en un rincón del local, hizole sentirse ridículamente solo y con un vacío en el estómago,

que ni todo el *whisky* del mundo hubiera sido capaz de llenar.

Salió a la calle nuevamente, caminando sin rumbo fijo. Al llegar a Mountain Street se detuvo impremeditadamente ante la fachada del edificio desde donde, pocas horas antes, fuera arrojada contra el pavimento una mujer.

En la acera, todavía se observaban restos de arena amarillenta, destinados a cubrir las huellas del brutal asesinato. Las ventanas del cuarto piso se hallaban ahora herméticamente cerradas, sin ninguna apariencia de vida interior. En la puerta de acceso a la vivienda, tampoco se advertía vigilancia de ninguna clase.

«Hurricane» tuvo la súbita idea de penetrar en la casa con el fin de practicar un registro en el cuarto de la mujer asesinada, que pudiera orientarle sobre la extraña identidad de la misma.

La cancela de entrada al edificio se hallaba abierta; no tuvo más que empujarla y pasar al interior del portal. Un silencio absoluto acogió la presencia de Daniel andando de puntillas hasta el pie de la escalera. La escasa luz dispuesta para el servicio nocturno fue más que suficiente para que pudiera orientarse. Prescindió del ascensor, subiendo hasta el cuarto piso, una puerta con el precinto oficial del cuerpo de policía, hizo para Maculay las veces de letrero indicador.

La cerradura no parecía ofrecer grandes dificultades; del bolsillo superior de su chaqueta extrajo una lima de uñas, con la cual estuvo manipulando entre maldiciones más rato del usual. A los pocos minutos el pasador emitió un ligero chasquido, y Dan, rompiendo el precinto sin ningún miramiento, empujó la puerta lo suficiente para dar paso a su persona.

Con la puerta cerrada a sus espaldas, trató de escrutar con la mirada a través de la reinante oscuridad. No se atrevía a dar luz alguna ante el temor de que ésta pudiera ser advertida desde el exterior. Optó por la llama del mechero, levantando en alto el encendedor para que repartiera bien la débil claridad.

Se hallaba en una reducida salita donde lo recargado de la decoración hacía adivinar una mano femenina; por lo demás, el mobiliario podía considerarse corriente, tirando a pobre.

Atravesó una puerta a su derecha, encontrándose en la cocina. No viendo nada que pudiera llamar su atención disponíase a abandonarla, cuando descubrió un cabo de vela en una palmatoria, sobre uno de los vasares.

Esta vez su discreto sistema de iluminación fue más perfecto, pudiendo contemplar nuevamente el recibidor. Sobre una mesita de centro, se veía un marco de piel con una fotografía de mujer, en la que Dan reconoció vagamente a la joven que viera tendida sobre el asfalto. Podían admirarse plenamente sus agraciados rasgos sin la contracción espantada de una muerte violenta.

Estuvo mirándola un rato pensativo, pasando al fin a otra habitación a su izquierda, que al parecer constituía la totalidad del apartamento.

Se trataba de una alcoba. Las ropas de la cama aparecían revueltas, y el suelo sucio y lleno de colillas como solo sabe ponerle un destacamento de policía en plena actividad. Daniel supuso que desde la ventana situada junto al tocador, fue por dónde arrojaron a la mujer hacia la muerte. En la estancia se prodigaban las fotografías de la asesinada: En todas ellas su atuendo era bastante ligero.

A la vista saltaba que Caron Dieterich había actuado en ese tipo de escenarios a los que ciertas damas puritanas califican como «espectáculos bochornosos sólo para hombres». Daniel estuvo mirándolas una por una, llegando a la conclusión de que, para llegar al estrellado, no es necesario reunir cualidades artísticas especiales que impulsen hacia delante; Caron Dieterich y su tendencia por el desnudismo eran una buena prueba de ello.

En el armario encontró gran cantidad de ropas, algunas de ellas con etiquetas de Chicago lo suficientemente acreditadas como para gravar cualquier prenda con un suplemento de cien dólares; no obstante, todo estaba viejo, gastado y muerto como actualmente lo estaba su propia dueña. En un rincón, se hacinaban algunas botellas panzudas.

Alcanzó de los estantes superiores varios maletines, que fue abriendo y examinando a la luz de la vela. Casi todo era ropa de teatro y viejas facturas; muchas de éstas totalizaban cantidades que hubieran hecho felices las Navidades de más de un «white collar»[2]. Fotografías y recortes de periódicos que Dan leyó uno por uno, sin sacar más conclusión que Caron Dieterich había tenido mejores tiempos y un cuerpo digno de cualquier suerte, menos la de ir a parar a un depósito de cadáveres.

Daba ya por finalizado el registro, cuando al doblar una de las

prendas notó el tacto rígido de una cartulina rectangular. El aditamento no formaba parte de la armadura del traje. Maculay tuvo que descoser la hombrera antes de sacar a la luz una fotografía algo menor que una postal. En ella aparecía una pareja sentada sonriente a una mesa, ante una botella de champaña; Caron Dieterich enlazaba por el brazo cariñosamente a su acompañante, que no era otro que el propio Jeff Raines; un Jeff resplandeciente, con sereno dominio de sí mismo y un aire feliz que Daniel no le conoció nunca. Al dorso, una inscripción en tinta de tampón, indicaba un conocido *cabaret* de Chicago; pero lo que más atrajo su atención fue una anotación hecha a lápiz de un nombre y un domicilio: el nombre era el de Daniel Maculay, y el domicilio el suyo propio.

«Hurricane» silbó entre dientes, tratando de adivinar qué relación con su persona podía haber tenido la mujer, caso de no haber sido asesinada tan inesperadamente como el viejo Bradley. Parecía como si ambos hubieran tenido algo que contarle, siendo eliminados brutal e inexorablemente…

Un leve ruido en la cerradura de la puerta exterior hizo que se guardara la fotografía en el bolsillo y apagase la vela de un rápido soplo. Saltó hacia la pared, pegando su cuerpo al marco de acceso al dormitorio. Le llegó claramente, desde la habitación contigua, el ruido sigiloso de la puerta al ser abierta, y los pasos comedidos de alguien entrando en la estancia. El pestillo volvió a ser cerrado, y Dan percibió con claridad el ritmo de una respiración acelerada. Maldijose a sí mismo por encontrarse en semejante situación sin un arma con que defenderse.

A través del umbral surgió un halo de luz proyectado por una linterna. El redondel luminoso estuvo bailando unos minutos sobre la pared, frente a Daniel; luego, el punto se fue agrandando, a la par que los pasos se acercaban a la puerta del dormitorio donde se encontraba «Hurricane» agazapado.

Éste se dispuso a abalanzarse sobre el misterioso visitante, en nerviosa tensión todos los músculos de su cuerpo. El intruso detúvose ante la puerta antes de entrar confiadamente; primero tendió una mano en la penumbra sosteniendo una linterna. Maculay saltó hacia delante apresando la otra, que atenazaba un niquelado revólver.

Casi no tuvo que hacer esfuerzo; el arma pasó a su mano antes de que el sorprendido visitante tuviera ocasión de intentar siquiera, repeler el ataque. La linterna cayó al suelo, y Daniel pulsó velozmente la llave de la luz; al hacerse la claridad quedó confusamente perplejo.

En el centro de la habitación, con la cara pálida y sorprendida, se encontraba Cisne.

CAPÍTULO VIII

Permanecieron ambos unos instantes en muda contemplación, hasta que Maculay comenzó a sonreír nerviosamente.

—Buenas noches, querida —musitó, con excesiva afabilidad—. Este resulta, si no me equivoco, nuestro tercer encuentro en el día; empiezo a encontrar la ciudad ridículamente pequeña.

Cisne cerró los párpados, aspirando profundamente, y el color dibujóse en sus mejillas. Tras de dejarse caer con expresivo alivio en una pequeña butaca, ocultó el rostro entre las manos. Permaneció en silencio, sin que esta vez Dan osara romperlo. De pie frente a ella en esa rara situación, cualquiera hubiera podido tomarlos como un cansado matrimonio al regreso de una fiesta. Ni Maculay mismo podía admitir el que ambos fueran extraños.

—Dan —dijo ella, sin levantar la cabeza—. ¿Qué hacías aquí?

El hombre compuso una expresión divertida, tomando asiento con tranquilidad sobre la deshecha cama.

—Verás, encanto; yo llegué primero. Por derecho de prioridad creo más razonable que sea yo quien haga la pregunta.

Cisne alzó lentamente la cabeza, mirando a Maculay llenos sus profundos ojos verdes de alarmada inquietud.

—Dan, ¿la mataste tú?

—Sí, cariño, pero fue un accidente; quise sacudir la alfombra por la ventana, sin darme cuenta que ella estaba encima. —Repentinamente esbozó una dura mueca al añadir—: Hablemos en serio, Cisne; esta pobre desgraciada era mujer de un amigo mío. No sé hasta qué extremo me concierne el asunto; yo tengo mis propios problemas. A pesar de todo quiero advertirte algo: ignoro contra quién lucho, pero pienso arrollar cuanto se ponga a mi paso. Si estás frente a mí, será mejor que hagas tus maletas y te marches a otra parte; hay muchos Roncos Clayton por el mundo.

Se levantó de la cama, arrojando el revólver sobre las revueltas

sábanas y dirigiéndose después hacia la puerta.

—¡Daniel!

La llamada tuvo un tono patético. El hombre volvióse lentamente para observar la modelada figura de pie, con el rostro blanco como la nieve. Maculay la vio sola; rígida y sola como él mismo, en un mundo perdido y extraño como las paredes de la habitación.

—¡Daniel! —repitió, avanzando hasta él para clavar sus cuidadas uñas en las solapas de su chaqueta—. ¡No podrías comprender aunque te explicara!

—Por eso no te pregunto nada, cariño —repuso sordamente—. Todo quedó suficientemente explicado con aquella demanda de divorcio.

Ella prosiguió, con voz alterada:

—¡Clayton te mataría; no le conoces! Hablaste de mi jaula dorada, una jaula llena de víboras que él mismo engorda. ¡Si yo intentase huir, no llegaría muy lejos!

Separó desmayadamente sus manos de su exesposo para sentarse abatida ante el tocador lleno de frascos desordenados, y continuar conversando con voz apagada mirando fijamente su rostro reflejado en el biselado espejo.

—Conocía poco a Caron, la mujer que vivía aquí. Diariamente iba a jugar al garito de Ronco, y siempre perdía más de lo que podía pagar. Clayton la aumentaba el crédito, sabiendo que jamás podía cobrar; hay que conocerle para saber que él nunca da nada desinteresadamente. Días atrás me regaló una pulsera de brillantes; era de Caron, yo se la había visto puesta, y no ignoraba que ésta significaba una nueva pérdida en el juego. Vine aquí a devolvérsela a cambio de que me contara por qué conseguía de Ronco lo que no consigue nadie. Ella rechazó la oferta, riéndose; estaba dopada de cocaína hasta los huesos. Me dio a entender que sabía algo con lo cual podría perjudicar a Clayton; por esa información hubiera dado yo mi vida con tal de tenerle también entre mis manos y poder verme libre. Caron me habló confusamente de un diario… y eso es todo, no pude sonsacarla más.

—¿Supones que ella escondía el diario en alguna parte? —preguntó Maculay.

Cisne asintió con la cabeza.

—Si no aquí, de acuerdo con otra persona. Clayton no se hubiera atrevido a matarla, sabiendo que con su muerte hubiese podido perjudicarse.

Maculay pensó inmediatamente en Bill Bradley.

—A no ser —repuso— que Ronco localizara al cómplice de Caron, deshaciéndose de ambos y eliminando de esta forma todo el peligro.

La mujer dio la espalda al espejo para mirar a Daniel fijamente.

—No sé… ignoro quién podía ser su cómplice, ni sé siquiera si existía.

Dan hizo un esfuerzo por mantener callada la muerte del viejo, procurando no alarmarla más.

—Cisne —preguntó—, ¿tiene Clayton algún enemigo en la ciudad, o en alguna otra parte?

—Sí; Drusko. Teme que algún día aparezca por aquí, e intente saldar cuentas. —Ante la mirada interrogadora de Dan, ella concretó la explicación—. Howard Drusko; tuvieron negocios juntos, y Clayton le hizo alguna mala jugada. A raíz de… lo tuyo, me marché a Chicago. Con el tiempo hube de regresar para arreglar lo concerniente al… divorcio. Entonces conocí a Ronco; al principio le creí una persona decente con amplitud de negocios, pero cuando quise darme cuenta, ya no hubiera podido decidir nada por mí misma. Es difícil que tú lo comprendas. Fue cuando conocí a Drusko; le vi un par de veces; él siempre estaba fuera.

—Y Aroma Ashley, ¿en qué emplea su tiempo ahora?

—Lleva algunos asuntos de Clayton —manifestó ella, encogiéndose de hombros—, éste le paga generosamente, y luego él le devuelve el dinero perdiéndolo a la ruleta.

Maculay estuvo paseando silenciosamente por la estrecha habitación, meditando sobre todo lo que escuchaba.

—Cisne —dijo repentinamente—. ¿Conocías al marido de Caron Dieterich?

—¿A quién?

—A Raines; un tal Jeff Raines.

Ella negó con la cabeza. Daniel extrajo entonces la fotografía que halló escondida en un vestido de Caron, señalando al hombre de cara sonriente y pelo gris. La mujer retuvo entre sus manos la cartulina para decir ahogadamente:

—Éste es Drusko, Dan; el hombre a quién Ronco teme.

Maculay, sorprendido, tardó unos segundos en contestar:

—Clayton no puede temer a este hombre, si es que no teme a los muertos. Lo mataron el día en que recobró su libertad, a la misma puerta de la cárcel.

Los labios de ella temblaban. Acercó su rostro al de Daniel, cubierto por una impresionante máscara de terror.

—¡Dan, tengo miedo… presiento que algo malo va a ocurrir… no debes exponerte… pueden matarte… márchate de aquí!

—A ti no puede preocuparte eso, Cisne…

Pero lo dijo turbado, sintiendo un cosquilleo febril en su garganta. El aliento de ella lo aspiraba ansiosamente, como un enfermo sorbe en un balón de oxígeno; adelantó sus labios hasta sentir el suave contacto de la otra boca, besándola con una vehemencia desesperada, brutal; apretando voluptuosamente su cuerpo contra sí, con la ansiosa esperanza del náufrago que se aferra a un madero en mitad de la tormenta. Luego las palabras fueron surgiendo roncas, íntimas; y ambos se abandonaron a su propio impulso, ajenos por completo al lugar, el peligro y el tiempo.

Habían realizado el segundo y minucioso registro, cuando Daniel se dio al fin por vencido.

—Lo que buscamos no está aquí, cariño. Debemos abandonar esto, antes que nadie pueda sorprendernos.

Cisne hizo un gesto aprobatorio. Salieron del apartamento, pisando la calle sin ningún tropiezo.

—Dos manzanas más allá tengo aparcado mi coche —anunció ella.

Era un «Osdsmobile» verde manzana hasta en el color de los cristales. Maculay sintió un ligero malestar en el estómago contemplando con ceño fruncido la línea espectacular del vehículo.

—Pasa, Dan, te dejaré donde me digas —indicó ella.

Cruzaron el Fox River eludiendo el centro de la ciudad. Al llegar a Clain un ligero resplandor en el cielo atrajo la atención de Daniel. A lo lejos oyeron una estridente campana, y un coche rojo con varios hombres uniformados pasó como una exhalación por su lado. «Hurricane», con una desagradable corazonada, hizo a Cisne girar el volante, enfilando el coche en pos del camino seguido por el del servicio contra incendios. El aire de la noche estrellaba contra los

cristales del parabrisas encendidas pavesas, algunas rutilantes como diminutos meteoros. Cisne frenó el auto ante un nutrido corro de gentes, recortadas como siluetas negras sobre el fondo fantástico de una inmensa cortina de llamas.

La casa de madera del viejo Bill Bradley, era una pira gigante devorada por el fuego.

Maculay mantenía los dientes apretados como si fuera un epiléptico. Intentó avanzar unos pasos con dirección a la casa, deteniéndole un hombre uniformado.

—¡Está loco; atrás!

Cisne, a su lado, le hizo retroceder nuevamente junto al coche, osando al fin preguntar:

—Bill… no estaría dentro, ¿verdad, Dan?

El aludido atusóse el cabello antes de responder:

—Puede que sí… puede que hasta este fuego, sea un túmulo muy apropiado para una muerte como la suya.

Las paredes flamígeras de la casa comenzaron a derrumbarse como las partes de un castillo de naipes soplado violentamente. Los trozos de tea encendida ascendieron al cielo como leves cohetes, tachonando el cielo de diminutas estrellas rojas. El agua de las mangas chisporroteaba sobre los troncos calcinados, levantando nubes de vapor. En las casas contiguas los bomberos se afanaban por conseguir que el siniestro no se propagara.

Maculay se volvió hacia su acompañante.

—Bien, se acabó todo. Larguémonos de aquí.

Iban a entrar nuevamente en el coche, cuando una voz les detuvo. Una voz gangosa, asfixiada, que Dan hubiera reconocido ya, sobre todos los sonidos del mundo.

—Estaba alarmado por tu inexplicable ausencia, preciosa; me reconforta el hallarte en tan buena compañía.

Ronco Clayton, acompañado de dos de sus guardaespaldas, les miraba con su sonrisa helada, fingiendo una complacencia que desmentían sus ojos; éstos se hallaban inyectados por finas vetas rojas, y brillantes como dos brasas que hubieran saltado del incendio para posarse en sus cuencas profundas.

Cisne no dijo nada, y Maculay ni siquiera intentó mirarla cuando ella se introdujo en la amplia carrocería del sedán. Toda su atención se centraba en el hombre con cara de enfermo que mordía la

boquilla de plata.

—Bonito incendio, Ronco. Desde pequeño siempre me atrajeron grandemente dos cosas tan opuestas como el fuego y el agua. Me gusta el fuego porque cuando alguien lo provoca, no se sabe nunca dónde acaba.

—Aquí hay un excelente servicio de bomberos, Maculay, y por si le interesa, yo lo patrocino. Buenas noches, y muchas gracias por acompañar a mi novia.

Daniel dio media vuelta apretando los puños hasta hacerse daño, alejándose con paso cansado de los humeantes restos que horas antes albergaran la «Agencia Bradley de Servicios Privados».

Ellen se había quedado dormida sobre una butaca, con una revista caída a sus pies. A la entrada de Maculay abrió los ojos pesadamente. Su examen fue meticuloso hasta detenerse en la cabeza sobre el abultado chichón.

—Ya comenzaste la limpieza de la ciudad, ¿eh, Dan? —dijo mordazmente.

—Verás, Ellen…

La joven se levantó de su asiento, dirigiéndose a su cuarto con gesto adormecido.

—Que descanses, Daniel.

El hombre quedóse en el centro de la habitación, con los dos zapatos sujetos por su mano derecha y sin saber qué decir.

En su habitación comenzó a desvestirse lentamente, sorprendiéndole el intempestivo repiqueteo del teléfono. Salió al pasillo, produciéndose a estas horas de la noche lo más inverosímil.

Era Aroma Ashley.

—¿Qué quiere usted ahora? Hace cinco años que no duermo con pijama; déjeme disfrutar de este momento.

La voz del abogado resultaba tan metálica a través del microteléfono, que Daniel tuvo que separarlo a unos centímetros del oído.

—¡Escuche, Maculay! —bramaba el otro—. ¡Si empieza a hacer las cosas mal desde el principio, puede considerarse relevado de su trabajo!

—Quedamos en que yo obraría a mi manera —repuso Dan, malhumorado.

—¡Esto no quita para que se deje usted aconsejar! ¡Ya me he

enterado de lo ocurrido con R. C. esta noche! —mencionó sólo las iniciales—. No se trata de hacerse el valiente, poniendo a la gente en guardia desde el principio; le considero más inteligente. Quiero otra clase de acción, esperando para que lo maten a que por lo menos lleve justificado la mitad del dinero entregado a cuenta.

—O. K., tendrá el tipo de baile que a usted le gusta, más rápidamente de lo que espera; pero lo que ha ocurrido es parte del procedimiento y debe aceptarlo como bueno. Si no le gusta así, puedo devolverle su dinero y se va al diablo; por mucha menos cantidad, escribiendo a Chicago, le enviarían una docena de pistoleros contra reembolso. Buenas noches A. A.

Colgó el teléfono, refunfuñando acto seguido una despedida que hubiera sonrojado hasta a los postes del telégrafo. Luego cayó redondo en la cama, empezando a soñar en el acto, con dos ojos verdes como dos luciérnagas, y unos labios temblorosos y cálidos que pronunciaban su nombre con el eco profundo que sólo alberga la bóveda imprecisa de los sueños.

CAPÍTULO IX

Abrió los párpados con la misma cotidiana exactitud que ya venía practicando hacia un lustro. Tardó unos minutos en convencerse de por qué su cama era más blanda de lo normal, y una vez establecida su actual situación, tanteó a oscuras la perilla de la luz.

Esta vez, frente a su mirada, ninguna claridad indirecta perfilaba siluetas de entrecruzados barrotes. Sonrió adormecido, mirando con un ojo guiñado el reloj sobre su mesilla. «El hombre es un vulgar animal de costumbres», se dijo. Todavía era de noche, habiendo transcurrido apenas cuatro horas desde que se acostara.

Encendió un cigarrillo, intentando despejar su adormecido cerebro. «Madrugar tanto es una inmoralidad —volvió a monologar —; no obstante, chico, procuraremos que esta vez sirva para dar gusto a un cliente».

Con el cigarrillo a medio consumir, sometióse a la frígida corriente de la ducha; cuando su cabeza estuvo lo suficientemente despejada para sentir que tiritaba, salió del agua y comenzó a vestirse.

En la calle, el cielo comenzaba a adquirir el mismo tinte salmón que Maculay, sólo veinticuatro horas antes, creía odiar. Por el asfalto, de una soledad impresionante, circulaba algún vehículo aislado, todavía con los faros encendidos.

Daniel cruzó el río por el puente de Illinois, envuelto a esa hora su cauce por la niebla, como una cadena de plata entre copos de algodón.

Iba pensando en Jeff Raines. Durante dos años tan largos que parecieron no acabarse nunca, compartieron la misma celda, idénticas penalidades y casi semejantes preocupaciones.

Ni él ni el otro se franquearon nunca sobre su vida interior. Eso era algo que no sólo ellos, sino la mayoría de los que estaban en la

penitenciaría, callaban celosamente. ¡Curiosa coincidencia! Más tarde habría de darse cuenta que su antiguo camarada Jeff Raines era nada menos que un importante jefe de «gang» bajo el alias de Drusko.

Daniel apretó las mandíbulas al pensar que lo más asombroso había sido su falta de instinto policial para adivinarlo. El traje de penado le había embotado el olfato.

Estuvo andando veinte minutos para detenerse al fin ante la puerta trasera del «Moonlight» por donde los dos bravucones de Ronco Clayton le hicieran salir la noche que acababa de terminar.

La claridad comenzaba a imperar sobre el callejón lleno de desperdicios, demostrando «Hurricane» cierta impaciencia al mirar su reloj. Dio dos golpes fuertes en la plancha metálica, después de subirse las solapas de su chaqueta calándose asimismo el sombrero de fieltro negro hasta los ojos. Hubo de repetir la llamada antes de que la puerta comenzara a abrirse para mostrar el rostro adormecido de un vigilante esgrimiendo en su derecha un revólver largo y negro como un «bazooka».

Al contemplar a Daniel, pulsó firmemente su arma; éste habló con premiosa naturalidad.

—¿El señor Clayton? —El otro empezaba a mover extrañadamente la cabeza cuando Dan prosiguió, aceleradamente—: Tampoco está en su casa, ni en ninguna parte, y Luigi está en un apuro.

Al oír el nombre del pistolero, el vigilante pareció perder algo de desconfianza. Maculay le daba ya la espalda, descendiendo los tres escalones de acceso.

—Bien, yo no sé dónde puede estar, pero si viniera alguien que le den el recado al jefe —dijo a guisa de despedida; luego, volvióse señalando al hombre con su dedo índice, al tiempo que parecía recordar algo—: ¡Ah! y la próxima vez que alguien llame por teléfono, procura estar despierto; no creo que le haga ninguna gracia a Ronco el saber de qué forma trabajan sus vigilantes.

El del revólver pareció desperezarse por completo para protestar airadamente:

—¡Yo no estaba dormido… aquí no ha sonado teléfono de ninguna clase!

Daniel volvió a ascender los tres peldaños, respondiendo en el

mismo tono que el otro:

—¡Yo mismo me he tirado llamando más de media hora, y aquí no ha contestado nadie!

El guardián perdió todo género de precauciones para empezar a accionar con su mano armada dejando de apuntar a Dan. Dan nunca supo cuál sería la nueva disculpa que intentaba exponerle el alterado hombre; se entregó por entero a la acción de llegar hasta él y golpearle brutalmente en la sien, al tiempo que tiraba con fuerza del revólver. El arma abandonó la mano del vigilante, que sorprendido trató de mantener el equilibrio, cayendo de espaldas. Maculay arrojósele encima, propinándole otro seco puñetazo en la sien que dejó al sujeto completamente exánime.

Arrastró el cuerpo hacia el interior, cerrando la puerta metálica a su espalda. Luego aguardó expectante, ante la posibilidad de que hubiese un nuevo guardián en el interior del *cabaret*.

Tras de atar de pies y manos al desmayado pistolero con los cordones de sus propios zapatos, sujetándolos a los tubos de la calefacción, se internó cautelosamente a lo largo del pasillo.

Una cuidada inspección dióle la seguridad de que en el local no había más gente.

Entonces, con precisión destructora, comenzó su obra por la sala de baile. Una, silla salió lanzada contra la luna del bar, saltando esta convertida en pedazos. Seguidamente las botellas de licor fueron estrellándose sobre los costosos óleos enmarcados en la pared, mezclándose los líquidos hasta hacer irreconocibles los desgarrados lienzos.

Maculay rompía y destrozaba con minuciosidad vesánica; impreso en sus ojos un brillo salvaje, virulento; con la funesta laboriosidad del hurón cuando se interna en un nido de gazapos.

La inmensa lámpara del centro del salón le llevó diez minutos el poder descolgarla; previamente agrupó debajo cuantas sillas y mesas fue capaz de hacinar, soltando de su polea los mil kilos de bronce artístico, cuajados de refulgente cristalería. El polvo y las astillas invadieron la sala, como si su pista de baile fuera un atolón de experimentaciones atómicas. Acto seguido, la tapicería de raso pasó a considerarse inservible, al ser rasgada en todas direcciones con el filo de un enorme cuchillo.

Después de media hora de intenso trabajo. Maculay sentía su

cuerpo bañado en sudor. De la única botella que dejara intacta, bebió juntando sus labios al gollete hasta vaciarla en una tercera parte. Fue entonces cuando bajo el mostrador, junto a una cañería en reparación, descubrió un soplete de fontanero. Cinco minutos después, el soplete comenzaba a funcionar, lamiendo con voracidad destructiva el estucado de las paredes.

Después de arrancar las cortinas rasgadas y patear la cristalería, pasó a la contigua sala de juego, aplicándole un tratamiento análogo al de la sala.

El ostentoso despacho de Clayton fue el broche final que coronara el terremoto, recreándose aquí Daniel como un experto en demoliciones.

En total, poco más de una hora de agotadora actividad; simplemente un puñado de minutos, durante los cuales bastó un solo hombre para arruinar por completo lo que varias docenas tardaron quizás meses, en proyectar y construir, cobrando por ello más dólares de los que Daniel Maculay podría ganar trabajando a lo largo de toda su vida. Sí, le había cundido bien el tiempo.

El hombre que el día antes fuera expulsado del local después de ser aporreado brutalmente, recreóse una vez más en el devastador panorama, pensando, complacido, que ni un mendigo sentiría el menor placer por dormir sobre aquellos suelos llenos de restos chamuscados.

Al pasar junto al vigilante amordazado y con las muñecas ensangrentadas de forcejear intentando inútilmente desasirse, tapó su rostro con el pañuelo y alcanzó rápido la salida.

El callejón continuaba tan desierto como lo estuviera a su llegada. Dan, bajándose el cuello de la americana, aspiró profundamente el aire puro de la mañana, con la satisfacción retratada en su rostro.

Al llegar a su casa, Ellen, que bajaba en ese momento la escalera, paróse junto a él, mirándole ceñuda.

—De pasear por el parque, ¿no? —comentó.

—No he salido de mi habitación, Ellen; no olvides de decírselo a quién sea, si es que te lo preguntan.

La mujer se fue rezongando. Dan volvió otra vez a la ducha, tarareando con una seriedad paradójica la extraña letra de «la dama-pescado, que no usaba medias, ni usaba calzado».

El gimnasio de Sullivan no parecía muy concurrido cuando Maculay traspasó el umbral bajo las pesas gigantes de hoja de lata. Dos muchachos de cuidada musculatura ejecutaban una tabla sueca procurando despeinarse lo menos posible; en un rincón, un hombre con el estómago deformado por la excesiva grasa, hacía oscilar unos remos, bañando su carne sonrosada en una catarata de sudor.

El propio Sullivan, pequeño y decrépito, vino al encuentro de Maculay arrastrando su bota ortopédica. A juzgar por su gesto contraído, no parecía sentirse muy feliz ante la presencia del recién llegado.

—Hola, Sullivan —saludó Dan, sin mirar al contrahecho que le llegaba exactamente al hombro—. Quiero un baño turco.

—Hola, teniente… baño turco; me alegro de verle… baño turco… todos están ocupados.

Se retorcía las manos al hablar, poniendo cara extraviada como si estuviera relatando de qué forma le dolía el estómago. Maculay, sin hacerle el menor caso, caminó hacia una puerta de vaivén, empujando la hoja de madera. El otro fue detrás de él resbalando por el suelo del gimnasio su pesada bota; esquivó a tiempo el retroceso de la puerta, colándose en el cuarto de baños. Había tres aparatos de vapor, los tres tan vacíos, como solo puede estarlo una fábrica en domingo. Daniel volcó su mirada hacia el suelo, mirando reprobatoriamente al dueño del gimnasio. Éste gesticulaba, tartamudeando excusas.

—Verá, «Hurricane»… quise decir que estaban estropeados…

—¿Los tres?

—¡Sí, los tres… claro! vuelva otro día…

Maculay sentóse en una banqueta, comenzando a desvestirse tranquilamente ante la impotente desesperación del hombre cojo.

—Procura que uno de los tres funcione, antes de que me haya quitado los calcetines.

—Escúcheme, teniente, no quiero líos… aquí viene gente que… bueno, no están muy conformes con usted… Yo debo cuidar de darle gusto a mi clientela… ¿comprende?

—No te esfuerces por resultarme servicial y agradable —dijo, quitándose un zapato—. Siempre me pareciste un gusano repugnante, Sullivan. Nunca me gustaron los chivatos ni los confidentes; en vez de cojo, debieras haber nacido sordomudo;

hasta la policía hubiese salido ganando.

El rostro del hombrecillo se tornó lívido al decir suplicantemente:

—¡Por su madre, teniente, no grite que pueden oírle!

Maculay continuó despojándose de su atuendo con ademanes imperturbables.

—¿Sigues haciendo de cotorra para la policía? Desde luego no encontrarían otro que les trabajara más barato. Tu excesiva afición por el dinero te hace tirar los precios, Sullivan. Estoy seguro de que no dudarías de exhibir a tu madre en taparrabos dentro de una jaula, si encontraras quien te pagara a centavo la hora.

Ahora el hombre se retorcía angustiosamente chistando al expolicía como si fuera una turbina a punto de explotar.

—¡Le prepararé un bailo, teniente! —jadeó.

Maculay estaba ya, con el mismo atuendo que suele tener un bebé en el momento de su natalicio. A una señal del descompuesto propietario del local, introdujese en uno de los aparatos, dejando al descubierto solo la cabeza. El vapor comenzó a funcionar.

—Estate a mi lado; quiero que me cuentes algunas cosas que no he encontrado en los ecos de sociedad.

—¡Eso sí que no! —protestó el otro—. Ya no ando con eso… no quiero complicaciones, «Hurricane»…

—Pues me temo que las vas a tener, lagartija; si das lugar a que cuente a más de uno, quién me puso al tanto de sus pecadillos, y los inconvenientes que por ello tuvieron.

Sullivan sudaba como si el baño turco lo estuviera tomando él. Con voz desfallecida, preguntó:

—¿Qué quiere usted saber, teniente?

Maculay ahuecó la voz a instancias de la nube de calor que lo envolvía dentro del acorazado aparato.

—¿Cuándo llegó Ronco Clayton a Aurora?

—Pocos días antes de que ocurriera lo de usted con el muchacho Paroli… bueno, quiero decir… —Miró al expolicía pesaroso de haber mencionado el asunto, como el que se ha descuidado ofreciendo tocino entre los componentes de una pascua árabe, Maculay le instó con un gesto a que prosiguiera, y el hombre reanudó su charla respirando más tranquilo.

—Sí, vino con Milo Knot[3], ese guapetón que ahora es su

chófer… o lo que sea…

Al oír el nombre del matón que guardaba la finca de Clayton, «Hurricane» hizo un brusco movimiento sin acordarse de su embutida posición, lastimándose el cuello. Sullivan le preguntó que si reducía algo la temperatura, respondiendo Dan en un inglés de lo más primario, que no se interrumpiera.

—Ronco era preparador de Milo. Me los envió un promotor que es amigo mío, desde Chicago. Hizo aquí algunos combates de lucha libre, ganando varios de ellos por fuera de combate; pero no acabó de encajar. Le gustaba mucho el truco, o la gente lo creyó así, el caso es que al cabo de unos tres meses se largaron como habían venido: con los codos rotos.

—Entonces, ¿cómo se hizo Clayton el «bossy»[4]?

—Eso fue bastante después, casi al año y pico. Aterrizó por aquí con las orejas lavadas y un coche haciendo juego con el color de sus calcetines. Abrió el «Moonlight», y poco a poco se fue haciendo con toda la plata de la ciudad, estableciendo hasta algún negocio decente.

—Vino con otro, ¿no?; un tal Drusko, socio suyo, o algo así…

—No sé; hay quien dice que el asunto pertenecía a algún monopolio de Chicago, y que él venía en calidad de «cometa»; el caso es que aquí es el amo.

—Y el Departamento, ¿qué?

—¿La policía? Ésa es otra; cuando usted se largó, a Benson le ascendieron a teniente. El anterior jefe de policía murió de un cólico de no sé qué, y entre todos nombraron a un idiota que es fabricante de embutidos, y que se pone hasta en el pijama todas las medallas que Clayton hace que le otorguen. El hombre no se entera de nada, y cree que con asistir a los banquetes la ciudad navega como una piragua de corcho en una balsa de aceite. El que se lleva las tajadas es Benson; tiene unas tragaderas más anchas que las cataratas del Niágara.

—¡Ya! ¿Conocías a un tal Jeff Raines?

Sullivan, reclinado sobre el aparato, estuvo meditando unos segundos antes de responder negativamente. El mismo resultado obtuvo al inquirir sobre la mujer que el día anterior fuera arrojada por la ventana atada de pies y manos.

—Lo leí en el periódico, pero ni siquiera recuerdo si alguna vez

me crucé con ella por la calle. A esta ciudad cada día viene gente más rara que sólo la conoce el que sale a la calle después de las once de la noche.

Luego hablaron del incendio de la noche anterior. Por lo visto, el periódico decía que todavía no se había acabado de desescombrar, ignorándose por tanto la suerte del viejo Bradley, de cuyo paradero nadie sabía nada.

—Para este artefacto y ayúdame a salir de aquí —dijo al fin Maculay, dando por terminados baño e interrogatorio.

El otro suspiró aliviado.

Después de una ducha templada, Daniel sintióse como si acabara de mudar de envoltura. Sullivan, a su lado, le miraba vestirse en silencio, animándose sus ojillos saltones a la par que el expolicía iba completando su atuendo.

—Dame la dirección del promotor ese de Chicago que te recomendó a Ronco y compañía.

El propietario de los baños turcos comenzó una perezosa evasiva, aligerando su memoria ante la expresión poco cariñosa de Maculay. Éste anotó las señas en su libreta, dirigiéndose hacia la salida. A sus espaldas sonó la voz tímida de Sullivan.

—El baño es un dólar cincuenta, teniente.

El aludido depositó en manos del hombrecillo un billete que sobrepasaba en más de veinte veces el importe del servicio, gesto que hizo a Sullivan inclinar su escuálido tórax como si fuera a besarlo.

Y «Hurricane» abandonó el local, donde ahora los dos jovencitos se mostraban recíprocamente el perímetro de su antebrazo, y el hombre de la tripa grasienta desfallecía sobre los remos, como el náufrago que al fin se da por vencido en mitad del océano.

Eran las once de la mañana cuando entró a telefonear en un bar del *boulevard* de Galena. Consultada la guía, disco un número. Una voz al otro extremo del hijo dijo un «¡halo!» cadencioso, y el corazón de Maculay dio una vuelta completa de campana.

—¡Halo, Cisne! Soy yo, cariño; no esperaba que fueras tú quien tomara el aparato.

—¡Dan! ¿Cómo se te ha ocurrido llamarme aquí? —Su acento era angustiado.

—Tenía que hacerlo; estaba impaciente por saber cómo te

hallabas. De haber descolgado otra persona hubiese cortado la comunicación. Dime si puedo hablarte con libertad. —Antes de recibir respuesta expresóse con rapidez—: Salgo ahora mismo en avión para Chicago; estaré de vuelta mañana a esta misma hora. Voy a seguir el rastro de ese perro afónico; creo tener un pequeño asidero con que buscarle las vueltas. Si de aquí a mañana algo te ocurriera, no dudes en acudir a Ellen; ella te ayudaría…

—¡Dan, por Dios, deja eso… no vayas! No te mezcles en nada ni te preocupes por mí… yo ya no puedo volverme atrás… me perjudicarías también a mí, cariño; olvídate de todo, ¡incluso que existo yo…!

—No, Cisne; más que nada te llamo para eso. Anoche te lo dije; todos nos equivocamos alguna vez en la vida; he estado pensando, y creo que tenías razón al afirmar que sólo había sabido pensar en mí mismo. Debemos olvidar lo pasado y empezar a arrancar las hojas de un nuevo calendario. Lejos de aquí, y lejos de todo… Tengo grandes planes, Cisne.

—¡Escucha, Dan…! —Hubo unos segundos de silencio, sintiéndose nuevamente sus palabras entrecortadas—: ¡Viene alguien, cariño, corta!

Al otro extremo sonó el ruido característico del aparato al ser colgado. «Hurricane» puso su auricular sobre el soporte con un gesto de rígida decisión. Acto seguido salió a la calle y tomó un taxi al cual dio la dirección del aeropuerto. Dentro del coche se sorprendió a sí mismo al notar que canturreaba con satisfacción.

CAPÍTULO X

El tiempo invertido por el pequeño avión comercial desde Aurora hasta las pistas del
O'Hare
Field de Chicago fue bastante breve. Allí mismo Dan subió a un coche, trasladándose hasta Gunnison Street.

Las oficinas del promotor de boxeo amigo de Sullivan estaban situadas en los sótanos de un destartalado edificio comercial. En una antesala de paredes virtualmente cubiertas de vistosos carteles representando diversos púgiles de cara achatada, Maculay se hizo anunciar por medio de una jovencita vestida con un traje de punto excesivamente ceñido.

—Dígale al señor Fierello que aquí hay un amigo de Sullivan que desea verle.

La chica comía un bocadillo de algo que olía a pescado, moviendo a un tiempo los dos carrillos. Maculay tuvo que esperar un rato para que ingiriera toda la comida almacenada en la boca. Así, sin gesticular, parecía otra cosa; no obstante, sus dientes, demasiado grandes, al mostrarse llenos de residuos invitaban a cualquier cosa menos a darle un beso.

Se ajustó el vestido como si temiera pasar inadvertida; luego, con una rutinaria voz de pupitre, alargó hacia él un impreso manchado de aceite.

—Tiene que rellenar esto, poniendo el motivo de la visita —dijo.

Dan dobló el panel metiéndoselo en el bolsillo.

—Conforme; lo haré cualquier día de lluvia, si tengo tiempo. Ahora pásele el recado al señor Fierello de palabra; la creo a usted de más utilidad que cualquier impreso, monada.

La chica sonrió, pasándose la lengua por los dientes para limpiarse varias migas de pan.

—Apuesto que es usted irresistible —comentó, saliendo de

detrás de su mesa para dirigirse a la puerta que debía comunicar con él despacho contiguo.

Reapareció antes de que hubiera transcurrido un minuto, tirándose, como siempre, de su traje elástico.

—De parte del señor Fierello que se marche usted al diablo —se lo dijo sonriente, con la cara inundada de placidez, como el que transmite una felicitación de Navidades.

—Gracias por el recado, encanto —respondió festivo, caminando hacia la puerta que parecía llevar al despacho particular del promotor. La chica volvió a su bocadillo, mostrando ante la intromisión de «Hurricane» la más pasiva de las indiferencias.

El despacho de Fierello podía haberse dedicado a cualquier utilidad, desde garaje a mercado de verduras. Era una especie de patio grande, con el suelo de cemento y el techo de cristales. En un rincón, sobre un estrado de madera, se alzaba una especie de oficina compuesta por una mesa, una máquina de escribir, un armario archivador y dos sillas. Pero la verdadera actividad del lugar estaba en el mismo centro del local, y en torno a un pequeño *ring* con el suelo de tablas, donde dos hombres en calzón de deportes practicaban a darse puñetazos.

Fierello estaba apoyado por fuera del cuadrilátero sobre las cuerdas, fumando un puro feo y deshilachado, como si en su interior se hubiera albergado un explosivo. Maculay lo reconoció por los graznidos poco éticos con que se dirigía a los boxeadores.

Era gordo, calvo, y tenía cara de bulldog. Vestía un jersey color chocolate, con una franja amarilla, corbata de pajarita, un sombrero hamburgués de fieltro gris tan en desuso como hubiera podido estar un bicornio del almirante Nelson.

A su lado, dos hombres con un cubo de agua y una esponja, seguían las incidencias del entrenamiento corriendo de un lado para otro obedeciendo las intemperantes órdenes del irascible Fierello.

—¡Moose… idiota, aprieta el guante al campeón! ¿No ves que lleva la atadura suelta? Y tú, límpiale la cara a ése; parece una sandia reventada.

El de la alusión a la sandía era un joven delgado y pálido, con cara de hambre. Como el calzón le venía muy ancho, había atado a su alrededor una cuerda, colgándole el pantalón como si fuera una falda. Echaba sangre por la nariz, y en el ojo derecho empezaba a

formársele un ligero halo entre rojo y violeta. El «campeón» era, sin embargo, la antítesis. Juntos, componían la ilustración de cualquier propaganda, antes y después de usar la brillantina «Fine», o comer la exquisita mortadela «Sigh».

—¡Ya está bien! —Tornó a rugir Fierello—. Salid del cuadrilátero de una vez. —Los dos segundos obedecieron, quedando nuevamente los púgiles frente a frente—. ¡Y tú, Clover, a ver si mueves la izquierda; pareces una vieja paralítica!

El llamado Clover llevaba cabeza y orejas protegidas por un casco de cuero. Su calzón era de raso negro con franjas laterales verdes, y en el lado izquierdo lucía bordado un enorme trébol del mismo color. De aquí el nombre que se le daba. Y a la vista saltaba que le sobraban kilos.

—¿Señor Fierello? —dijo «Hurricane», dirigiéndose al del puro.

Éste respondió sin mirarle:

—¡Lárguese! ¿No ve que estoy ocupado? —Centró su atención nuevamente en los contendientes—. ¡A ver si entiendes de una vez, campeón de…! —añadió un adjetivo poco usual y correcto en los medios deportivos—. ¡Amaga dos veces de izquierda, haz que disparas la derecha y colocas un gancho de izquierda nuevamente! ¿Me entiendes?, ¡animal!



¡Lárguese! ¿No ve que estoy ocupado?...

El campeón interpretó fielmente cuanto le decían, sólo que esta vez el *sparring*, a la hora de encajar el gancho de izquierda, hizo una estupenda finta metiendo su puño derecho en la cara de Clover. El casco paró algo el golpe; no obstante, el campeonísimo se tambaleó hacia atrás realizando dos pasos de tango. Los juramentos de

Fierello hicieron temblar las vidrieras del techo.

Daniel aprovechó la ocasión para extraer de su bolsillo un billete de cincuenta dólares y ponérselo al promotor delante de las narices. La cascada de insultos fue amainando, hasta acabar en un suave murmullo.

—¿Qué quiere? —preguntó al fin, contemplando alternativamente hombre y billete con cierta prevención.

—Hablar con usted sólo diez minutos. No es nada de particular; me manda Sullivan. Quiero saber algo acerca de un viejo amigo.

Fierello guardóse el billete quitándoselo al otro de entre los dedos, como si el panel verdoso hubiera sido suyo ya antes de imprimirse.

—¡Y vosotros no os quedéis ahí parados luciendo el tipo como dos cupletistas! —bramó a los del cuadrilátero—. ¡Sardina… tú, sí, como te llames: has venido aquí a hacer de *sparring*, y si vuelves a lanzarle un directo al campeón, el que te aplasta soy yo!

Volvióse a Maculay sin dejar de mirar de reojo a los combatientes.

—¡Vamos, desembuche pronto que tengo bastante prisa!

Maculay no se hizo rogar.

—¿Conocía usted a un tal Ronco Clayton?

—Sí; ya hace algunos años que le perdí la pista. Creo que se retiró de esto, pero no sé por dónde anda. Apadrinaba a un chico que conmigo hubiera llegado muy lejos; Milo Knot. Había que depurarlo; era un pequeño salvaje, muy aficionado a apretar más de la cuenta. Tenía una presa de espalda demasiado peligrosa. Aquí en Chicago mató a uno partiéndole la espina dorsal; le prohibieron pelear.

«Hurricane» se atragantó con su propia saliva.

—¿Ha dicho que mató a uno partiéndole la columna vertebral?

—Algo por el estilo. A raíz de eso se los mandé a esa rata coja de Sullivan, que por cierto todavía estoy esperando que me mande mi comisión. —Volvióse repentinamente hacia el *ring* para chillar—: ¡No te cubras de esa forma, so bestia, que no muerde! ¡Y tú, esqueleto, o haces de saco terrero o te echo de aquí a patadas! —Se puso en jarras al dirigirse nuevamente a Maculay—: ¿Qué le iba diciendo?

—Que Sullivan le debe no sé cuánto. Y cuando Ronco y el

rompeespaldas volvieron aquí, ¿qué fue de ellos?

—No estoy muy seguro —afirmó el otro rascándose la cabeza—. Ronco creo que abandonó el asunto de los cuadriláteros, y se puso a trabajar para un tipo que tenía negocios de teatro o algo parecido.

—¿El tipo ese se llamaba Drusko?

—Sí, creo que sí; tenía un *cabaret* en Cermak, frente al Dvorak Park: el «Spell»[5], creo que se llamaba. De esto hace por lo menos cuatro años, pero puede que todavía esté en el mismo… —Se cortó repentinamente para lanzar estentóreamente—: Pero ¿es que tienes reuma, o tal vez has desayunado demasiado? ¡Tendré que subir yo ahí para enseñarte a mover los remos!

El *sparring* de la cara flaca había vuelto a sangrar por la nariz. Apretaba el bocado entre los dientes mirando al campeón con contenida rabia, como si le hubiera gustado devorarlo.

—Bueno, eso es todo, compadre —farfulló Fierello—. Cincuenta dólares no dan más de sí. Hasta otra.

Maculay comprendía que el hombre no podía revelarle mucho más. Se disponía a salir, cuando señalando con el dedo al púgil delgaducho dijo a Fierello:

—Oiga: ese chico tiene agallas. Échele de comer y se hará una petaca con el cuero cabelludo del campeón.

El dueño del gimnasio ladeóse el sombrero dejando al descubierto unas tres cuartas partes de su calva, mordió el puro como si fuera una salchicha, brillándole los ojos igual que dos faros de carretera.

—¡Claro, eso es una idea! —bramó—. ¡Moose, quítale el casco a esa acémila y pónselo al otro, tiene agallas! ¡Moose! —volvió a gritar Fierello—. Decidle a ese tipo si se quiere quedar de *sparring* a entrenar al campeón. Tres dólares la hora; si no, echadle de aquí a puntapiés: me ha hecho perder mes y medio comiendo como una ballena con solitaria…

«Hurricane» abrió la puerta de salida contemplando divertido la escena. Ya el nuevo «campeón», con el casco a medio ajustar, había escupido el tocado, abalanzándose con un rugido de alegría sobre Clover, aun antes de que éste diera su aprobación. El púgil gordo saltaba como un canguro corriendo dentro de las cuerdas como si fuera perseguido por una manada de tigres hambrientos.

Daniel cerró la puerta a sus espaldas oyendo a través de la

madera los gritos desaforados del promotor.

—¡Parad a esa bailarina! ¡Y tú, campeón, sacúdelo hasta que lo mates… tenemos más *sparrings* de repuesto…!

En Cermak, el local que en otra hora albergara el *cabaret* de Drusko, o Jeff Raines, hallábase actualmente suplantado por un almacén de resinas sintéticas donde hasta el gerente ignoraba que bajo ese techo se hubiera bailado música de *hot* y descorchado ninguna botella de champaña.

Dado lo avanzado de la hora, Daniel Maculay decidió hacer un alto en sus pesquisas para tomar un bocado en un restaurante de Harrison Street, pareciéndole que por vez primera en cuarenta y ocho horas disfrutaba de un poco de tranquilidad.

De lo referido por el iracundo promotor de boxeo y lucha libre, «Hurricane» deducía varias cosas de la vida y milagros de Ronco y su protegido Milo. Éstos habían llegado a Aurora días antes del lamentable suceso que a Daniel le hiciera purgar durante cinco años un asesinato no cometido por él; un asesinato de idénticas características a la muerte ocasionada por Milo en Chicago sobre uno de sus contendientes. «Le gusta apretar demasiado», le había dicho Fierello; él tenía sobrada prueba con lo ocurrido el día anterior en la casa de Clayton.

Luego, ambos hombres habían regresado a Chicago, empezando a trabajar Ronco para Drusko. Si Jeff Raines tenía negocios dudosos, nadie mejor que Clayton para hablarle de la situación en que quedara Aurora después de la falsa acusación por asesinato contra el que hasta entonces fuera el insobornable teniente Maculay, proponiendo a la vez a Drusko la ampliación de sus actividades hasta aquellos terrenos, que serían supervisados y controlados por el propio Ronco.

La forma en que Clayton se deshizo de Jeff Raines adueñándose de todo el negocio, resultaba lógicamente explicable. Ahora también Cisne pasaba a ser una de sus muchas pertenencias personales.

Rechinó los dientes. Todavía quedaban algunos puntos oscuros como las muertes de Bill Bradley y la esposa de Jeff; era presumible que ambos sabían algo poderoso con que poder atacar al indestructible Clayton. Aun así, todo resultaba demasiado sencillo.

Salió nuevamente a la calle, después de paladear sobriamente

dos tazas seguidas de café solo y sin azúcar. En un taxi dirigióse hasta la Calle 67, cerca del club de regatas de Jackson Park, apeándose ante una oficina de recortes de periódicos que tiempos atrás le resolviera más inconvenientes que los propios ficheros del Archivo General.

En el mostrador le saludó uno de los empleados.

—¡Cuánto tiempo sin verle, teniente!

—Sí; me he retirado del servicio —manifestó—. Ahora sólo dedico mi tiempo a casos particulares.

Por la cara del otro supuso que su asunto podía ser un tema más archivado al alcance de cualquier cliente que lo solicitara.

—Mire, deseo que me recopilen todo lo inserto en los periódicos sobre Howard Drusko, o Jeff Raines, en los últimos tres años. Una información aproximada de las notas locales, su boda, etcétera.

El empleado meneó la cabeza al afirmar:

—Eso costará bastante dinero, teniente.

—Aquí tiene veinticinco dólares a cuenta —dijo, depositando un billete sobre la mesa—; si es más, me envían los recortes contra reembolso. Procuren tenérmelos mañana remitiéndomelos a esta dirección.

Apuntó los datos que le interesaban junto a las señas de Ellen en Aurora. Después despidióse del individuo abandonando el local.

Su siguiente visita fue a la Jefatura central de Policía. Hubo quien le reconoció saludándole con más o menos afecto, pero unánimemente todos, sin mencionarle para nada el asunto de su degradación.

Al comunicar al sargento Mackenzie sus deseos de entrevistarse con el Súper, aquel puso un gesto agrio.

—Escuche, Maculay: el viejo quiere mucho a Bradley por haber sido compañeros. Me molesta tener que hablarle de esto, pero cuando ocurrió «lo suyo», por el hecho de ser usted protegido de Bill, se llevó una rabieta bastante buena. En aquella época decía de usted unas cosas tremendas… dudo de que se le haya pasado.

—Quiero ver al jefe, Mackenzie; si se va a alegrar o no, eso es sólo asunto mío —respondió «Hurricane» malhumorado.

El sargento encogióse de hombros, pasando al antedespacho de Randolph Simpson, para salir al cabo de un rato con el ceño fruncido.

—Va a oír cosas desagradables, Maculay, aunque solamente se conforme con decirle la mitad de lo que me ha dicho a mí. —Señaló con la mano la puerta barnizada de blanco, para añadir—: Usted lo ha querido; adelante.

Randolph Simpson estaba sentado detrás de una moderna mesa de caoba con los dedos de las manos entrecruzados, cayéndole sobre la frente un mechón de pelo blanco. Tenía los ojos duros e iridiscentes como dos diamantes empotrados en la carne. Daniel le conocía desde que por su mediación, con la ayuda de Bill Bradley, ingresó en el Cuerpo.

Su cara nunca había sido simpática; no obstante, ahora resultaba de una dureza escalofriante. «Hurricane» avanzó hasta situarse delante de la mesa.

—¿Qué quiere el expulsado del Cuerpo? —Su voz era afilada como una guillotina cortando el aire.

Maculay tragó saliva al responder, casi en posición de firme:

—Nada para mí, señor; se trata de Bill Bradley.

El otro abandonó su posición napoleónica en la silla, cruzando por su rostro una preocupada expresión.

—¿Le ocurre algo?

—Es posible, señor. Por esto he venido; temo que alguien haya atentado contra su vida.

Se cuidó muy bien de afirmar este extremo, ante la posibilidad de verse envuelto en el asunto. El rostro del jefe de policía parecía congestionado mientras entre los dientes jugueteaba con un trozo de uña.

—Siéntese, Maculay, y cuéntemelo todo —dijo, aparentando serenidad.

Dan sabía cómo Simpson adoraba al viejo. Hasta la hora de jubilarse había estado a su servicio, ocupando el puesto que ahora desempeñaba el sargento Mackenzie. Comenzó el relato, omitiendo en la mayoría de los casos su intervención personal.

Explico el estado actual de cosas en Aurora, procurando no atacar muy directamente a Benson y su servicio de policía. Al llegar al relato del incendio, Simpson escupió la uña atacando rabiosamente con los dientes su mano derecha como si tocara la armónica.

—Todavía no se sabe nada, señor, pero se teme que el viejo

Bradley esté entre los escombros. El incendio no me cabe duda de que fue intencionado; Bill me había manifestado dos horas antes que la ciudad estaba podrida; cuando volví intentando verle, la casa ardía por los cuatro costados.

—Estoy de acuerdo en que al viejo le haya ocurrido algo, pero el resto de las cosas, ¿no será una patraña por su parte para darme a entender lo mal que van las cosas en la ciudad, sin su autoridad? El Cuerpo de Policía también seguirá funcionando el día que se muera usted, Maculay.

—Cuando y como quiera puede usted comprobar si es verdad o mentira lo que le he dicho; en ningún caso pretendo indicarle qué es lo que debe hacer —repuso.

—El jefe de policía de allí es un tal Horacio Watrous, ¿no?

—Sí, señor: un fabricante de salchichas o algo por el estilo.

—¡Un fabricante de salchichas puede ser un buen Jefe de policía!

—Sí, señor.

El otro lanzó una exclamación.

—¡No, señor! Es bastante improbable. Usted nunca sería un buen fabricante de salchichas.

—No lo sé, señor.

Randolph Simpson le miró como si fuera a devorarle: luego dijo:

—Está bien: abriré una información sobre el asunto, pero procure no encontrarse por en medio enredando o le pesará.

Daniel se levantó de la silla.

—Temo que el asunto me afecte a mí también, señor —manifestó—. Pienso demostrar de paso que yo no maté a Nick Paroli.

El jefe de policía clavó en él sus ojos acerados como si fueran dos puñales.

—Márchese de aquí, Maculay —dijo sucintamente.

Y el exteniente «Hurricane» dio media vuelta abandonando la estancia con solemne dignidad.

Ya era de noche cuando se decidió a buscar alojamiento para pasar la noche. Había estado bebiendo *whisky* en una taberna de la Calle 33, junto al embarcadero, repasando en su imaginación uno por uno todos los acontecimientos. La intervención del viejo Randolph Simpson prometía algo bueno: aparte de eso, su labor a lo

largo de los dos días sólo resultaba sobresaliente en el hecho de haber recibido varias palizas. No obstante, presentía algo, igual que las golondrinas presienten la lluvia.

A estas alturas, Ronco Clayton con su *cabaret* destruido debería de estar echando espuma hasta por los oídos pensando a quién devolver el golpe. ¿No le haría pensar en él, por haberse ausentado tan repentinamente de la ciudad? Ése era otro de los inevitables riesgos que tenía que correr.

Como proyectara en un principio, no pensaba regresar a Aurora hasta el día siguiente. Pese a lo corto del trayecto, le seducía más la idea de hacer el viaje en avión.

Contrató una habitación en un destartalado hotel de la misma calle donde estaba el bar, por no andarse molestando. Cenó ligeramente, metiéndose acto seguido en un teatro de la Avenida Archer. La representación no era cosa del otro jueves, más la novedad de contemplar nuevamente un espectáculo le distrajo hasta el extremo de ahuyentar su cansancio. Luego volvió hasta el hotel andando.

Ante la puerta de su cuarto metió la llave en la cerradura, comprobando que aquélla se hallaba abierta. Dentro, una mujer estaba en ese momento quitándose las medias.

Daniel dio un respingo al comprobar su error, disculpándose tan pronto como le fue posible.

—¡Perdone! —dijo torpemente—. Me he equivocado de habitación.

La rubia de cara pintada que le miraba sin sorpresa de ninguna clase, ladeó el cigarrillo que estaba fumando, para decir alegremente:

—No se preocupe yo también me equivoco de alcoba de vez en cuando.

Avanzó hasta él contoneando el cuerpo aparatosamente. «Hurricane» salió al exterior cerrando la puerta de golpe, mientras la otra desde el interior lo llamaba a gritos.

Ésa fue la primera noche en que «Hurricane» durmió de un tirón, sin despertarse antes que alumbrara la luz del día.

Cuando, a la mañana siguiente, el avión tocó tierra en Aurora, Maculay tuvo una desagradable sorpresa: Benson con una comitiva de cinco o seis sabuesos, parecía montar guardia en el aeródromo.

Interiormente se preguntó hasta qué extremo podrán hacerle cargos por destruir un garito al margen de la Ley; por otra parte tendrían que desarrollar una gran habilidad para probar que el autor del estropicio había sido él.

Silbaba una canción, de moda cinco años atrás, cuando Benson con su disciplinada cuadrilla llegó hasta él. El teniente le puso una mano en el hombro, en un ademán característico para efectuar su detención, pero lo que dijo seguidamente fue disparatadamente incomprensible para «Hurricane».

—Daniel Maculay —tronó Benson—. Queda usted detenido en nombre de la Ley, acusado del asesinato de Bill Bradley. Le prevengo que todo cuanto diga puede usarse como cargo en contra suya.

CAPÍTULO XI

Le pareció que el zumbido del motor del avión continuaba sonando dentro de su cabeza. La impresión fue semejante a un inesperado golpe bajo que cortara su respiración. Miró a Benson de hito en hito como si le acabara de gastar una pesada broma.

—¿Qué ha dicho usted? —inquirió entre dientes.

—Le advertí que tomara un tren hace dos días. Debió hacerlo; ahora, no tendría sobre sus costillas otro asesinato.

Daniel parecía congestionado igual que un cangrejo después de cocido.

—Vamos, Benson, cuénteme todo; llevo un día fuera de casa, y estoy ávido de noticias —dijo, intentando ser festivo.

—No se haga el gracioso; esta historia se la sabe usted de sobra. Encontramos a Bradley ayer al mediodía cerca de la carretera 30 con la cabeza abierta. Había señales de lucha, huellas suyas por todas partes, y un pañuelo de su pertenencia lleno de sangre. No me explico cómo pudo ser usted policía en alguna ocasión.

El cerebro de Maculay iluminóse repentinamente, como si dentro de su cráneo acabaran de disparar un magnesio. Recordó la lucha sostenida con el hermano de Nick Paroli cerca de la carretera 30, y el pañuelo lleno de sangre que diera a éste, quedando tirado luego en el suelo. Sacar el cuerpo de Bradley antes del incendio completaba el resto de una encerrona bastante fácil.

Benson hizo presión con su mano en el hombro de Maculay, añadiendo autoritario:

—Andando.

«Hurricane» dio dos pasos atrás desasiéndose bruscamente del contacto como si los dedos del teniente le dieran calambre. Sus ojos despedían chispas cuando advirtió a éste sin casi mover los labios:

—No me ponga la mano encima, sargento, no me toque… Iré hasta donde sea andando por mi propio paso, pero no me toque…

La expresión de su rostro era salvaje. El detective titubeó unos segundos, y advirtiendo cómo miraban sus subordinados, repuso sombríamente:

—Andando, Maculay. En la Jefatura se le bajarán los humos.

—Estamos de acuerdo, sargento —silabeó—. Hasta entonces tenga paciencia: llegaremos enseguida.

Enfilaron por la pista hacia el pabellón de salida. El coche de Benson, más la escolta, esperaban a la puerta. Durante el trayecto hasta la Jefatura nadie abrió la boca. Le hicieron pasar al despacho de Benson, quien se apoltronó detrás de su mesa.

—Bueno, ya estamos en casa, Maculay; ahora cuéntenos cómo y por qué lo hizo.

—Usted no tiene categoría para interrogarme a mí, Benson. Que traigan al honorable Horacio Watrous, jefe de esta cuadrilla. De paso que se acerque también el hermano de Nick Paroli; él es quien va a probar mi coartada.

Benson soltó una risotada.

—Y que venga también Rita Hayworth para que baile un poco mientras usted habla.

—Entonces no diré una palabra. Sé de sobra el terreno que piso, sargento.

El teniente de policía dio un soberbio puñetazo sobre la mesa que hizo oscilar hasta la escupidera.

—¡Va usted a hablar hasta que tengamos que amordazarle para que se calle!… ¡Y como me vuelva a llamar Sargento otra vez le voy a pisotear la lengua!

Hizo una seña a los cinco policías que ocupaban la estancia, y éstos avanzaron amenazadoramente sobre Maculay. Tenían la mirada torva, iluminada con un regocijo casi brutal; los dos de uniforme blandían fuertemente sus porras. En conjunto, con uniforme o sin él, todos hubieran podido pasar por pandilleros a sueldo. «Hurricane» no conocía a ninguno.

—¡Vamos —tronó el teniente—, ablandarle un poco el lomo!

Daniel saltó a un extremo de la habitación gritando a pleno pulmón:

—¡Oiga, Benson! ¡Vengo de Chicago de entrevistarme con el viejo Randolph Simpson! Era amigo de Bradley, y va a abrir una información; póngame la mano encima, ¡y se le cae a usted hasta el

último botón de la chaqueta!

El hombre a quién iban dirigidas estas palabras arqueó las cejas poniendo gesto sorprendido. Los matones se detuvieron en seco, sin que fuera necesaria orden alguna, y «Hurricane» prosiguió, más seguro de sí mismo:

—Si posee cargos contra mi tendrá que probarlos. Primero, para declarar exijo a mi testigo de descargo; luego, la presencia de Horacio Watrous. Esto último no está en ningún reglamento, pero usted va a darme ese gusto, sargento.

Benson pestañeó un poco antes de romper a hablar. Toda su brutal arrogancia parecía a punto de desvanecerse.

—Está bien —afirmó—, vendrán los dos. Usted sabrá lo que hace si mezcla al jefazo en este asunto y luego todo es mentira.

—Le gustaría que fuera falso, ¿verdad, Benson? No sea tonto: con Simpson aquí y un asesinato dentro de la manga, tiene usted ocasión de ganarse un ascenso —dijo socarronamente.

Por toda respuesta, el teniente le indicó que se sentara. Uno de los policías uniformados salió a cumplimentar el encargo, y la habitación permaneció tan silenciosa como una tertulia de sordomudos.

Daniel en el asiento rumiaba su situación preocupado. Sabía que a pesar de lo burdo de la acusación, el asunto se presentaba difícil. El hermano de Nick Paroli, de acuerdo con la banda, juraría por todos sus enterrados que lo de la pelea con él era mentira. Luego, con el cadáver de Bradley levantado judicialmente todo vestigio de posibles huellas ya habría sido borrado, iniciando Benson el atestado que mejor le hubiese venido en gana.

En este soliloquio, el honorable Horacio Watrous hizo su entrada en el despacho. Era bajito, delgado, con una cara tímida oculta tras unas gafas con cristales del grosor de reflectores. Dan intentó desechar la idea de que el hombre no hedía a porcino; no obstante, despedía un olor peculiar, característico, que hubiera podido olfatear hasta un topo acatarrado.

Dirigióse a Maculay haciendo oscilar su dedo índice con aire de maestro de escuela.

—¡Joven —dijo atipladamente—, es detestable, abominable su conducta al dar muerte a un pobre viejo indefenso!

Todos los circunstantes se habían puesto de pie, a excepción de

Benson, que miraba a Horacio como miraría a un misionero interviniendo por equivocación en un campeonato de bugui-bugui.

—Yo no he matado a Bill Bradley, Watrous; he querido que viniera usted para convencerle de este extremo. Por otra parte, el teniente Benson se siente muy orgulloso de su presencia —añadió con rechifla. El policía enseñó los colmillos en una fría sonrisa.

Casi al mismo tiempo entró el hermano de Nick Paroli. Traía la cara amoratada y cubierta de tafetanes. Al mirar a «Hurricane», sus ojos se achicaron brillando con odio y maldad. Benson comenzó el interrogatorio.

—Angelo, ¿díganos dónde se encontraba usted hace dos días, a las nueve de la noche?

El muchacho miró a Maculay, como si le regocijara ver el efecto de sus mentiras reflejado en la cara de éste.

—Jugando al billar con Richy «Toad»[6].

«Hurricane» extrajo una lima de uñas, comenzando a pulir sus dedos. Uno de los policías llegó hasta él arrancándosela de golpe, mientras Benson formulaba a Paroli su segunda pregunta:

—¿Cómo se hizo esas contusiones de la cara?

El muchacho apretó los dientes para decir:

—Me caí.

Maculay no pudo reprimir una exclamación bastante puerca, lo que hizo al teniente golpear la mesa hasta hacerla crujir, gritándole que si no se callaba lo iba a hacer salir de la habitación.

Horacio, sentado en una silla al lado del enfurecido policía, con la mirada, vacua, parecía el encogido muñeco de un ventrílocuo. Transcurrido el acceso de furor de Benson, dijo débilmente, como si fuera el eco:

—Por favor, señor Maculay, procure callarse.

Daniel saltó de la silla acercándose al italiano, que temiendo una agresión fue a parapetarse detrás de un policía.

—¡Escucha, chico! —advirtió con voz potente—. Te has metido en un lío gordo. El viejo Bradley era amigo de un jefazo allá en Chicago, y se va a abrir una información. Vendrán por aquí: no te va a ser fácil colocarles a ellos ningún cuento: ¡te sacarán del cuerpo hasta cómo de pequeño le robabas la calderilla a tu madre!

Benson se puso en pie tras de su mesa, congestionado cual un toro enfurecido.

—¡Llévenselo de aquí! —rugió.

Maculay llegó al lado de Horacio, señalándole con el índice mientras se exasperaba con el teniente.

—¡No tanta prisa, sargento! Quien manda aquí es el jefe superior de policía Horacio Watrous, y él desea que se aclaren las cosas so pena de incurrir en falta con Chicago. ¿No es cierto, Watrous?

El hombrecillo movió la cabeza en dirección imprecisa.

—Usted, Benson —prosiguió Dan—, no puede desautorizar a un superior.

—¡No venga con camelos, ni intente catequizarle!

—¿Insinúa usted que el jefe de policía es fácilmente sobornable? ¡Hable, Horacio; dígale usted quién da órdenes aquí!

El fabricante de salchichas empezó a tartamudear algo, interrumpiéndole el teniente con voz asfixiada:

—¡Queda aplazado este interrogatorio hasta otro momento!

—¡Bien! —coreó Daniel—. ¡Le diremos a Randolph Simpson que usted dio lugar a que asesinaran un posible testigo retrasando los procedimientos policiales! —Volvióse hacia Paroli— ¡Porque eso es lo que te va a ocurrir, chico! No esperes salir con bien de este asunto; eres demasiado blando, y ellos lo saben. No querían exponerse a que Simpson te apriete las clavijas y cantes más alto que un coro de monaguillos. Te matarán, ¡no lo olvides!

Paroli apretaba los labios, impresa cierta palidez en su cara, en tanto que Benson gesticulaba dolorosamente, como si tuviera pillado un dedo con el cajón de la mesa. Al fin dijo roncamente:

—¡Esta usted coaccionando al muchacho para que haga una falsa declaración!

—Todo lo contrario, sargento; intento hacerle comprender su equivocación. Se ha embarcado en un mal negocio, y teme dar marcha atrás. —Escupió el resto de las palabras despectivamente a Paroli—: Tienes todavía los dientes de leche, rata; lo sé por experiencia. Me hubieras regalado la foto de tu novia, con tal de que no le hubiese golpeado más la otra noche.

El joven saltó hacia delante arqueando el lomo como un gallo de pelea. Tenía los ojos desorbitados cuando chilló descompuesto:

—¡Eso es mentira!

«Hurricane» dio una zancada agarrándole por las solapas para gritarle en la caía:

—¡Me pediste incluso que te matara antes que seguirte pegando! ¡Temblabas como un bebé metido en un cubo de agua fría…!

—¡Usted me cazo a traición…!

Cuando quiso darse cuenta que acababa de hablar demasiado, ya era tarde. Desconcertado, llevóse una mano a la boca, mirando embobadamente a todos los circunstantes. Maculay riendo con salvaje alegría hizo trepidar las paredes de la habitación al dirigirse a Benson, sin dar tiempo a que Paroli intentara desmentirse:

—¡Ya lo oye, Benson… y usted! Horacio Simpson se morirá de risa cuando se entere de lo crédulos que resultan algunos de sus subordinados.

—¡Tenga cuidado con lo que dice, Maculay! —intervino el teniente.

El italiano hacía burbujas con la garganta, como si fuera a romper a llorar.

—¡Lo de la pelea con usted fue el día antes!

—De acuerdo, hijo. Fuiste a la cárcel y pediste permiso para entrar a pegarte conmigo. Ese día todavía estaba yo cancelando las consecuencias de un crimen parecido a éste.

Horario Watrous calóse las gafas para mirar reprobatoriamente con sus ojos miopes la derrotada estampa del italiano. El resto de los presentes, con Benson a la cabeza, contemplaban al muchacho sombríamente.

—Joven, joven —cacareó el jefe superior de policía—, ¿por qué ha mentido? No está nada bien eso que intentaba hacernos creer.

—Déjele, Watrous, déjele que se marche en libertad —clamó Maculay, intencionadamente—. Dentro de media hora estará como una zorra acosada frente a un bosque de escopetas. Aunque corrieras a más velocidad que un cohete, muchacho, no te valdría de nada: tú estás enterrado ya del todo. Es mejor que de aquí te vayas derecho al cementerio.

En verdad, la palidez de Paroli era comparable a la de un muerto. Con voz balbuciente replicó:

—No sé de qué me habla…

—No te preocupes, ya habrá quien te refresque la memoria. ¡Suéltele, Watrous! Cuando vea el recibimiento que le tienen preparado fuera, intentará volver corriendo aquí dispuesto a hablar hasta que se le rompan las cuerdas vocales.

—¡Ustedes no pueden dejarme ir! —lloriqueó el muchacho, ya completamente desmoronado—. No pueden hasta… hasta que se aclare… esto.

—¿Quién le ha mandado que declarara en falso, joven? —Horacio hizo la pregunta con su soniquete característico.

El italiano sudaba por todos los poros de su rostro, acumulándose el agua en el borde de los tafetanes.

—No… no sé… —tartamudeó.

Maculay avanzó hasta él enganchándole de la corbata.

—¿Quién te metió en esto? ¡Contesta! —Unió la acción a la palabra estrellándole en la cara una soberbia bofetada.

El italiano se tiró al suelo, donde quedó hecho un ovillo.

—¡Fue Luigi, Luigi…! —sollozó ruidosamente.

Benson había salido amenazadoramente de detrás de la mesa caminando hacia Maculay.

—¡No vuelva a ponerle la mano encima al detenido! —tronó.

—No hace falta, sargento; pese a su incapacidad como oficial de policía, el chico ya ha dicho cuánto era necesario. Usted lo ha oído, Watrous: Luigi Spiros, lugarteniente del honrado ciudadano Clayton… Ahora procedan como mejor les parezca; yo de aquí me voy a telefonear a Chicago. Les participaré que cuando abandonaba este local, salían a prender al acusado Luigi.

El honorable Horacio Watrous tenía las gafas empañadas, lo que impedía ver sus ojos; no obstante, a juicio de Daniel, el resto de su cara resultaba estúpidamente bovina hasta para un fabricante de salchichas.

Sin despedirse, volvió la espalda, saliendo de la habitación.

CAPÍTULO XII

Tardó casi veinte minutos en conseguir la comunicación con Randolph Simpson, en Chicago. Al final, la voz del superintendente de policía dejóse oír al otro extremo del cable.

—Soy Daniel Maculay, señor Simpson… Como sospechaba, Bradley fue encontrado ayer en las afueras de la ciudad con el cráneo destrozado.

El otro emitió un ronquido, guardando varios minutos de expresivo y doloroso silencio.

—¿Qué tiene usted que ver con todo esto, Maculay? —Gruñó el superior.

—Más de lo que yo quisiera. En principio intentaron cargarme a mí el mochuelo buscando un tipejo para que hiciera una falsa declaración. Menos mal que acabó diciendo la verdad; le mandó un lugarteniente de Ronco Clayton, el amo de la ciudad. Todo estaba bien apañado, y me consta que con la colaboración del teniente Benson del Departamento de la localidad.

—¡Esa sola acusación a un funcionario de la policía puede costarle un disgusto, Maculay! Hoy mismo intervendré yo en el asunto, pero procure que no le encuentre metido por en medio. Está usted andando sobre un suelo de cañizo: pise un poco fuerte, y se hunde para siempre. Ya lo ha oído: no cuenta usted con mi simpatía, y es posible que pague las consecuencias de todo lo que pueda ocurrir ahí.

—No es que esté muy dispuesto a contrariarle, señor —repuso «Hurricane» sin variar su tono respetuoso—, pero en contra de mi voluntad estoy metido en esto hasta el cuello. Detrás de la muerte de Bill Bradley hay más fondo del que usted se imagina.

Se oyó cómo al otro lado cortaban la comunicación después de lanzar la enfurecida voz de Simpson un atronador denuesto. Daniel colgó a su vez el auricular, y metió otro níquel en la ranura del

aparato e hizo girar nuevamente el disco para marcar el número de Cisne. El aparato fue descolgado, atendiendo una voz de hombre la llamada.

—¿Hallo?…

Era una voz cansada, suave, que Maculay reconoció al instante perteneciente a Milo Knot, el chófer de botas relucientes y botones dorados. Puso el pañuelo sobre el auricular procurando variar su dicción al hablar precipitadamente.

—¿Milo? Aquí el teniente Benson —intentaba imitar la voz del mismo—. Tengo que dar un recado urgente a Ronco. ¿Dónde está?

—En el Club de Golf, pero no se le ocurra ir allí para molestarle —dijo el otro—. ¿Qué es lo que desea usted?

Daniel repuso que era con Clayton con quién quería hablar, cortando seguidamente la comunicación, asombrado de la facilidad con que Milo había sido engañado, porque su remedo de la voz de Benson fue bastante burdo.

Subió a un taxi que en menos de veinte minutos trasladóse a las afueras hasta el edificio con tejado de pizarra del «Aurora Golf Club». En el bar, alguien le informó que el señor Clayton se hallaba corriendo unos hoyos por el lado este. «Hurricane» atravesó el chalet, saliendo a las verdes explanadas de juego.

Según se acercaba por la pista indicada, pudo descubrir a distancia la figura de Clayton en compañía de un hombre bajito. Ambos no advirtieron su presencia hasta que estuvo materialmente encima. Aroma Ashley, el diminuto abogado, fue el más sorprendido.

—Buenos días, señores —saludó Daniel, ceremoniosamente.

Ninguno de los dos jugadores se dignó responderle. Ashley cambiaba su bastón de mano a mano como si estuviera haciendo juegos malabares. Transcurridos unos instantes, Ronco llevóse a la boca la canilla de plata para reproducir su gangosa fonética.

—¿Qué quiere? —preguntó.

Maculay hacía bailar en ese momento sobre la palma de su mano la blanca pelota de carne de ballena.

—Una mala noticia, Clayton, aunque usted ya debe figurarse algo al verme aquí disfrutando de la primavera.

El otro le miraba fijamente apretando entre sus labios el tubo metálico.

—Angelo Paroli —añadió Dan—, el chico ese que echaron contra mí, ha cantado la gallina acusando a Luigi, su secretario, de haberle encomendado el asunto del muerto.

Los músculos del rostro de Clayton se endurecieron. Aroma contemplaba ahora el puño de su bastón con atención exagerada. Ronco justificó su apodo produciendo a través del tubo un sonido más destemplado que nunca.

—¿Por qué cree que me interesa a mí toda esa fábula?

—¿A quién, si no?… Luigi es como si dijéramos su mano derecha. Benson, en compañía del honorable Horacio Watrous, ha ido a detenerlo. No lo encontrarán porque en esta ciudad existe un sistema de telepatía bastante eficaz, pero ya habrá quien le eche el guante. Lo peor es eso, Ronco. Ayer estuve en Chicago visitando a un jefazo de la Policía del Estado que quería a Bradley como usted quiere a sus dientes. No hará ni media hora que le he puesto al tanto de todo lo ocurrido. Pasará la ciudad por un colador; en el preciso momento en que para usted o sus empleados (me da lo mismo) están las cosas muy feas.

La palidez de Ronco armonizaba con el gris de su cabello. Sólo sus pupilas tenían vida; un fulgor abrasador, impetuoso, de cólera mal reprimida.

—Si acabó con su sarta de embustes, váyase —ronqueó—. Más tarde le dirán lo que se hace aquí con los difamadores.

Daniel, sonriendo burlón, se encogió de hombros y, arrojando la pelota al suelo, les volvió la espalda. Sólo cuando llevaba andados varios pasos, girando sobre sí, hizo como si recordara, algo.

—¡Ah, Clayton! Lo único que me recrimino a mí mismo es el haberle hecho el favor de destruirle su garito.

Tanto Ronco como el abogado se enderezaron como si hubieran sido pinchados a la vez con un hierro candente. El primero apretando el tubo entre los dientes, emitió unos leves silbidos.

—Lo siento —prosiguió «Hurricane», imperturbable—, porque de no haberlo realizado, ahora se hubiera presentado de improviso Randolph Simpson desde Chicago, atrapándole con las manos en la masa.

Ronco avanzó dos pasos con el *stick* en la mano como si fuera a rompérselo en la cabeza, manteniéndose Daniel desafiantemente quieto.

—¿Conque fue usted, eh? ¿Por qué lo hizo? —Gorgojeó acaloradamente.

Maculay miró al abogado, pequeño y ridículo embutido entre sus bombachos y la enorme visera de una gorra blanca. Sonrió venenosamente al decir:

—Pregúnteselo a ése; él fue quien me ofreció diez mil pavos por hacer el trabajo.

Aroma se agarró al bastón de golf con las dos manos para no caerse al suelo. La sorpresa agarrotó su lengua, tartamudeando unos instantes antes de poder romper a hablar.

—¡No… no… es… cierto; no, no…! —chilló, aterrado.

Ronco repartía furiosas miradas entre los dos como si fueran venablos.

—¡Vamos, Aroma, no porque le diga usted la verdad va a perder más en la ruleta! —arguyó Daniel. Dirigióse nuevamente al encorajinado Clayton—: Me propuso él que limpiara la ciudad por encargo de un cliente, a cambio de diez mil machacantes. No es difícil suponer que el tal cliente no existe. Envidia su posición, Ronco, y supone que eliminado usted, le sería fácil hacerse el amo de Aurora.

—¡¡Mentira, eso es mentira!!… —El abogado se puso a gritar como si le fuera a dar un amago de epilepsia.

Maculay sonreía con los dientes apretados.

—No se esfuerce, renacuajo; usted me encomendó una limpieza total, y su persona forma parte de la mugre de esta ciudad. Si quiere pruebas de ello, Ronco, no tengo más que darle la numeración de los billetes que me entregó; estoy seguro de que confrontarán con alguna extracción hecha ese mismo día en su cuenta corriente.

—¡Fuera de aquí los dos… fuera de aquí…! —rugió, ininteligiblemente, el congestionado Clayton.

Aroma fue a decirle algo en implorante actitud, cruzándole el otro la cara con el mango de su palo de golf. El abogado dio un grito, llevándose la mano a la boca para retirarla llena de sangre.

—¡¡Fuera!!… —volvió a tronar Clayton.

«Hurricane» pasóse la lengua por los labios como si saboreara algún exquisito plato.

—Hasta la vista, Ronco —dijo despidiéndose correctamente.

Aroma había empezado a caminar a su lado, con un pañuelo

puesto sobre la cara.

—¡No vuelva a cruzarse en mi camino, Maculay! —graznó desacompasadamente la voz asfixiada de Clayton a sus espaldas—. ¡Aunque nos hundamos todos… Sin excepción, apártese o tendrá que lamentarlo por partida doble!

«Hurricane» se volvió a él, mirándole fríamente. Le temblaba la voz cuando advirtió:

—Procure no mezclarla a ella en esto, porque si así fuera le mataría, Ronco, le mataría poco a poco arrancándole la carne a pedazos.

Alejóse a grandes zancadas, alcanzando a los pocos minutos la temblorosa figurilla del abogado, que caminaba hacia el chalet precipitadamente. Al oír el ruido detrás de sí dio un respingo, lanzando una exclamación ahogada.

—Está asustado, ¿eh, Aroma? —observó Daniel.

—¿Por qué ha hecho eso? —gimoteó el hombrecillo.

—Yo podía a mi vez preguntarle que por qué ayudó hace cinco años a Clayton a colgarme un crimen que no había cometido. Fue Milo Knot, y usted lo sabe; solamente un hombre experimentado en la lucha como él hubiera podido hacerlo. Ignoro por qué circunstancias: en aquella época, él y Clayton eran dos muertos de hambre. Quizá usted los pagó para que lo ejecutaran, eliminándome a mí, qué constituía una continua amenaza para la seguridad de sus sucios clientes.

Ashley había apartado el pañuelo de su rostro para mirar a Maculay con gesto sorprendido. El golpe de Clayton habíale partido el labio superior y la mejilla. Osciló la cabeza levemente, pretendiendo negar las acusaciones del expolicía.

—No se moleste en desmentirme, Aroma; usted ya no me preocupa. Le matarán de un momento a otro; quiero decirle que ese día, en honor a sus funerales, consumiré una botella de *whisky*.

El abogado se cimbreaba nervioso, impreso el terror en su tumefacta cara. Visto ahora parecía un lastimoso monstruo.

—¡¡Me matarán… me matarán por culpa suya!!… —chilló.

—Por culpa suya, Ashley, la ciudad hierve de corrupción y crímenes. Usted inició la tragedia haciendo que me destituyesen y me mandasen a la cárcel. Luego le salió el asunto mal, granuja; Ronco apareció nuevamente por aquí antes siquiera de que usted

hubiese tenido ocasión para hacerse con las riendas de Aurora. Éste era un bocado demasiado apetitoso para una sola rata; debió darse más prisa, Ashley. Al final, lo único que va a sacar es un entierro de tercera.

—¡¡Usted me traicionó… yo le di dinero…!! —repuso llorando.

—Nadie me va a resarcir de todos los perjuicios que se me han ocasionado; ese dinero es, como si dijéramos, una especie de indemnización.

Habían llegado ante el chalet del club. Ambos atravesaron el bar, cubierta Aroma su cara por el pañuelo enrojecido. La gente les miró al pasar. En la puerta, el abogado dirigióse a un vistoso descapotable color cereza.

Ashley puso en marcha el motor con una mano, mientras Maculay le hablaba apoyado en el estribo.

—No debiera darle ningún consejo, Aroma, pero a fin de cuentas, haciéndolo puedo beneficiarme también yo. Ronco no le matará si toma usted medidas de seguridad para ello. Escriba una carta autógrafa diciendo todo lo que sabe: la verdadera muerte de Nick Paroli, los asuntos sucios de Clayton, y lo que no ignore sobre Bill Bradley y la mujer asesinada. Amenace a Ronco con hacer llegar a manos de la policía todo esto, caso de ocurrirle algún accidente.

El abogado pronunció con dificultad las palabras a través de su boca que empezaba a hincharse.

—Usted se cree siempre muy listo, Maculay, pero tropezó una vez… y tropezará más veces.

E hizo arrancar el coche sin más explicaciones.

Daniel subió a su taxi, que le aguardaba pacientemente, dando la dirección de su casa en Aurora. Por el camino se entretuvo pensando en lo aparentemente fáciles que le parecían ahora las cosas. Sólo la muerte de Bill Bradley y la mujer de Jeff Raines hacían que su cerebro bullera sin hallar a los dos asesinatos una explicación lógica.

En el domicilio de Ellen, ésta ultimaba los preparativos de la comida.

—Dan, ¿estás seguro que resides en mi casa? Me parece que te has buscado alojamiento en otra parte.

Él sonrió, deshaciéndole el lazo de la bata.

—Estuve en Chicago. Fui al teatro, y una chica rubia me estuvo explicando la poca importancia que tiene el que uno se equivoque de habitación.

—Será cosa de ponerse pestillo —dijo ella, sonrojándose. Luego varió de conversación, añadiendo rápida—: ¡Ah, Dan! Te han traído un paquete por correo; está en tu cuarto.

Maculay fue a su habitación desatando el bulto sobre su mesa. Los recortes de periódicos que encargara de seleccionar a la agencia de Chicago formaban un montón bastante regular. Empezó a repasarlos con avidez, releyendo su texto.

Todos ellos hablaban de Drusko como de un acaudalado monopolizador de negocios poco claros. De vez en cuando se citaban cantidades donadas a alguna entidad benéfica, dejando siempre entrever la finalidad de captarse con estos estudiados óbolos la simpatía pública. De todas formas, a Jeff Raines (los recortes sólo mencionaban el nombre de Drusko) se le veía a través de alguna información gráfica rodeado y en amigable contacto con lo más selecto de la populosa ciudad.

La voz de Ellen sonó desde el comedor:

—¡Dan, a la mesa!

El aludido iba a aplazar su examen, cuando uno de los recortes le retuvo clavado en el sitio como si acabara de quedarse paralítico.

Permaneció así largo rato contemplando el recorte con la mirada dura como el granito.

Ellen apareció en el marco de la puerta.

—Vamos, Dan, deja eso, se enfría la comida.

—Estoy trabajando; déjame ahora —repuso suavemente.

—Pero, Dan, luego seguirás. Eso puede…

—¡Déjame! —atajó ásperamente. Y la mujer, después de mirarle unos segundos estupefacta, desapareció de la habitación.

Daniel cerró la puerta por dentro, volviendo nuevamente sobre los recortes. Más de una hora larga le llevó el examen; al final guardó los papeles en un cajón del armario, repasando únicamente el que primero atrajera su atención. Luego, entornando las contraventanas, tumbóse pesadamente en el lecho con los zapatos puestos.

El tiempo transcurrió para él de forma ignorada, concentrada su imaginación en algo absorbente. Oyó cerrarse la puerta de la calle:

Ellen se alejaba a sus quehaceres habituales. Pronto los cigarrillos consumidos llenaron por completo el cenicero sobre la mesilla; Daniel extrajo del armario otro paquete, continuando en su tumbada posición fumando despacio con los ojos cerrados.

El hilo de luz que se filtraba a través de las entornadas ventanas fue debilitándose hasta desaparecer. Por vez primera, desde hacía siete horas, Dan pareció volver a la realidad, mirando en la oscuridad las manillas luminosas de su reloj. Levantóse perezosamente de la cama caminando hasta la ventana, que abrió de par en par. El aire fresco de la noche inundó el ambiente enrarecido de la habitación. Maculay respiró profundamente, perdida su expresión en el raso azul oscuro del horizonte.

A distancia oyó el timbre del teléfono; descorrido el pestillo de la puerta, anduvo hacia el aparato sin ninguna prisa. Ellen todavía no había regresado, pareciendo la casa doblemente oscura y silenciosa.

—¡Halo!

—¿«Hurricane»? Soy Ashley…

—Por lo que oigo, todavía está usted vivo.

—¡Déjese de bromas. Maculay, necesito hablarle en serio! —La voz del abogado sonaba angustiada, susurrando las palabras como si temiera ser oído—. He estado pensando en su proposición, «Hurricane». ¿Qué sacaría yo en limpio si escribiera esa carta que me dijo?

—En primer lugar, yo no le propuse nada; le di una idea: el llevarla a cabo o no es sólo asunto suyo.

—¡Maculay, usted debe ayudarme!… —suplicó el otro—. Clayton es más peligroso cuando medita las cosas fríamente… Desde esta mañana no he regresado por mi casa… Todavía mantengo mi trato; ayúdeme. «Hurricane», a salir de ésta y le daré veinte mil dólares.

La sonrisa del policía sonaba hueca, cavernosa, al retumbar sobre la cavidad del auricular.

—No se trata de dinero, Ashley —replicó glacial—. Nunca se trató de dinero: hay cosas que no tienen precio.

—¡Pero usted desea verse rehabilitado… por algo ha hecho todo esto… hay muchas cosas que todavía ignora…!

—Ya no ignoro nada, Ashley —repuso sombríamente—. En

cuanto a los motivos que me impulsaron a meterme en esto, ni los sabe usted, ni le importan en absoluto.

Hubo un corto silencio, sin que las voces de ambos hombres se cruzaran a través de los hilos; por fin Aroma, se dejó oír, vencido, acabado; por eso quizá más humano que nunca, hasta el extremo de llegar Daniel a compadecerle.

—Maculay… ya no pretendo nada más que salvar mi vida. No puedo huir a ninguna parte. Usted es un hombre honrado, y tiene que sentir piedad de mí… —hizo una pausa, sintiéndole Daniel, sollozar—… He escrito la carta que usted me sugirió: la tengo guardada en mi caja de caudales. Yo no he matado a nadie, «Hurricane»; reconozco que he perdido… ¿qué más puedo decirle?

—¿Dónde está usted ahora, Ashley?

—En mi bufete, Main Street 102. Es el piso octavo; la puerta primera. Me he encerrado, por dentro, porque me parece que me vigilan. Llame dando sobre la puerta dos golpes espaciados y luego tres rápidos… Si puede, venga acompañado por la policía.

—La policía todavía es Benson. Ignoro si Randolph Simpson ha enviado ya alguien a Aurora; hasta que no tengamos la certeza, hay que andar precavidos. ¿Tiene pistola?

El otro respondió afirmativamente, y Maculay, despidiéndose de él, colgó el aparato.

Quien le hubiera visto frente al espejo haciéndose cuidadosamente el nudo de la corbata, ni remotamente habría sospechado que tras esa actitud impávida de dedos serenos, cuidadosamente lentos anudando la seda, Daniel Maculay, alias «Hurricane», vibraba intensamente en toda su moral anatomía.

Antes de abandonar el piso detúvose unos instantes contemplando pensativamente el teléfono. Por dos veces alargó el brazo con intención, de tocarlo, introduciendo al fin su dedo índice en la rueda numerada.

Marcó el número de Cisne. Sintiendo la llamada al otro extremo, le latió el corazón con fuerza dentro del pecho.

—¿Hallo…?

La voz perezosa de Milo le llegó a través del hilo. Daniel taponó el auricular y cortó la comunicación en silencio.

Tenía el rostro serio, dolorosamente contraído cuando salió a la calle.

El 102 de Main Street era un moderno edificio de apartamentos comerciales. Maculay apretó el botón del octavo piso dentro del ascensor, deteniéndose éste suavemente en la planta de referencia. Al abrir las puertas del cajetín, una pesada atmósfera de humo, invadió su olfato.

Con un solo golpe de vista advirtió la puerta del abogado a la izquierda del elevador. Una placa grabada en metal indicaba su nombre y las horas de visita. Aquí el olor a quemado se respiraba más intenso.

Golpeó sobre la madera como le indicara Ashley, descubriendo al mirar hacia el suelo el borde inferior de la puerta chamuscado hasta hacer saltar el esmalte. Sin esperar respuesta oprimió el picaporte, franqueando la entrada con rapidez.

El humo anegaba la habitación, haciendo casi imposible la visibilidad. Daniel fue hacia un amplio ventanal al fondo del despacho, abriéndolo de par en par.

A la única luz, proyectada por una lámpara portátil, descubrió el cadáver de Aroma Ashley. Estaba sentado detrás de la mesa, sobre un sillón demasiado grande para su enjuto cuerpo. El halo de luz del flexo, alcanzaba solamente a iluminar una mano como la cera, posada sobre la piel corinto de una carpeta; el resto del cuerpo quedaba en la penumbra. Aun así, a través del humo que ya se iba disipando, pudo Maculay apreciar sus ojos vidriosos desmesuradamente abiertos, y el redondo boquete en la frente, donde todavía se deslizaba la sangre resbalándole como un lento manantial por el centro de la cara.

CAPÍTULO XIII

Avanzó hasta el hombrecillo tocándole la mano que colgaba inerte a un lado del sillón, pudiendo notar que aún estaba caliente.

A sus espaldas sonó un ligero ruido que hizo volverse a Maculay despacio, sin el menor indicio de emoción o sorpresa.

Benson, con su mano izquierda todavía apoyada en el abridor de la puerta de comunicación, le apuntaba con una pistola sonriendo bestialmente.

—Mire, Ronco: tenemos visita —se hizo a un lado para dar paso al mencionado, precedido a su vez de uno de los hombres que Dan recordara haber visto esa misma mañana vestido de uniforme en la Jefatura.

—Una agradable reunión —comentó, entre dientes, Maculay—. Sólo falta el desinfectante y un buen cubo para la basura.

Los tres hombres empuñaban armas dirigidas con precisión al cuerpo de Daniel. Fue Clayton quien primero avanzó, situándose ante él con la mesa por en medio; bailaba el tubo de metal entre los labios como si estuviera fumando un «Partagás».

—Hasta aquí le hemos dejado llegar, Maculay —susurró afónico —. Debiera haberle matado antes, y el asunto no se presentaría ahora tan complicado De cualquier forma, si las cosas no salen del todo bien, usted no va a tener ocasión de enterarse.

«Hurricane» rió sordamente.

—Hay demasiada sangre por medio, Clayton. El único consuelo que me queda, es que nos reuniremos todos en el infierno.

Intervino Benson:

—¿Sabe cómo va a acabar realmente? ¡Seguro que no lo supone! Usted ha matado a Ashley, esta vez no tendrá escape. Lo ha hecho con la pistola que durante la pelea le quitó a Angelo Paroli, todavía tiene sus huellas.

«Hurricane» empezó a deglutir la saliva con dificultad.

—¡Y qué adelantarán con eso! —protestó—. ¡No se trata de demostrar una sola muerte! Cuando llegue Simpson…

—Ya lo sé, ya lo sé… —Atajóle el otro—. Todo está perfectamente meditado, entrometido exteniente. Esta tarde hablé por conferencia con el viejo Randolph en Chicago. Usted no goza de sus preferencias, y sería al último a quién creyera. Por eso hemos preparado esto.

Clayton había vuelto a retroceder, situándose a su derecha. Parecía no prestar atención a las palabras de Benson, fijos sus ojos profundos sobre «Hurricane».

—¡Queda Paroli como testigo con su falsa declaración! —argumentó Daniel—. Horacio Watrous estuvo delante; es un imbécil, pero obrará honradamente.

—Desde luego, Maculay —asintió Benson, suavemente—. Y hasta está convencido de que el verdadero asesino de Bill Bradley es usted. Esta tarde volvió a prestar declaración, Paroli. No niega, efectivamente, que se pegara con usted; precisamente en el callejón donde el viejo tenía su oficina —mintió—. Angelo ha firmado en su declaración que le vio salir de allí. Lo de la pelea pudo ser acto seguido. Usted mató a Bradley cerca de la carretera 30, quizá porque el viejo le repudiaba como consecuencia de haber sido degradado, negándose a ayudarle. Luego le sustrajo las llaves, trasladándose a su casa con el ánimo de robarle. Cuando se practique el registro de su propio cadáver, Daniel, le encontrarán encima ambas cosas; las llaves de Bill, y dinero todavía manchado con la sangre del viejo.

—¿Y Luigi? ¿Qué me dice de «ése»…? Paroli le acusó delante de Watrous de haberle instigado a declarar en falso. Randolph no es idiota, y le hará declarar cuantas veces crea necesario hasta quedarse bien convencido del todo.

—¡No sea necio, Maculay! Paroli le contó a Luigi lo de la pelea, y éste le aconsejó que declarara en falso a fin de hacer resaltar más su culpabilidad en la muerte de Bradley.

El pistolero a espaldas de Benson se chupó una muela, haciendo un extraño ruido. Clayton sólo daba señales de vida, a juzgar por el tubo que rumiara inquieto de un extremo a otro de la coca.

—En cuanto a Luigi —prosiguió Benson, implacable—, será una pena que jamás de nadie con él; se ha escapado cuando íbamos a

detenerte, con más suerte que Angelo Paroli. Él intentará la misma proeza esta noche; habrá inclusive quien le facilite la huida, pero por otro lado le descubriremos a tiempo viéndonos obligados a abrir fuego. Será una pena que no pueda interrogarle Simpson.

Maculay rechinó los dientes.

—Son demasiadas muertes, Benson, para que salga todo bien, demasiada gente mezclada. Un día u otro, alguien hablara, y ante el temor de que eso ocurra, unos y otros empezarán a devorarse entre sí…

—Es la única solución; usted la ha provocado. Cada cual se arreglará luego como pueda, como final diré al viejo Simpson que Aroma me llamó asustado por teléfono. Quería que viniera a protegerle contra usted. Le había amenazado por actuar como acusador privado en el juicio que le fue seguido hace cinco años. Cuando llegué en compañía de este agente, usted acababa de asesinarle en un acceso de ira vengativa. Para que le franqueara la entrada se valió de la estratagema de quemar un trozo de esterilla por debajo de la puerta, desde la escalera. Luego seguidamente daría la alarma de fuego, fingiendo algún ruido exterior. Aroma, al ver el humo filtrarse por la rendija, cayo ingenuamente en la trampa; abrió, discutieron y usted lo mató.

«Hurricane» hizo un movimiento de cabeza.

—Así que, ése fue el procedimiento de que se valieron ustedes para que Ashley bajara el puente levadizo, ¿no?

—El picapleitos siempre tuvo más miedo que inteligencia; el miedo siempre enturbia el cerebro. Y así acaba la cosa, Maculay. —Volvióse al pistolero que estaba a su espalda—. Troy, cierra esa ventana, no quiero que se oiga mucho ruido desde la calle.

El hombre obedeció, caminando hacia la cristalera.

El humo ya se había desvanecido por completo. Fue entonces cuando «Hurricane» descubrió el cajón entreabierto cerca de la mano colgante del muerto. La cacha marfileña de un revólver, brillaba, mortecina a la luz de la lámpara. Por la posición de Aroma, calculó que en el supremo instante de ir a morir, intentó alcanzar el arma. Con el humo reinante en la habitación, ninguno de los tres hombres debió de advertirlo en el momento de cometer el crimen.

El secuaz de Benson, intentaba en ese momento, inútilmente,

cerrar la ventana con su mano izquierda. Maculay calculó la distancia hasta el revólver, procurando ganar algo de tiempo.

—Le quedan varios puntos en el aire, sargento —dijo socarronamente—. Cuando Simpson investigue, sabrá que Drusko o Jeff Raines, era socio de Clayton, haciéndose este sospechoso de su muerte.

El mismo Ronco intervino para aclarar este extremo.

—No tiene por qué averiguarlo: nadie a excepción de los presentes, incluido el muerto, sabe nada de la doble identidad de Jeff Raines.

Maculay sintió su frente perlada de sudor: guardaba su baza oculta en la manga para último extremo; pero ésta era una jugada desesperada.

—De acuerdo, Ronco: y hasta la mujer que fue arrojada por la ventana pudo ser un asesinato de los muchos que se cometen en una ciudad, sin relación alguna con Jeff Raines y todo este maldito lío. Pero queda algo, un último testigo a quién ustedes no podrán quitar la vida dos veces. ¡Está aquí, sobre el sillón, con un boquete abierto en la cabeza! Queda él para desmentirles. Me han gustado mucho sus ingeniosas explicaciones, escuchándolas con interés hasta el final. —Ambos hombres le miraban con el entrecejo fruncido, aguardando el resto de sus palabras—. ¿Por qué creen que he venido aquí? Ashley me llamo; estaba dispuesto a entregarse a la policía. En prevención a que pudieran matarle, esta misma tarde escribió una carta confesando todo cuanto sabía, empezando por el asesinato de Nick Paroli, que entre todos cargaron sobre mis espaldas. ¡Obraron muy rápido, Benson! ¡Si le hubieran dado tiempo a explicarse, quizá les hubiera dicho que guardaba la mencionada carta en su caja de caudales!

Señaló con el dedo un cuadro a espaldas de los dos hombres, volviendo éstos a un tiempo, irreflexivamente, la cabeza. El secuaz de Benson, enfrente de Maculay, todavía forcejeaba con la ventana. Fue esta fracción de segundo la que aprovechó Daniel para lanzarse al suelo, cubriéndose con la mesa.

Su mano tocó el revólver en el cajón, al mismo tiempo que tiraba del cable de la lámpara, dejando la habitación en tinieblas. La sorpresa hizo que los tres pistoleros reaccionaran tardíamente, rasgándose la oscuridad con la llama de tres fogonazos.

«Hurricane» sintió las astillas de madera rebotarle en la cara. Apretó el gatillo de su arma con dirección a la ventana, oyendo el golpe de un cuerpo al chocar contra el suelo. Dos nuevas detonaciones iluminaron fugazmente el espacio, pero ya «Hurricane» había rodado por la alfombra al otro extremo de la mesa, respondiendo casi al unísono con dirección a uno de los fogonazos. Con salvaje alegría oyó un quejido angustioso, acompañado del ruido de un mueble al volcarse estrepitosamente. Luego, todo quedó profundamente silencioso.

Daniel sabía, que ahora se enfrentaba contra un solo revólver; la seguridad fue creciendo por momentos en su ánimo, sintiéndose dominador de la situación. Con el mayor sigilo posible deslizóse sobre la alfombra, arrastrándose sobre sus codos procurando contener el ruido de la respiración. Sabía que en alguna parte de la oscura habitación, un asesino, con los sentidos tensos, aguardaba el menor indicio para disparar a quemarropa.

Repentinamente, frente a sí, en el otro rincón del despacho, sonó un ruido claramente audible, excesivamente delatador para que no resultara intencionado. Maculay apretó los dientes, haciendo un esfuerzo para no oprimir el gatillo. Su enemigo le provocaba, haciéndole reclamo como un cazador de codornices.

Arrastróse unos centímetros con la silenciosa elasticidad de un gato, tocando una de sus manos algo frío y espeso como un charco de pintura. No pudo reprimir un escalofrío al limpiarse contra la alfombra la sangre coagulada de Aroma Ashley. Se hallaba junto al sillón donde reposaba el hombre muerto. Al tacto pudo tocar su mano colgante, rígida y fría como modelada en mármol. Instintivamente intentó apartarse de allí, tropezando involuntariamente su pie con una papelera.

La respuesta de su oponente no se hizo esperar; a su derecha sonaron tres detonaciones casi seguidas, y el cuerpo de Aroma Ashley acogió de lleno la rociada de plomo, cayendo al suelo a efectos de los impactos.

«Hurricane», debajo de la mesa, oyó el ruido de la cabeza del abogado al rebotar contra la alfombra. Fue el inimitable sonido de un cuerpo humano al caer abatido; esto mismo debió de pensar el agresor de Maculay, perdiendo por completo su cautela. Daniel precisó su respiración profunda, victoriosa, como la del buzo que al

fin sale a la superficie. Tras el primer disparo, vio fugazmente un bulto movible agazapado junto a un sillón, y su dedo estuvo apretando el gatillo, hasta que el percutor encontró el vacío.

Completamente bañado en sudor, esperó la fatal respuesta, pero el negro silencio de la habitación ahora sólo se veía turbado por el silbido penetrante de una respiración moribunda, casi ahogada.

Daniel incorporóse lentamente. Avanzando hacia la puerta de entrada, tropezó en mitad del camino con un cuerpo tumbado que casi le hizo caer. Saltando por encima del macabro obstáculo fue hasta la pared, buscando al tacto la llave de la luz que encendió sin ningún género de precauciones. Cuando la araña del centro iluminó la estancia, Maculay contempló la escena encogiendo el estómago.

El hedor a pólvora invadía la estancia, haciendo el aire irrespirable. Tragó saliva paseando su mirada por la alfombra salpicada de sangre, donde los cuerpos retorcidos de cuatro hombres, componían un impresionante cuadro de desolación. Las balas habían perforado paredes, cuadros y muebles, llenando de orificios todo el despacho.

Junto a un agujereado sillón de piel; Ronco Clayton, con el cuerpo teñido de rojo, respiraba dificultosamente. Maculay, acercándose, le levantó la cabeza.

Frunció el entrecejo al descubrir la herida de bala que el hombre presentaba en el cuello; hasta última hora, la desgracia se cebaba en la garganta de esta hombre.

Miró a «Hurricane» con ojos vidriosos cuando este hablóle cerca de la cara.

—¡Clayton… Clayton! ¿Dónde está Cisne?… dígame dónde está Cisne…

El moribundo abría su boca intentando aspirar, igual que un pez fuera del agua. Daniel introdujo entre sus labios la boquilla de plata manchada de sangre.

—¡Vamos, Clayton… se está usted muriendo… debe decírmelo!

Pero ya el hombre de ojos hundidos había dado un ronquido profundo, resbalando el tubo de metal de entre sus labios. Daniel depositó con cuidado su cuerpo sobre la alfombra. Permaneció un rato inmóvil en el centro de la habitación, con expresión perdida; luego, tras de recoger el revólver tirado al lado del hombre caído junto a la ventana, abandonó la estancia.

Sus pasos sobre el asfalto húmedo de la calle eran presurosos. Cruzó el sexto puente sobre el Fox River, desembocando en Montgomery Road, rompiendo a correr ya desenfrenadamente.

A distancia pudo distinguir las cúpulas doradas del hotel de Clayton, con su veleta brillante a efectos de la lluvia caída. Ahora la noche era abierta y clara, reflejándose su luz azulada sobre el arroyo. Los pasos de Daniel chapoteaban en el agua con un chasquido acompasado y monótono.

Frente a la verja de entrada se detuvo unos instantes, regulando sus respiración; sin soltar el revólver empujó la puerta de hierro, aventurándose por el sendero enlosado. Toda la casa parecía oscura y silenciosa, a excepción de una ventana iluminada débilmente en el primer piso. Maculay rodeó el edificio, saltando la balaustrada de una terraza. La puerta de cristales que daba acceso a un amplio salón estaba entreabierta, y cautelosamente se introdujo en la estancia.

La planta baja parecía desierta. Con el reflejo de la noche filtrándose por las ventanas, fue sorteando muebles hasta el salón de entrada. Al pie de la escalera se detuvo, quitándose los zapatos que ocultó bajo una silla; luego ascendió de puntillas por los alfombrados peldaños, hasta arribar al primer piso. Frente a él, por debajo de una puerta cerrada, se proyectaba un hilo de luz. Avanzaba hacia ella cuando algo, atravesándole el calcetín, clavóse en la planta de su pie. Dio un pequeño gruñido, extrayéndose con las uñas una estría de cristal.

Ocupado en este menester le sorprendió el abrirse la puerta, recortándose de espaldas a la luz la inconfundible silueta de Milo Knot. No tuvo tiempo de dirigir contra él su arma; el otro, adivinando su intención, saltó, clavándole la cabeza en el estómago, golpe que hizo salir el revólver despedido de su mano. Ambos hombres rodaron aparatosamente por la escalera, rebotando Daniel con la cabeza sobre los peldaños.

Tendió sus manos al cuello de Milo, oprimiéndole con fuerza la carótida; éste inclinó el cuerpo hacia atrás, y Maculay le asestó un rodillazo en el estómago. Milo descendió rodando varios escalones más, aprovechando Dan la oportunidad para ascender a gatas por la escalera en busca del revólver. Llegaba ya al rellano, cuando el otro, saltando velozmente en pos de él, logró asirle de un tobillo, tirando

hacia abajo. El borde de la madera alfombrada amortiguó algo el tableteo de golpes sobre la cara de Daniel; quiso incorporarse, pero ya Knot había caído con un grito de júbilo sobre su espalda, agarrotándole con su presa de rodilla sobre la columna vertebral.

Sus pupilas se tiñeron de negro al sentir en sus espaldas un calambre doloroso sacudiéndole hasta el cerebro. Inconscientemente se disponía a morir, cuando sintió un estampido retumbando como un trueno lejano, y el hombre tras él, dejó de hacerle daño, aflojando poco a poco su bestial presión. El segundo disparo fue más preciso; Milo Knot cayó rodando escalera abajo.

Dan tuvo que restregarse los ojos para descubrir a Cisne con la pistola humeante en lo alto de la escalera; la mano con que empuñaba el arma le temblaba ostensiblemente. Por un momento pareció como hipnotizada mirando el cuerpo abatido de Knot derrumbado en mitad de la escalera, luego, bajó precipitadamente los escalones, viniendo solícitamente al lado de Maculay para arrojarse en sus brazos.

—¡Dan, Dan… cariño… sácame de aquí…!

El aludido se incorporó de su aplastada postura, tomando asiento pesadamente en un escalón. Cisne permanecía arrodillada a su lado.

—¡Dan… amor mío! ¿Te encuentras bien?

Maculay acarició enternecido sus cabellos color de bronce. La mujer, con el arma caliente todavía en su mano, comenzó a sollozar.

—¡No debí haberte dejado nunca, Daniel… no debí hacerlo!

Maculay asintió con la cabeza, hablando roncamente.

—Sí… nunca debiste hacerlo. Nunca debiste hacer nada de lo que hiciste, Cisne. Todos nos equivocamos alguna vez en la vida, pero tú más que nadie. No debiste dejarme a mí… para casarte con Jeff Raines.

La mujer levantó la cabeza, mirándole con gesto sorprendido. Intentó balbucir algo, deteniéndola él con un gesto.

—No, Cisne; no quiero que tú digas nada. Éste es el final del drama; un final sangriento y lleno de muertes; demasiadas muertes. Me salvaste la vida, en dos ocasiones, a costa de otros asesinatos; no sé si debo agradecértelo. No debiste hacer que mataran a Caron Dieterich, ni ordenar la muerte del viejo Bradley… No era

necesario.

La expresión abatida de la mujer había desaparecido, dando paso a una mirada dura, amenazadoramente dura. Separóse unos centímetros de él, apuntándole con el arma.

—¿Qué más sabes, Dan? —dijo sombríamente.

—Todo, cariño. Debí haberme dado cuenta mucho antes, pero estaba obcecado. Debí suponérmelo esta misma mañana, cuando Benson fue a esperarme al aeropuerto; nadie más que tú sabía que yo había ido a Chicago y la hora exacta en que regresaría. Ya entonces quisiste poner remedio eliminándome de cualquier forma, pero era tarde. Debiste acabar conmigo antes, Cisne, y hasta puede que te lo hubiera agradecido.

—¿Por qué tuviste que mezclarte en todo esto… por qué tuviste que volver… por qué…? —chilló la mujer, excitada.

Maculay ahuecó la voz extrañamente para responder:

—Porque te amaba con toda mi alma, Cisne, y porque a pesar de todo, te seguiré amando siempre, mientras viva. —Hubo una dolorosa pausa, prosiguiendo con voz ausente—: Sí; no me importaba mi chapa de teniente, no me importaba nada… sólo aquella visita de Aroma Ashley con la demanda de divorcio. Pensé escribirte, diciéndome al fin que obrabas con razón. Fue el destino, la casualidad quien luego lo enredó todo. Yo he recompuesto la historia a mi manera; puede que algo esté equivocado, poco más o menos exacto… pero no es necesario que me rectifiques; da lo mismo…

Ella le miraba en silencio, apuntándole todavía con la pistola, cuando él encendió un cigarrillo:

—Fue días antes de mi detención cuando Clayton y «ése» —señaló con la cabeza el cuerpo caído de Milo— vinieron a Aurora. Alguien aprovechó mi incidente con Nick Paroli para acusarme de su muerte. Me consta que lo hizo Knot; no sé por qué, pero nadie más que él sería capaz de partir a un hombre por la espalda, como hicieron con el muchacho. Sospecho que alguien me vio pegarle, este alguien pudo ser Ashley. Para este último, en aquella época, yo era una verdadera amenaza; tarde o temprano aspiraba a pillarle y mandarle a la cárcel. Él me llevó la delantera, pagando a Milo para que matara a Paroli. El resto lo sabe todo el mundo; yo fui destituido y condenado.

»Cómo trabaste amistad con Clayton, es algo que ignoro. Probablemente de aquí, os fuisteis juntos los tres a Chicago, entrando Ronco en tratos con Jeff Raines… para algún negocio dudoso. Por aquella época Raines poseía dinero e influencia. Ronco le puso al tanto del asunto que podía desarrollarse en Aurora, y entre ambos concertaron la explotación de la ciudad. Pero ya Raines debía de haberse enamorado de ti, como Clayton, como yo… como todo el mundo. Él te quería para hacerte su esposa, y Ronco, adulador, cedió temporalmente —dio una prolongada chupada a su cigarrillo, contemplando la ceniza con ojos soñadores—… temporalmente. Él tampoco se resignaba a perderte, y Raines, al fin, te hizo su esposa. Lo vi esta tarde en un recorte de periódico; eso fue lo que me dio la clave del asunto, comprendiendo claro.

»Mientras tanto, Ronco, con arreglo a los planes previstos, se había ido adueñando de Aurora, sobornando a Benson y a la ciudad entera. No le gustaba repartir con nadie, y sus miras iban más lejos de una simple sociedad al cincuenta por ciento. Contrariamente a Raines, quería ampliar sus turbios negocios por donde hubiera espacio. Jeff, supongo que no. Yo conviví con él largo tiempo. —Cisne le miró interrogadoramente—. Sí… aunque parezca mentira, en una misma celda, en presidio. Supongo que él pensaba retirarse de los negocios oscuros, alentado por el amor que te tenía. Tú, por el contrario, ambicionabas más, y en combinación con Clayton, que vio el mundo abierto, conseguisteis eliminarle, complicándole en algo que también ignoro, para mandarle a la cárcel.

»Pero eso no era suficiente… No. Raines vivo, constituía una seria amenaza. Os disteis cuenta después, cuando se falló su condena excesivamente corta. El destino nos unió por mucho tiempo, a la sombra de unos mismos barrotes sin saber la afinidad, el curso paralelo de nuestras vidas. Raines murió desconociendo mi verdadera identidad, igual que yo la suya; con su libertad suponía que llegaría su sentencia de muerte: y no se equivocó.

»Luego vino mi regreso a Aurora. Aquí vivíais opulentos, magníficos, sin más sombra en vuestro reinado que la que podía proyectar Caron Dieterich. Antes de conocerte a ti, ella había sido amiga de Raines, y vino detrás de vosotros como un perro hambriento al olor de la comida. Sabía parte de la historia, e incluso debía de conservar alguna carta de Jeff, donde éste le

hablaba de algo que os comprometía. Raines había sido procesado con su verdadero nombre; por eso su doble personalidad pasó inadvertida. El nombre de Howard Drusko no era más que uno de los muchos alias en su vida de pistolero. Cuando yo llegué a Aurora la noticia cundió como la pólvora; inclusive Caron hizo su composición de lugar, y teniendo referencias de nuestro anterior matrimonio, decidió aprovechar la circunstancia para sacarte dinero. Le salió mal y la arrojasteis por la ventana. En estos forcejeos debiste de perder la cadena que llevabas, regalo de aniversario de Raines, a la que anteriormente no habías tenido la precaución de mandarle quitar la inscripción. La pulsera cayó a la calle y allí la encontré yo, cometiendo la lógica equivocación de tomarla como propiedad de la muerta. Ella se llamaba Caron, y la dedicatoria de Raines sólo decía “A C., en el primer aniversario de nuestra boda”, sin imaginar ni remotamente que la inicial «C» pertenecía a Cisne.

»Luego quedaba el viejo Bradley. Éste debía de estar en combinación con Caron, siendo inclusive depositario de la carta de Raines con la que la mujer intentaba extorsionaros. Él era un pobre hombre agotado, vencido por las circunstancias y completamente solo. Se había dado a la bebida, desde que ocurrió lo mío y Clayton invadió la ciudad. En principio no quiso decirme nada; horas más tarde se enteró de la muerte de Caron y sabiendo que su vida estaba en juego, decidió avisarme para ponerme al tanto de cuánto sabía. Benson, en el registro oficial del cuarto de la asesinada, encontró probablemente algún indicio que relacionara al viejo con la muerta. Supongo que en principio tú no intentabas matarle. Por el contrario, le diste diez mil dólares para que callara. Sin embargo, no te fiabas y acabaste haciéndole matar. Puede que lo decidieras tú o puede que lo decidiera Clayton. Me inclino más por lo primero, puesto que Ronco, no era más que un simple muñeco con su voluntad entregada a ti. Lo prueba lo sucedido cuando me apresaron en su garito, él seguro que me hubiera matado de no haber intervenido tú. Así, inexplicablemente para mí entonces, me soltó, dejándome llevar inclusive el dinero ganado. Debo agradecerte eso, Cisne, y el que pusieses en juego tu seguridad dejándome vivo a mí, a base de quitar la vida a otros.

El cigarrillo se había extinguido. Maculay creyó haber oído un

quejido apagado cuando miraba fatigado el cuerno de Milo, retorcido varios escalones más abajo. Todos los sonidos resultaban huecos y extraños en esto ambiente cargado de muerte. Cisne, con la cara como la nieve, miraba a Daniel hipnotizada, volviendo a hablar éste al cabo de unos momentos con voz cansada, impregnada de amargo hastío.

—El resto, ya es fácil de suponer. Cuando te encontré en casa de Caron, buscabas tu pulsera. Yo me creí aquella historia como me creí todo; también cometiste una equivocación al dejar aquella noche que te besara; tú misma me diste fuerzas para luchar contra un ejército. Pienso ahora, si es que sentías por mí algo todavía…

»Al salir de allí fue cuando descubrimos el incendio de la casa de Bradley. Antes habíais sacado el cuerpo con intención de hacerlo desaparecer. Constituía un riesgo el dejar de manifiesto tan claro asesinato, contando el viejo con buenas amistades en Chicago que hubieran podido volcarse sobre Aurora, averiguando más cosas de las que os podían interesar. Supongo que teníais proyectado enterrarle y darle por desaparecido sin que esto pudiera levantar sospechas; en América no existe crimen, mientras no existe cadáver. Con el incendio hicisteis desaparecer cualquier posible huella del asesinato, y, seguramente, la carta que Raines escribiera a Caron, con la cual os intentara hacer chantaje.

»Minutos antes de que llegaras tú al cuarto de Caron, en mi registro hallé la fotografía que te enseñé. Caron y Raines estaban juntos y esta circunstancia contribuyó más a seguir creyendo que ella era su esposa, doblemente después que tú afirmaste desconocer el nombre de Jeff Raines. Al dorso estaba escrito mi nombre y dirección. Caron me hubiera dicho que ése en realidad era tu segundo marido al cual asesinasteis a la salida de la cárcel, sin ella saber quizá, que ambos habíamos compartido juntos una misma celda.

»Todo fue eliminar testigos, por no eliminarme a mí directamente. Te debió costar mucho trabajo, supongo, el imponer tu voluntad tan continuamente sobre Clayton, poniendo en peligro la seguridad de ambos. Por eso cuando te comuniqué mi marcha a Chicago con el fin de investigar, comprendiste que ya era forzosamente necesario el hacerme desaparecer, cargándome el asesinato de Bradley con ayuda de Paroli; con ese fin llevasteis el

cadáver del infortunado viejo al lugar de la pelea.

»Pero todo falló, dejando las cosas cada vez más complicadas a ojos de una posible investigación de Chicago. El plan de esta noche fue algo desesperado, completando al fin vuestra cadena de desaciertos. En este momento el despacho de Aroma Ashley, es una capilla mortuoria. Él, Benson y el propio Clayton, yacen en compañía de otro pistolero, muertos sobre la alfombra. Has debido figurártelo al verme entrar ileso. Por ello decides ponerte a mi lado, eliminando a Milo, ya el único testigo de tu personalidad de "*Lady* Macbeth"[7].

La mano de Cisne temblaba bajo el peso de la pistola. Castañeteó los dientes antes de empezar a hablar, con voz lacrimosa:

—¿Por qué hemos llegado a esto, Dan? ¡Ahora no tengo más remedio que matarte!

—No me importaría lo más mínimo que oprimieras el gatillo, Cisne; hay muchas formas de morir sin necesidad de emplear para ello una pistola… Estoy tan cansado, que no me importa nada. Sin embargo, no adelantarías gran cosa; Ashley, antes de ser asesinado, dejó una carta escrita a la policía contándoles cuanto sabía. Me avisó que fuera a su despacho porque quería entregarse; no ignoraba que todo estaba perdido.

—¡No te creo… —chilló ella, histéricamente—… estás mintiendo para salvarte!

Daniel negó con la cabeza, apesadumbradamente.

—No, Cisne; es la verdad. Antes de salir hacia el despacho del abogado, intenté comunicar contigo por teléfono para prevenirte; quería devolverte el favor de salvar mi vida. Sólo por eso he venido; márchate si puedes; yo no pienso detenerte. Hasta mañana por lo menos, no creo que Randolph Simpson llegue a Aurora; de aquí a entonces tienes tiempo. —Levantóse, penosamente, comenzando a descender los escalones—. Que tengas suerte.

La mujer soltó el arma que rodó peldaños abajo, descendiendo en pos de Maculay.

—¡Daniel, amor mío… no me dejes…! ¡Ayúdame tú, estoy sola! —gritó desesperadamente.

El hombre se detuvo al pie de la escalera, volviendo hacia ella su rostro hermético, rígido como una máscara.

—Lo siento, Cisne; nuestros caminos son diferentes… cinco años

de andar en dirección opuesta. Aunque quisiera, nada puedo hacer por ti. Quizá jamás volvamos a vernos; yo no lo deseo… A pesar de todo, te seguiré amando… ojalá pueda olvidarte. Adiós, Cisne… hasta nunca.

Andaba pesadamente hacia la puerta, con la obstinación de un borracho, cuando sonó un disparo tras él. Al girar sobre su espalda, abrió la boca para contemplar una sorprendente escena.

Cisne, con la cara contraída por la sorpresa y el terror, se llevaba las manos al pecho, intentando contener el fluir de un pequeño reguero de sangre. A los pies de ella, Milo, sentado en un escalón, se apoyaba contra la pared con los ojos ya completamente vidriosos; de su mano derecha deslizóse el revólver todavía humeante, que cayó produciendo un ruido sordo sobre la alfombra.

—¡Dan…! —llamó ella, ahogadamente.

Maculay, en dos zancadas, llegó hasta la mujer a tiempo para sostenerla. La vaporosa bata de gasa, comenzaba a absorber el liquidó carmesí, extendiéndose como un amplio rosetón por todo el pecho. «Hurricane», sentándose, la acomodó con exquisita dulzura entre sus brazos. Las uñas de ella se aferraron angustiosamente a las solapas de su chaqueta.

—¡Dan… Dan… no… me dejes…! —gimió.

Él tragó saliva para responder roncamente:

—No, amor mío; estoy a tu lado.

Luego la besó en la boca, para aspirar su último aliento.

Ascendió con el cuerpo examine hasta lo alto de la escalera. Por las cuencas de sus ojos resbalaban dos líneas brillantes, húmedas, hasta la comisura de sus labios. Depositó el cuerpo leve sobre una cama acolchada de raso, cerrando sus párpados con mano insegura.

—Adiós… Cisne.

En la escalera, el cuerpo del chofer yacía atravesado, mirando al infinito, más allá de la vida. Daniel Maculay apretó los labios, rugiendo en voz silbante, con odio infinito:

—¡¡Perro!!

Le dio una patada, y el cadáver de Milo Knot, bajó rodando las escaleras como un muñeco de trapo.

El jefe de Policía Randolph Simpson apoyaba su frente sobre el cristal transparente de la ventana. En su espalda, con las manos enlazadas, hacía crujir las falanges de sus dedos como si fueran

avellanas.

—¡Maculay! —Ladró de pronto, sin volver la cabeza.

—¿Qué, señor?

—Maculay; en todos los años que llevo de servicio, jamás me he disculpado con un inferior. No es que pretenda hacer con usted la excepción, pero si yo fuera otra persona menos cabezota, lo intentaría. ¿Me comprende usted?

Daniel dijo que sí, y el otro prosiguió, sin separar su cara de los cristales.

—También deseo decirle, que en el fondo siempre lamenté su ausencia del Cuerpo, porque pese a todo, de los pies a la cabeza es usted un maldito policía… —Carraspeó con dificultad al añadir—: El papel que hay sobre la mesa es su reingreso en el Cuerpo con el antiguo cargo de teniente. He oído murmurar por allí, que hasta es posible que en desagravio lo asciendan, tendrá suerte como para todo eso, y lo más gracioso será, que quizás yo mismo en persona, recomiende tal medida. Probablemente es que me estoy volviendo chocho; harán bien en jubilarme cuanto antes.

La placa con el águila, brillaba sobre la mesa. Daniel hacía ya un rato que la estaba viendo.

—Siento, señor, de momento el no poder aceptar su oferta.

Randolph se volvió de repente, como si le acabara de picar una avispa.

—Sí, señor; sé que esto resulta poco comprensible, pero quiero alejarme del servicio y de Aurora. Hoy mismo salgo de aquí sin lugar definido; tengo algún dinero, y pienso andar por el mundo hasta que me canse. Lo creo necesario. A mi regreso, no sé cuándo, puede, señor, que vaya a verle; puede que hasta le suplique un puesto de guardia raso. Por el momento mis intenciones son otras.

—¡Esta usted loco, Maculay! No creerá que he venido hasta este maldito pueblo solo por visitar el campanario. Si quiere vacaciones, tómeselas, pero no me venga con historias de película, tirando por la ventana su porvenir. ¡Es una orden!

Maculay sonrió.

—De acuerdo, señor; pero es posible que mis vacaciones con el Cuerpo, duren toda mi vida. De todas formas pasaré a verle.

Simpson, tras de mirarle con el ceño fruncido durante unos instantes, encogióse de hombros, extendiendo hacia él su mano.

—El viejo Bradley le enseñó a maravilla todos sus puercos defectos; por eso sé, que volverá preguntando a gritos que quién tiene su chapa. Le prometo que sólo le haré pasarse un año escribiendo solicitudes. Buena suerte, hijo.

Maculay le devolvió la sonrisa agradecido, saliendo del despacho.

Fue andando despacio hasta su casa. El sol primaveral calentaba sin molestar, de una manera grata.

Ellen, en su cuarto, cerraba la maleta. Al entrar Daniel, levantó hacia él la cabeza, mostrando sus ojos enrojecidos.

—Encima de todo llevas las chaquetas para que no se arruguen —dijo concisamente.

Maculay fue hasta ella, cogiéndola por los hombros.

—Oye, Ellen… te escribiré… y te mandaré alguna trucha. Creo que volveré a Aurora antes de lo que pienso.

—No volverás, Daniel… y harás bien… me harás bien a mí —hizo una pequeña pausa añadiendo, sin mirarle a la cara—: ¡Ahora márchate cuanto antes, por favor; me parece que voy a empezar a llorar de un momento a otro!

Daniel la besó en la mejilla, acariciándole pensativamente el cabello anudado en dos trenzas.

—Creo que ambos nos necesitamos, Ellen. Volveré; el tiempo arregla las cosas; entonces podremos hablar de otra forma… o quizás no sea ni necesario. Hasta pronto; cuídame bien mi cuarto.

Tomando la maleta, salió de la habitación sin volver la cabeza. En la calle paró un taxi, ayudándole el chofer a introducir la maleta.

—¿A la estación, señor? —preguntó el hombre.

—¿Eh? ¡Ah, sí…! Yo iré un rato andando; vaya despacio, a mi paso, por favor.

Inició la marcha con aire de desocupado, mirando a ambos lados de la calle. Pasó por el gimnasio de Sullivan, con su pesas de hoja de lata colgadas sobre la puerta. Pasó por la barbería de Logan, y el hombre de la bata blanca le saludó al cruzar, agitando a través de la vidriera su navaja manchada de jabón. Pasó por la farmacia de Sterling adornada con su globo de colores, pero fue a la puerta del café de Cherry, donde se detuvo. El propio dueño le esperaba, porque desde lejos le vio venir. Parecía confuso cuando al cabo de estrujarse el mandil, rompió por fin a hablar.

—«Hurricane»… tengo con usted pendiente una pequeña explicación. Bueno… quiero decir que me sentiría muy honrado si algún día viniera a tomarse «ése» café… ya me entiende…

Maculay estrechó con sus dos manos, la del hombre, que le devolvió el apretón todo lo fuerte que pudo. Afectuosamente contestó:

—Sí; será pronto, Cherry. Ahora estoy convencido de que será pronto…

Y Daniel Maculay, alias «Hurricane», con las manos metidas en los bolsillos, prosiguió caminando a lo largo de la calle, andando firmemente bajo la suave caricia del sol.

FIN

NOTAS

[1] Luz de la luna. <<

[2] «Cuello blanco». Calificativo aplicado en América a los empleados en las oficinas. < <

[3] Knot = nudo (nudo). <<

[4] Bossy = mandón, dominador (argot EE. UU.). <<

[5] Spell: hechizo, encanto. < <

[6] Toad: sapo, escuerzo. <<

[7] Personaje creación de Shakespeare, en su obra «Macbeth». <<